

*NOVELAS DE GAVETAS FRANZ KAFKA 2021*

**RICARDO  
ALBERTO  
PÉREZ**  
*ARÁCNIDOS*

**Fra**

## **Ricardo Alberto Pérez**

(La Habana, 1963)

Poeta, narrador, traductor y crítico de arte. Miembro del grupo Diáspora(s). Entre sus obras publicadas se encuentran los poemarios *Geanot (el otro ruido de la noche)* (1993), *Nietzsche dibuja a Cósima Wagner* (1996), *Trillos Urbanos* (2003), *Vibraciones del Buey* (2003), *Oral-B* (2007), *Vengan a ver las palomas de Varsovia* (2013), *Miedo a las Ranas* (2018) y *Piñera en el balancín* (2019). Ha traducido *Cetrería. Antología de poetas brasileños* (2003), *Catorce poetas brasileños* (2004), *Perhappenis* (Antología poética de Paulo Leminski) (2007), *Antología de poetas angolanos* (2012) y la novela de Nelson Oliveira *Polvo: demonios y maldiciones* (2011). Entre los años 1998 y 2000 fue becario de Parlamento Internacional de Escritores en Brasil y en 2006 resultó ganador del Premio de investigación literaria convocado por La Embajada de España en La Habana. En 2007 recibió el Premio Nacional de Poesía Nicolás Guillén.

Ricardo Alberto Pérez

## **Arácnidos**

Portada Martin Kubát

Design Nusle(.org)

Primera edición en papel Éditions Fra,

Šafaříkova 15, 120 00 Praha 2,

República Checa, Fra.cz, en 2021,

como su publicación Nro. 215

en la imprenta Protisk, České Budějovice

Primera edición ebook: inCUBAdora

Realización: Iara Pierro de Camargo

# **TRANSITION**

Transition Promotion Program

**inCUBAdora.org**

© Éditions Fra, 2021

© Ricardo Alberto Pérez, 2021

Author photo © Harold López, 2020

Cover artwork © Martin Kubát, 2021

Design © Nusle, 2021

isbn 978-80-87656-45-7

## ÍNDICE

<b>0</b> Las calles son los corredores del alma y de las oscuras trayectorias de la memoria.....	9
<b>1</b> .....	11
<b>2</b> El Avioncito de Bacuranao .....	15
<b>3</b> El Tuerto.....	18
<b>4</b> Verónica .....	20
<b>5</b> Kafka y Hašek.....	25
<b>6</b> Ácaro Rojo.....	27
<b>7</b> .....	29
<b>8</b> Ácaro de Polvo.....	31
<b>9</b> La Ninfea.....	33
<b>10</b> El Helado y La Cochinilla.....	35
<b>11</b> La Estrella y El Gorila.....	37
<b>12</b> .....	39
<b>13</b> El Jíbaro.....	41
<b>14</b> Fernando y Violeta .....	42
<b>15</b> Ácaro Rojo.....	44
<b>16</b> .....	45
<b>17</b> La Novia de Raíza.....	47
<b>18</b> La Fleje y el Barbero.....	48
<b>19</b> La Familia Nimiedad.....	50
<b>20</b> .....	52
<b>21</b> Dalia .....	53
<b>22</b> .....	55
<b>23</b> Raíza.....	57
<b>24</b> La Estrella .....	59
<b>25</b> .....	60
<b>26</b> Raíza. El Tuerto .....	62
<b>27</b> La muerte del tío Alberto.....	64
<b>28</b> Violeta y Fernando. La Ninfea .....	65
<b>29</b> Papiro.....	67
<b>30</b> Arácnidos.....	70
<b>31</b> Familia Nimiedad.....	72
<b>32</b> La Novia de Raíza .....	74

<b>33</b> .....	76
<b>34</b> El Jíbaro .....	79
<b>35</b> La Familia Nimiedad.....	81
<b>36</b> .....	82
<b>37</b> La Cochinilla y El Helado. Muerte de los cerdos .....	84
<b>38</b> Verena.....	86
<b>39</b> El Jíbaro. La Pitón. El Jíbaro .....	88
<b>40</b> .....	94
<b>41</b> Yamila.....	95
<b>42</b> Balzac .....	97
<b>43</b> .....	98
<b>44</b> .....	100
<b>45</b> La Novia de Raíza. El derrumbe del tío Alberto .....	102
<b>46</b> Señorita Mogote .....	104
<b>47</b> La muerte de mi madre .....	107
<b>48</b> El Jíbaro .....	109
<b>49</b> La Familia Nimiedad.....	111
<b>50</b> La Novia de Raíza.....	114
<b>51</b> .....	116
<b>52</b> Acarapis Woodi .....	127
<b>53</b> .....	129
<b>54</b> Cándida.....	131
<b>55</b> .....	132
<b>56</b> La Estrella y El Gorila.....	135
<b>57</b> Calle San Nicolás .....	137
<b>58</b> Cándida.....	139
<b>59</b> Mayito Frankenstein. Dalia .....	140
<b>60</b> .....	144
<b>61</b> La Estrella y El Gorila.....	146
<b>62</b> Verónica.....	147
<b>63</b> Raíza. La novia de Raíza. Yo.....	150
<b>64</b> .....	151
<b>65</b> .....	152
<b>66</b> Boris Karloff .....	154
<b>67</b> Cándida y Cándido .....	156
<b>68</b> El Gorila.....	158
<b>69</b> Ácaro Rojo .....	159

<b>70</b>	La novia de Raíza.....	161
<b>71</b>	El derrumbe del tío Alberto. Mi madre .....	162
<b>72</b>	.....	164
<b>73</b>	El Jíbaro. La prima Nélide .....	166
<b>74</b>	La Cochinilla y El Helado.....	171
<b>75</b>	Exilios .....	173
<b>76</b>	La Familia Nimiedad .....	180
<b>77</b>	.....	181
<b>78</b>	La muerte del Gorila.....	182
<b>79</b>	La Cochinilla y El Helado .....	183
<b>80</b>	La muerte de Dalia.....	184
<b>81</b>	La Estrella.....	185
<b>82</b>	Fernando y Violeta.....	186
<b>83</b>	.....	188
<b>84</b>	Raíza. La Novia de Raíza. Yo.....	189
<b>85</b>	La Familia Nimiedad .....	191
<b>86</b>	Verónica. El derrumbe del tío Alberto .....	192
<b>87</b>	.....	194

*No sé nada –absolutamente nada– acerca  
del corazón humano. Solo sé que estoy solo,  
terriblemente solo.*

Ford Madox Ford, El buen soldado

*Una vasija rota es solo eso, no hay cómo  
regresar sus pedazos a un todo, el todo son  
justamente esos pedazos, no adelanta para  
nada insistir en hacer una lectura de la vasija.  
Los pedazos conservan signos, muestran  
formas, nos recuerdan a otros objetos  
imprescindibles para reconstruir el pasado.*

## 0

### LAS CALLES SON LOS CORREDORES DEL ALMA Y DE LAS OSCURAS TRAYECTORIAS DE LA MEMORIA

Cuando aún era niño y me enfermaba, recuerdo haber leído *Los parientes pobres*, de Balzac. El primo Pons, la prima Bette, eran personas próximas a mí, sentía que me acompañaban en aquella casa de campo donde ver caer la lluvia, que acentuaba el perfume de las flores de los naranjos era mi fiesta preferida. El agua corría alrededor de mi cuarto, sitio donde reconocí al primer escritor de mi vida: Balzac. Fue enorme el desconcierto de mi padre que se había dado a la tarea de reunirme todo lo que por entonces se consideraban libros clásicos de aventuras. Sin embargo, aquellas descripciones de cosas externas, de gentes moviéndose en eventos violentos, como batallas entre ejércitos, ante las fieras, o soportando tormentas marinas, terminaban por aburrirme; yo prefería el viaje de los personajes hacia dentro de sí, esas narraciones me dejaban bobo, solo por el hecho de poder asomarme al mundo secreto y definitivamente peligroso que subyace en el interior de los seres humanos.

Al leer por primera vez a Balzac comenzó mi relación racional con todo lo que me rodeaba, apenas había cumplido los nueve años y solo en ese momento tomé conciencia de todas las personas que en tan poco tiempo habían abandonado a la familia. La enseñanza radical de Balzac fue mostrarme que tenía una vida exactamente para vivirla, en lo posible con intensidad, y que debía concentrarme en ello, ya que la vida de cada uno de los otros era para los otros.

En esos tiempos que enfrentaba a Balzac, encontré entre los libros de mi padre uno que imponía distancia y cierto sentimiento de temor. Se trataba de *El proceso de Nuremberg*. Como todo niño busqué algunas láminas que disminuyeran la rudeza de las palabras en el intento de hilarse coherentemente para contar los detalles de alguna barbarie. Al final estaban las láminas, pero no eran paisajes, sino personas en blanco y negro. En un raro arranque de pánico experimenté que aquellas fotografías podrían llegar a corporizarse, la mayoría de los seres que habitaban en ellas tampoco me gustaban, eran algo más graves que malos, más bien complejos, con un fuerte componente de alteridad que a mis pocos años aún no podía comprender.

Durante los mediodías el campo se torna exageradamente tranquilo, era la hora que aprovechaba para fugarme y subirme encima de los árboles; tenía frescas las imágenes de esos rostros, por momentos tan impregnados en mí que llegaba a sentir cómo algunos de los criminales juzgados en Núremberg trepaban los mamoncillos,

las matas de mango, y al compás mío llegaban a disfrutar las vastas sinfonías de los pájaros. Recuerdo que entre todos los rostros el que más me invadía era el de Robert Ley, con su cabeza lisa y una dura expresión en los pómulos.

Mi primo, que vivía en la misma ciudad donde yo lo había hecho hasta los seis años, me iba a visitar a la finca, llevaba ametralladoras, granadas, pistolas de escaso calibre, caretas y hasta antifaces, siempre obsesionado en jugar a los policías y bandidos. Pero casi siempre terminaba convenciéndolo para jugar a la guerra argumentándole: nos dividiremos en nazis y soviéticos, ya que esa guerra dura mucho más que un simple enfrentamiento entre bandidos y policías, y así no habrá tiempo para aburrirse.

Haber tropezado con aquel libro fue un pasaje de mi intimidad que preservó con especial afecto, creo que me sirvió para entender en su totalidad que el mundo nunca debió dividirse en nazis y soviéticos, una estrecha franja donde lamentablemente han sucumbido muchos. Los bandos solo eran útiles para extender el juego dentro de los campos de maíz de mis tíos, y en el espesor real de la arboleda.

# 1

Boca y pájaro hacen la novela del flujo. Tú y la mano, la mano inventando la muerte del pájaro, del palito, del gato, de la muchacha, de un hombre con los zapatos ridículos siempre flotando. Entonces dije: «la mirada de la muchacha fija en el pájaro inerte». El pájaro sumatoria de todos los fragmentos, allí los labios. La vergüenza. El vaho del gato muerto, dolor acumulado, ciclos dilatando el espíritu.

Por encima de todo lo anterior, lo que existía era la bahía tapizada por la noche, el ruido de la lancha de Casablanca, el gato recobrando al pájaro. De pronto descubrí que los zapatos dejaban de flotar. Solo el palito continuaba colgando:

«El invierno relacionado con la abundancia y desorden de las palabras conserva al pájaro enterrado... mi culpa se transforma en la luz que rodea al cuerpo muerto, digo: hizo la diáspora por donde comenzaron a formarse otros seres numerosos con alas. Comenzó a formarse el tumor a través del cual la realidad fue perdiendo terreno, perdiendo el organismo acumulado por la ausencia del vuelo. Mi culpa despoja, actúa en el crecimiento, en cierto protagonismo de la ornitología, superficie semejante a la estrella que deja de contraerse y se estabiliza en un posible estado final (enana blanca); su sueño tiene la propiedad de recrear un vigoroso tumulto de pájaros, pájaros que avanzan hacia cruces de madera clavadas. La comprensión de mis labios sobre los suyos ya no puede ocurrir desde el ruido incesante de estos pájaros que invaden el parque, ocurre en el reposo de los que han pretendido la inmortalidad, estos entran con su avidez de criaturas insaciables en la extravagancia o simbolismo de un padre».

Este libro podría llamarse culpa o luto, o simplemente un imprevisto que te cambia el destino, la profesión, las futuras amantes, las amistades, los lugares donde vas a vivir y otros acontecimientos de tu biografía; este libro es un gesto brusco del cuello, tan brusco que lo invaden los olores, lamentos, objetos, personas que me han tratado de contener como a un recluso. Nada puedo hacer para no escribirlo, para no reescribirlo: estará prendido del tejido que uso, interfiriendo en la película que veo. A sus páginas regresarán las pacientes de siempre. Este libro es la complejidad a la que fui destinado, tantos rostros anónimos que amé hasta la desmesura, cuerpos que rocé con inocencia.

El verdadero horror es, sin dudas, lo que antecede al desastre, con esa espina de cítrico he tenido que convivir: cuando niños percibimos las relaciones de los adultos a la mitad, es como estar condenados a una situación de eclipse. Hasta ahí todo

puede parecer normal, lo absurdo es que no se nos prepara para la hora de abandonar el eclipse. El horror no siempre se relaciona con la demolición, en mi caso particular ha transitado por varias estaciones: sobresaltos que aportan un modo de sobrevivirlo, consuelo, endurecimiento del tramo pantanoso, pero opera el exceso de fastidio, acentuado en esas temporadas, no se llega a delimitar con claridad la línea divisoria entre realidad y sueño.

Los campos verdes creciendo en tu memoria y la mía, el grano madurándose, es un organismo que nos ata las manos, una rosa profunda en la noche. Yo incorporo al cuerpo de mi madre, almacenado entre sacos de arroz (de esto hablé en *La muerte del magister*), le doy un sitio justo donde no pueda obstruir, un lugar para su bondad... Nos acercamos al movimiento de los viajeros, de ese barco que deja atrás el faro y la bahía con sus luces artificiosas. Tu cuerpo nace con el mío, nos pertenecemos sin extender las manos para asir. Eso te sorprende, te hace retroceder, a veces sientes bajar desde tu hombro hasta el pezón la esperma fresca que hemos rozado con los labios en medio del ritual.

El personaje de mi madre se relaciona con el desastre y la salvación; sin esa torcedura hubiera terminado como ingeniero hidráulico o cirujano. Cuando la madre quebró las estructuras, estaba quebrando lo que el plan divino me tenía predestinado. Madre que avanza por el largo pasillo jarro en mano y cuchara golpeándole el fondo; ya pasó el comandante Ordaz en su *jeep* verde olivo y todos quedan presos de un gran orgullo. En alguna vieja libreta escribí sobre mis visitas al manicomio: mi madre bajo el efecto de los medicamentos después de su suicidio inacabado. En realidad no escribo sobre eso, escribo tratando de esclarecer mis encuentros con alguna que otra enferma.

Interminable el viaje, latoso. Río Cristal era la señal de que estábamos cerca; a veces, o más bien casi siempre, me acompañaba el tío Alberto. Ese demostró su gran tenacidad, dijo que se moría en el cuartucho de Monte y Águila, y lo cumplió. Mis padres le dejaron una excelente casa en el reparto Capri, y él la negoció por un flamante refrigerador americano que había sido adquirido por sus dueños originales en la época del gobierno de Carlos Prío Socarrás.

Tío Alberto era el rubio de la familia, y salió tan negrero que jamás le conocí ninguna mujer algo más clara que mulata. Así tuvo varias morenas, hasta que decidió instalarse definitivamente con Candelaria en Monte y Águila, donde falleció.

A la espera de la noticia, en total sobresalto, el cuerpo soporta. De pronto tenemos la sensación de ir perdiendo los miembros (recuerdos de una novela sobre la guerra), de ir perdiendo la boca, el habla; cuerpos, una integración. Lo más difícil

es acostumbrarse a soportar cambios bruscos, entre alturas y descensos, crearte tu propia línea del horizonte, que tu mente no se deje provocar por lo que existe por encima, o por debajo de ella; hay que entrar desnudo en los sueños, aceptar que somos parte de la noche, saber que tu padre sostiene un cigarro, que guarda un secreto que podría destrozar definitivamente tu nuca, y todas las ilusiones de tu pequeña hija. Lo más grave acontece cuando me percató de que soy el sitio de la noche ocupado por mi padre. Mi hija insiste en que la deje visitar la noche una y otra vez. Soñó que allí estaba su abuelo, le digo que me abrace y trate de escuchar.

Las ruinas de Monte y Águila contienen un canto a la demolición espontánea, las ratas, el orine, un hueco que se revela en pobre testimonio de los seres que convivieron con dicho espacio. Allí estuvo el tío Alberto por más de treinta años haciéndole el amor a Candelaria, y huyéndole a la yunta de bueyes que sus hermanos sufrían en cada jornada transcurrida en la finca del Palmar de Viñas. Y quién le iba a decir que gracias a un gordo que él no podría leer ni por equivocación, y mucho menos entender, pasaría con agrado a formar parte de los códigos nacionales. Los días ocho de cada mes, Candelaria se levantaba temprano y se iba a cumplir con la virgen de Regla.

Quisiera entrar por ese hueco, entrar con otros cuerpos, salpicar de esperma las paredes húmedas, mezclarme a los olores de ese pedazo de destrucción parte de nuestra identidad. Desatado, listo para que lleguen Violeta, Cristina, Carol, Verónica, que es en sí, otro hueco mayor; fabricar una ruta tras Verónica, colocar las vigas, reconstruir el submarino que compartimos en una taberna de Curitiba, sumergirnos en el volumen de cerveza y debajo del pequeño recipiente de coñac volver a desaparecer.

Dentro del coñac cabe todo, enormes frascos de vidrio en cuyos fondos descansan insectos, pequeños animales marinos, reptiles, frutas, semillas, arácnidos, buena parte de la naturaleza muerta macerada por deseo de los seres nocturnos que van a dejar un poco de su excitación en ese bar de un barrio judío.

Ella fue ingresada una mañana de septiembre, llevaba entre los brazos la muñeca gris... la fractura de la moralidad, aquello que calificamos como lastre, un centro frío hacia el estómago que invade y nos perturba. Provenía de la tierra, de esa densidad que lo copa todo, y provoca una colonización del reino de los gestos, un proceder artesanal, un modo de interpretar la realidad que termina enriqueciendo el sabor de los alimentos.

Con un poco de esfuerzo aun puedo recordar, sufrir el polvillo que se desprendía de los sacos de arroz. Pesa esa usura, me limita con intermitencia. Después logro vencer,

flotar por encima de aquella costumbre de acumular bienes y parapetarme tras ellos como si fuera la más ideal de todas las trincheras. Muchos entre los míos llegaron a comentar que había roto con toda una tradición familiar, fracturando el macizo, el cuerpo de la roca encargado históricamente de oprimir a toda mi familia, y también a familias similares que se multiplican como arquetipos de la más cruel castración.

Mi tío Alberto y yo llegábamos, y en el transcurso del recorrido hacia el pabellón donde se encontraba mi madre hacíamos algún comentario sobre las almendras y la sombra que aportaban, destacando el brillo del piso de los pasillos, para terminar siendo víctimas de las miradas posesivas de otras enfermas que seguramente habían arrastrado sus difíciles y conmovedoras biografías hasta el espacio acusador de la institución.

Luisa, por ejemplo, se enamoró de su padre, y cuando apenas tenía catorce años dedicó mucho tiempo a seducirlo, con aparente sobriedad e infinita paciencia. Al terminar sus estudios de microbiología ya había comprendido el modo de acechar sus zonas vulnerables. Un buen día dejó caer el cuerpo minado por puntos voluptuosos entre las grietas que se conectaban con la fragilidad del padre.

Cada cerebro debe responder a su condición de antigüedad, a su memoria que lo persigue a cada instante mostrándole olores, sonidos, voces que retornan para remover la precaria arquitectura de nuestra psiquis. Como en una ceiba, en él existen marcas, nudos, ranuras casi imperceptibles que describen nuestra relación con el dolor y otras percepciones.

## 2

### EL AVIONCITO DE BACURANAO

Así, abruptamente, estoy ante el avioncito de Bacuranao, monumento de concreto donde muchos de mi generación fuimos a reposar nuestro falso entusiasmo durante extensas madrugadas, arropados por otros cuerpos de gente adolescente. Carne dispuesta a transgredir sin trazar límites o exigencia alguna. Era lo que precisábamos, un clima de libertad, el goce, y la sensación agradable de derrochar placer exhibiéndolo como una forma de riqueza.

La relación de afecto hacia el avioncito de Bacuranao es de esas pocas cosas que decimos «para siempre», algo con lo que no interrumpiremos nuestro cordón umbilical; asideros, construcciones originadas en la más espectacular soledad. De camino hacia la ciudad, en más de una ocasión he tenido que interrumpir el viaje para volver allí y disfrutar de la insignificante nave abarrotada de secretos, descifrar los puntos en donde alguien me confesó sentirse acompañado, dispuesto a lanzarse a la más atroz reacción del mar que nos rugía a las espaldas.

Otras veces he pensado que puede despegar, alzarse por sobre todo lo que va a seguir siendo efímero, llevar consigo las huellas que dejamos en la firmeza de su cuerpo y en la esperada velocidad de su forma.

Quedé sorprendido, Luisa me perseguía con su jarro de Aluminio, y su cuchara de plata. Me preguntó en la puerta del comedor de uno de los pabellones: «¿Qué crees de El avioncito de Bacuranao?» Por primera vez fui dueño de su figura debajo del pijama blanco. Me interesaron sus nalgas que ya comenzaban a estar ligadas al salitre y a mi anárquica lectura del gesto erótico y sus posteriores complicaciones.

Dalia se muestra en un rojo que declina al negro, antes de abrirse ya sugiere un exceso de entrega, docilidad y fantasía, voluntad de saciar y de envolverse en la más absoluta pasión. La conocí cuando buscaba a otra muchacha, andaba tras una dirección confusa, con ese uniforme color chocolate que vestían las colegiales de un tecnológico de las afueras de la ciudad. Su piel olía a un aceite natural, aroma que recibí como una suerte de señal o aviso; los labios ya me hablaban por sí solos de cualquier otra intimidad, y tras ellos fui comprendiendo que al menos esa noche que nos venía encima no lograríamos separarnos.

Una hora después ya íbamos camino a la playa de Santa María. Excitado por su definitiva disposición, mi mano se atrevía a ser escandalosa y topar con zonas

de humedad. El mar adquiere múltiples lecturas con la noche, también aquel mar reciclado que tantas veces escuché en una obra electroacústica que hizo, durante muchas madrugadas, más agradable mi entrada en el sueño y en el olor característico de su relieve.

Solo con los años, y con una extraña virtud adquirida, nos vamos librando de esas malditas escenografías que casi siempre respaldan, y de hecho contaminan, nuestras escenas secretas, lo que muchos han sugerido como la única libertad posible. Dos cuerpos que ya querían estar en la arena, que gozaban de las temperaturas de cada cual mezclando la curiosidad y el deseo como sustancias que terminarían por fundar un estado, una corriente que azotaba a los demás pasajeros del ómnibus; la mano insistía y la conjura de Dalia le incitaba a ser cada vez más radical e impúdica.

La mano termina siendo una extraña consecuencia de la idea, de un pensamiento que la impulsa o retiene. Con ella comienza la batalla contra la ya mencionada soledad; la mano escribe e igualmente está eligiendo a sus víctimas.

Lo que se abre no es la bóveda celeste; dos cuerpos desnudos ascienden gracias al espejo, así deambulan por el techo del motel como protagonistas de una pintura renacentista, usurpando la extraña levedad que proviene de la contemplación.

Debajo de la bóveda continúa el avioncito de Bacuranao, sin atreverse a despegar para luego estrellarse contra los desnudos que se siguen gozando en una suerte de arrebató. Cuerpos mordidos, húmedos, trenzados bajo el sudor, desplazándose en el ritmo particular e irreplicable de cada encuentro.

Buscamos lo que sería el sitio más adecuado dentro de los pocos que podríamos disponer, una de las tantas trincheras cavadas a la orilla del mar, por cuyo hueco de entrada penetraba un haz de luz giratorio controlado con exactitud matemática desde el puesto de guardafronteras.

Olor a leche fresca, a resina de árbol, se consumaba lo esperado, iba con la lengua revisando cada detalle de aquel cuerpo absoluto que crecía en su erizamiento. Era su pose desvergonzada lo que más me atraía, borrando de un solo golpe cualquier límite y haciéndome sentir un tipo de héroe. Ella me comentó algo sobre mi silencio prolongado, desconcertada por la peculiaridad de mi comportamiento. En mi secreto afán quise eternizar la efímera sensación de aquella penetración que podía llegar a hacerla sentir incómoda, de tanto disfrute que me gastaba mientras apretaba con gloria sus adulterados pezones violetas. Ultra pezones que ya trastornaban su destino en las tramadas líneas de mi mano...

El haz de luz controlado se encargaba de fracturar la intimidad, adicionaba una tensión, un estado que recuerda lo imposible de la plenitud. Enseguida buscamos

alguna ganancia a la privación, celebramos los cuerpos iluminados en pleno espectáculo.

Regresemos a la escena anterior, roja derivando al negro se ha despojado de las ropas, arrima su piel tras una especie de liberación extrema, como un tejido del Oriente en las distintas fases de su suavidad. Los bordes parecen reforzados de una saliva densa, reforzados por la energía que provoca la diferencia, saliva que comienzo a tragar mientras Dalia estalla sus pétalos contra mi protagonismo.

Logro consumir tan solo una mínima cantidad de la saliva en el resto roto, los rostros diversos de un eros que construye vidas verdaderas y otras, pura virtualidad, que solo sirve para transferir. Es un cuerpo tomado, desprendido entre las profundidades de la insaciabilidad; tiene su brote, sus signos que prosiguen la excitación, y van haciendo cíclicos los espasmos.

Dalia se sentía orgullosa y con un sueño repentino que la inclinó a convidarme a pasar el resto de la madrugada en el ya mencionado avioncito.

Después de aquella noche la volví a ver en otras ocasiones, también en las madrugadas, por los alrededores de la más famosa heladería de la ciudad. No la busqué, ni ella a mí, sin embargo no podría borrar a Dalia de un serio inventario de mis afectos. Muchas veces en etapas diversas de mi existencia ha aparecido con sus cabellos ensortijados ofreciéndome una disertación sobre lo que puede ser interpretado como sentido, entonces da la sensación de que el tiempo invertido se nos multiplica en una suerte de incógnita ganancia o de fragmento perdurable que quedará ligado a nuestras emociones.

Somos animales de sangre caliente, en cada fase ocurre una nueva proyección de imágenes monstruosas... eventos que nos relacionan con los demás lugares de partida...

### 3

## EL TUERTO

«Me retorció como un majacito», contaba el tuerto (aunque le decían el bizco), el día en que con un tirapiedras, en vez de apuntar al pájaro, lo hizo para sí, ganándose de regalo un ojo de vidrio. Yo prefería los tirapiedras de horqueta de guayaba. Esa mezcla de olor y coloración me hacía sentir un cazador clásico, capaz de destrozarse de un solo disparo la cabeza de aquellos camaleones llamados chipojos.

El tuerto dejó su primer ojo mitológico desparramado y filtrándose en la tierra de una zona rural. Arrastraría el resto de sus años con la fijeza de un vacío tapiado por la falsa estética de las cosas. La fijeza del tuerto nada tenía que ver con la filosofía, ni con ningún otro tipo de aprendizaje, era una fijeza que lo arrastraba al margen, con tal ferocidad que se veía involucrado en constantes batallas por superar su trauma, soñaba con ser poseído por una inesperada fuerza que restaurara su mirada mientras cortejaba a aquellas muchachas pretensiosas, teniendo como fondo la voz lechosa de Roberto Carlos.

El tuerto adoraba el mar, nadie de los cercanos fue lo suficientemente sensible para entender que si se empeñaban en identificarlo con un apodo podrían haberlo bautizado como Jorge Molusco. Estaba siempre hablando de Guanabo, de sus repetidas hazañas submarinas que lo acercaban descuidadamente a un tipo de sirenas que solo él lograba visualizar.

Era un ser dividido, parece que así estaba escrito en su destino. Ahora su madre, que enloqueció, lo recuerda mitad marino, mitad terrestre; animal que la perturbaba y la hacía deambular por las calles balbuceando sobre plantas ornamentales. El otro ojo del tuerto, el que luchó en solitario por la autoestima, ahora pertenece enteramente al fondo marino, ha quedado inmóvil, hipnotizado por el desplazamiento de lujo que practican algunas especies.

Aquí encontrarán seres que se arrastran, otros que escalan, y también son creativos, es decir, que segregan una sustancia mientras edifican algunos diseños que van volviéndose entrañables. Encontrarán a los que parasitan amplias superficies de seres enormes, verán la belleza que se expone en el traspaso de la sangre de un organismo a otro, seres que han vivido violentados, y por ello dan la sensación de rígidos, moldeados a partir de dos materias primas básicas: la carne y el hueso. Seres a los que les vamos a ir construyendo los sitios que merecen.

El ácaro se levanta como un fénix, inevitablemente será uno de los héroes entre tanta sangre caliente, el ácaro de la calle Monte y de la Avenida del Puerto, semi-soterrado irá provocando la alteridad de los personajes, empujándolos hacia una suerte de extraño hedonismo. Ácaro que representa nuestro sentir más oculto, la esencia de lo que llena espacios espontáneamente cedidos por la escritura. Ácaro puede encarnar un ente individual, representar su intensidad simbólica, y transferirla a la complicada racionalidad humana.

Te criaste en la superficie de un queso seco y rancio, emprendiste una larga ruta hacia lo que supuestamente nació torcido, adquiriste una personalidad, un comportamiento contaminado por todos los esfuerzos de la sobrevivencia; por eso, cuando disfrutamos de otro cuerpo, en el propio disfrute divisamos en la pupila ajena la brillante figura del ácaro que como toques de trompetas resuena en los oídos.

Su condición larval le permitirá enterarse de complejos secretos que a la larga disfrutaremos todos. Nuestro héroe tiene alrededor de treinta mil posibilidades de adquirir un rostro nuevo, y cada rostro será una oportunidad de infiltrarse, de sondear el fondo de esas personas que viven irresponsablemente, ajenas a su inminente cercanía. Estás preparado para la perforación, crea el encanto de acceder a través de agujeros que hacen más insondables sus experiencias convirtiéndolas en auténticas ficciones.

Por eso regresa totalmente mitológico, avasallando y fundando demostraciones de la más innovadora fantasía, ¡muévete ácaro!, ponle un poco de pimienta a esta pobreza de imaginación que a veces nos consume, simples formas y torpes intenciones, elévalas a tu categoría de proceder para que puedan esas tristes personas que rezongan al otro lado de la pared de la página, poblar definitivamente estos espacios.

## 4 VERÓNICA

A Verónica la conocí una tarde de junio en Curitiba, ciudad donde en nada se parece el comportamiento del clima al de aquellos ciudadanos que luchan por hacerla una urbe racional. Allí todo estaría tan claramente solucionado que nos conduciría sin remedio al más letal aburrimiento. Lo atractivo de estos espacios se relaciona con aquello que se daría en llamar agentes externos, siempre listos a poner emoción y desorganizar lo supuestamente establecido. En Curitiba se pasa de la lluvia fina al esplendor del cielo en fracciones de segundos, así como del palpable calor a un frío penetrante; ciudad señalizada hasta el tuétano donde se vuelve casi imposible extraviarse por uno de sus barrios. Polacos, alemanes, italianos, y algunos brasileños que se parecen bastante poco a los brasileños de otras ciudades, le han ido perpetuando ese rostro surcado por bosques polacos, alemanes e italianos, a través de los cuales volvemos a releer las más clásicas historias.

Curitiba vuelve aún más extranjeros a los extranjeros, y en ese punto decidimos escapar, reencontrarnos con las escenas privadas de nuestro pasado, escenas que nos hemos censurado nosotros mismos para seguir viviendo de espaldas a la dosis de horror con la que arrastramos. Así, sentado en una plaza abundante en palomas y siete años después de su muerte, pude dialogar con mi madre como nunca antes. Sin recelos le pregunté lo que en vida no tuve valor de preguntarle, y creo que ella me respondió como no lo hubiera hecho en vida.

Mientras devoraba un hermoso pollo de la Frangosul, ella me miraba como si pretendiera filtrar su fuerte presencia a través de mi cuerpo.

Estaba en Curitiba, justamente el día que cumplía treinta y seis años, y esperaba la hora en que comenzara una película iraní, que después devendría en un acontecimiento extraordinario, imágenes que a través del tiempo se revelarían en una definitiva enseñanza permeada de variados matices estéticos. Todo nacía y terminaba en el anhelo por conseguir un par de zapatos.

Al salir del cine descubrí que las suelas de los míos estaban notablemente gastadas por lo que me prometí en la mañana siguiente salir a comprar unos confortables. Los zapatos más que una prenda necesaria para nuestra vida social, son un símbolo, una extraña extensión de nuestra persona, y según los usamos vamos dejando en ellos las huellas palpables de nuestras intenciones y los rasgos más sobresalientes de nuestra naturaleza. Mientras caminaba hacia el pequeño

hotel de la zona antigua de la ciudad, donde me había alojado, se mezclaban aquellos zapatos iraníes, perdidos en la crueldad de una corriente de agua, con las palabras pronunciadas por mi madre antes de yo entrar al cine, en las cuales estaba contenido mi propio destino. Me había sido develado el prolongado misterio de un verdadero drama familiar.

Verónica, sobre todas las cosas, es un sonido, una canción o ritual tras el que se descubre definitivamente un cuerpo, una ofrenda que va incorporando la religiosidad en el intenso intercambio de energías. Todo comenzó en el Memorial de Curitiba, una vitrina para la persistencia de tanta sangre mezclada. Ella había sido una antigua compañera de clases de mi novia que, de modo inesperado, ha sido expulsada por la ficción de estos espacios que se vuelven profundamente perturbadores en cuanto nos muestran hasta donde somos capaces de llegar en la intención de ser fieles a nuestros sentidos.

Un tiempo después, ya en la Taberna del Alemán, su submarino y el mío se entrecruzaban en una alianza que solo con el transcurso de unos meses alcanzaría alguna coherencia.

Bebíamos de las jarras donde el coñac escapaba de las pequeñas canecas dejadas caer para disgregarse de modo perverso en lo que podía interpretarse como un océano de cerveza. A la tercera generación de submarinos sentí a uno de sus pies desnudos rozar mis muslos hasta casi frotarlos mientras estos se protegían bajo el tejido de un Levi's 501. Entonces admiré su chaqueta verde, su boca a punto de caramelo que sacaba las palabras del portugués directamente para una salsa agridulce que ya comenzaba a viráseme encima y a producirme excitación.

El escenario era la mesa rústica, intentamos la cuarta generación de submarinos, pero finalmente los dejamos abandonados en mar abierta y fugados nos refugiamos en un baño, nunca logramos saber si era el de las damas o el de los caballeros. La temperatura de Verónica se propagó por todo mi cuerpo, pero en especial por mi mente, poblando mis ideas de una cálida sensación que me ha perseguido a través de los años.

Rostro como una lámina de agua. Después en bares de Porto Alegre, en calles de Porto Alegre, agua que inunda la habitación del apartamento del barrio del Bom Fim, pasillo del apartamento que recorro mientras voy percibiendo el olor de su cuerpo desnudo, del jabón de hierbas exóticas. Las gotas de agua aún persisten sobre la piel, entonces corro a buscar la cerveza helada, a empaparla de cerveza, que la levadura fermenta lo que ya está fermentado y lo libere. Queda comprobado que una mujer

no se quiebra de placer, soporta, es flexible como una aleación que no cesa de emocionarse.

Qué importa que nada hubiera ocurrido, que en la noche que todo estaba por ocurrir, saliera del taxi apretándole las manos y rozándole ligeramente los labios. Con prisa entré en la terminal rodoviaria, quedaban pocos minutos para tomar el ómnibus que me llevaría a otra ciudad del sur, ya que en la madrugada, y en un apartotel de aquella ciudad debía de reencontrarme con mi novia.

No me arrepiento, es bueno tener una vida como esa, barrida de toda la impureza de jornada tras jornada, una vida detenida en el gigantesco vórtice de un deseo que se convierte en sensibilidad, extraña manera de interpretar eventos que son los que hacen que se manifieste la naturaleza que puebla de sentido el avance más bien sigiloso de una vida. Ya en el ómnibus el ardor era una emoción que se mezclaba al aire frío, que permitía recostar la cabeza y darle perfección a la zona del labio sustraída de la historia, y que no se dejará morder.

El frío que viene del sur trae una naturaleza peculiar. Después de haber atravesado la pampa y coqueteado con esas ovejas argentinas, idas en vicio como casi todas sus cosas, llega a la hermosa ciudad de Gramado, más bien diría que pintoresca, con numerosos hoteles que en el invierno se abarrotan de gente de todas partes de Brasil, que acuden allí para contemplar el instante sagrado de ver caer la nieve. Entonces llegué a necesitar la chaqueta verde que Verónica llevaba en Curitiba, justo cuando su submarino y el mío se cruzaban reprimiendo la ferocidad que cada cual sentía por el otro.

Había participado por esos días en un evento sobre «Literatura y exclusión», colocando delante de mí una foto de Kafka. Con aquel gesto simbólico intentaba llevar el problema de la exclusión hacia una lectura estrictamente esencial que me librara de una vez del acecho de la banalidad. Fue en ese ajetreo que nuevamente se erigió ante mí la imagen de Kafka, su rotunda claridad sobre la incomodidad de vivir y los diversos inconvenientes que la acechaban. Muchas veces he intentado imaginar al verdadero Kafka... en esta ocasión el Kafka que presentaba era el propio hombre expulsado de sus Diarios, el judío perturbado por la desnudez que precede al fin de la palabra, o el del gesto discreto del lenguaje. Sin dudas Kafka sobrepasa a Kafka, es una suerte de aullido entre lo alemán y todo un cuerpo espiritual perteneciente a la Bohemia; puede ser Hašek, o la divertida pirueta de un soldado demente en plena guerra.

En medio del frío y de las numerosas jóvenes que me reclamaban autógrafos bajé del auditorio, caminé con orgullo por un pasillo de tierra que conducía a la salida de la carpa. Entre todos los que se me acercaban me llamó la atención una muchacha

que dijo residir en una ciudad llamada Santa María del Sur. Después de conversar algunas veces con ella por teléfono terminé viajando una madrugada hacia dicha ciudad. La joven me recibió al descender del ómnibus, y para mi sorpresa y casi en tono de secuestro me condujo hasta un lugar donde había existido una de las primeras colonias de italianos, al llegar estos al sur de Brasil. Seres muy seductores que en pocas décadas fundaron una prosperidad familiar demoliendo con sus pies desnudos las jugosas uvas, dando con estos machucones los primeros pasos hacia una nueva industria.

Nos sorprendió un amanecer rojizo, como mandado a hacer para reforzar el escenario con el cual, según ella, me cautivaría definitivamente. Lo que más me atrajo fue su capacidad de ruptura entre un gesto netamente espiritual y la practicidad de haber dado rienda suelta al deseo de intercambiar conmigo los fluidos de su cuerpo que, encima del mío, se reflejaba con cierta furia en el espléndido espejo colocado en el techo del motel.

Dos horas antes de dejarla en el taxi camino a su apartamento en el barrio de Bom Fim, nos habíamos encontrado en uno de los bares más *charmosos* de la Sarmiento Leyte. Era miércoles y retiraban las mesas y sillas tradicionales del recinto para colocar sofás y otros asientos más cómodos e íntimos, propiciando la cercanía involuntaria o premeditada de los que allí acuden. Sin dudas también recibí mi beneficio: apenas unos minutos y el contacto físico entre ambos comenzó a desenvolverse con complicidad.

Lo que pueden asegurar es: «que cuando estos seres que mezclo sin escrúpulos comiencen a usar las paredes todo cambiará en la realidad de manera súbita, ensombreciéndose aquellos espacios que hasta ese momento habían sido poblados por la luz. Iniciemos con la Reclusa Parda, con la delgadez de la estructura de sus patas diseñadas para una labor exquisita que podría extremarse sobre las propias ideas de los que ya se adueñan de las paredes».

Kafka ante la despiadada geografía del sur, La Sierra Gaucha; este delgaducho centroeuropeo ha despilfarrado sus ojos hundidos en coníferas acentuadas por las variedad de verdes que inundan una curva tras otra de la carretera. Ciertamente que las paredes destilan un líquido pardo, se convierten en superficies para la acción radical de los que prevenidos por el hombrecillo magro escapan de *El Proceso*, las paredes son amplias y sobre todo no existe ninguna disposición que prohíba transitar por sus regiones.

Kafka y Hašek se toman un café, luego caminan por el paso inferior hasta la entrada de un pequeño infiernillo donde dos jóvenes les toman de las manos y los conducen. Ya solo se ven los sombreros de Kafka y Hašek, los sobretodos de lana gris y negra. Ambos han desaparecido por la estrecha escalera que conduce al sótano.

## 5 KAFKA Y HAŠEK

Retornemos a mi madre, al entorno en el que ella se desarrolló durante los últimos diez años de su vida. Ahora recuerdo con claridad aquel pájaro blanco con unas pequeñas letras verdes que indicaban su nombre, bordadas a la altura del pecho, en su blusa de pijama. La enferma que a veces conversaba con mi madre sentada debajo del almendro, y que de súbito se levantaba y comenzaba a revolotear, emprendiendo un calentamiento en círculos, era en realidad un pájaro que ensayaba una y otra vez su zona de despegue.

¿Hacia dónde iba con el rostro grasiento y los labios y manos temblorosas? ¿Cuál sería el punto de destino, la corteza de dolor destinada a ser atravesada por aquella frágil ave sin alas, sin plumas, sin escamas, aun horrorizada por la pesadilla que definitivamente la colocó en una pista para el despegue? Vaya césped ordenado por la laboriosa estereotipia de un colectivo ejemplar: ¿cómo volar por encima del muro de aquella casa de Marianao, de dónde provenía, y de dónde había escapado en el momento en que su hija gemía de placer? ¿Cuántos círculos, cada veinticuatro horas me fabricaba ese engendro que alcanzó a ver las nalgas canelas golpeadas por las robustas manos del padre?

Ahí regresan Kafka y Hašek boquiabiertos, un poco de diversión, y el mundo se ha transformado para ellos, se les ha hecho ajeno, pero igual pueden caminar, tomarse otro café, discutir sobre sus personajes, intercalarlos indistintamente en las obras de ambos.

Los que ya se han instalado en la pared gozan de sosiego, no existirá ningún hongo perturbándolos, la pared tiene un lirismo radical vinculado al descampado, un lirismo de superficie de riesgo, de ascenso, de caída, una suerte de *movilidad en resistencia* que lo satura todo.

Seres que tienen su motorcito, su ruido particular, que circulan en la senda del presente con la mala pasada, ahí clavada, que perturba, transforma las expresiones, crea personajes ajenos a ellos mismos. Varios conversan con mi madre, les cuentan sus microdramas, entonces mi tío Alberto y yo llegamos con el almuerzo e interrumpimos.

Me acuerdo del Jardín Botánico de Curitiba, sentado al borde del cantero de las flores, también rosas que se aprestan a mostrarse, detrás me quedaba un espacio, o

más bien una sensación de espacio; de sensaciones está hecha casi toda la ciudad, pero en El Botánico se multiplicaban, eras mordido por tus propias ideas...

Mi tío y yo con el almuerzo de mi madre.

Tiempo después vi una mesa llena de alimentos flotar en un río, mesa sin comensales. Símbolo de las ausencias prolongadas, personas que no pudieron llegar nunca al convite, porque algo inesperado les negó la continuidad y los condujo a otros destinos.

¿Cómo indagar por los que no han venido a degustar dichos manjares? ¿Qué situaciones tendrán que enfrentar? Son energías extraviadas, algo así como cabitos sueltos que derivan...

Entre la sensación y el hecho se filtran desobediencias, puntos de emoción. Así transité varios días por Curitiba asediado por un pensamiento puesto en Verónica, en la rara disposición de su labio, que aunque ligeramente frío no dejaba de incitar. Una ventana del memorial me mostraba los rasgos árabes de la ciudad, es la ventana por donde oportunamente intenté organizar mi incontrolable atracción, la mezclé con el aire, con los olores, con el otro cuerpo que se me pegaba y casi reclamaba cariño. En este punto voy perdiendo la oportunidad de alcanzarla.

## 6 ÁCARO ROJO

Treinta mil especies de ácaros exigen su lugar. Hay tejidos que pueden evacuar tales exigencias. Es el proceso, el reiterado afán de apegarse los unos a los otros para adquirir la sensación de no estar solos: en las milicias, en las concentraciones, en la zafra, acabado de volar La Coubre; así vino Raúl Martínez con su paciencia y llenó biografías vacías, dio expresión a todo lo que no tenía expresión. Ácaros que fueron ocupando una escena, una responsabilidad, y se mezclaron.

De pronto descubrimos una situación conmovedora: el Ácaro Rojo y el de polvo conversan, se apasionan, cada cual defiende puntos de vista delirantes. Ácaro de Polvo es redondo y anda segmentado, la propia situación lo ha ido alejando del trabajo; sobrevive del trapicheo. Cada vez que alguien se encuentra un objeto que ya no le es útil se dirige al soterrado sitio de la esquina de Aguiar y Muralla donde, con seguridad, ácaro de polvo sabrá qué hacer con él. Porque lo cierto es que lo que ha perdido utilidad para uno la recobra para otro, que desesperadamente acaba de adquirirlo.

Ácaro Rojo ya había trabajado un bulto de años en las legendarias posadas de la zona vieja de la ciudad, fue su pre-morbo el que le orientó la vocación. Este señor cuenta con ojos capacitados en captar imágenes a gran velocidad: parejas y triadas de cuerpos, a veces hasta cuatro, o cinco, desplegando despiadadas fantasías se almacenan en su memoria.

Un día me dijo: «desde que vi entrar a aquellos dos pensé que me iba a dar banquete. La cara de ella expresaba sin ningún tipo de pudor lo que es capaz de asumir una mujer con tal de retorcerse de placer. Una vez que entraron al cuarto que tenía destinado para ellos, tomé posición y disfruté de lo que podría describirse como un calentamiento tradicional. Después transcurrió lo demás, de modo que me sentía decepcionado, y cuando ya estaba decidido a buscarme otro entretenimiento, la descocada sacó de su bolso un objeto para la historia, uno de aquellos desodorantes redondos y azules, que venían dentro de un cilindro plástico con una tapita a cada extremo. Lo sacó con desespero y le exigió al hombre que se lo introdujera en el culo, y lo fuera moviendo hasta gastarlo y dejar en sus entrañas esa dosis de alcohol destinada para usarse planificadamente debajo de los brazos».

Ácaro Rojo es tremendo: cuando se emocionaba demasiado con las escenas a contemplar, se adhería a los cuerpos de los protagonistas y se iba con ellos a sus casas.

La psiquiatra que atendía a mi madre me mandó a buscar. Me senté delante de ella, entonces comprendí que algo inesperado se avecinaba para los dos, no podía localizar qué era, pero estaba convencido de que ella comenzaba a desearme en secreto, sin siquiera haberme visto una sola vez. Le comenté algunas noticias frescas sobre el rechazo que habían tenido en el Congreso de Londres algunos métodos utilizados por la Psiquiatría Cubana, mientras ella se concentraba en explicarme los rasgos involutivos que acompañaban a la dolencia de mi madre. En realidad todas aquellas palabras eran una pompa de detergente que cuando uno de los dos se atreviera a pincharla, nos regresaría a otra realidad, hasta cierto punto, bastante cruel, porque ella perdería su rostro de psiquiatra y yo mi rostro de hijo. Entonces podríamos rozar la condición de ser en sí, sin quedar localizados bajo la fatídica condición que representa responder al llamado de un número.

La escenografía podría asociarse al llamado Teatro Pobre. El hongo había tomado las paredes erosionándolas visiblemente, la pintura de la mesa y las sillas de hierro estaban en fase de desaparición, y sobre todas las cosas se imponía el imperio del espacio sobre el imperio de los objetos. Con claridad reinaba la intemperie de todo tipo, la posibilidad del vacío como comunicación.

Miré bien al fondo, antes de pinchar la pompa, siempre he tenido marcada dificultad para recuperarme de las frustraciones, y allá perdido, o guarecido por una sensación ajena, me decidí. Sentí un tejido suave que me envolvía, digamos que podía haber sido un algodón egipcio, me quedé quieto permitiendo que me sucediera lo que ya estaba escrito. Solo volví a hacer un gesto para alcanzar algo debajo del agua en el baño de mi casa, cuando los recuerdos casi me hundían en la poceta. Con urgencia terminé necesitando el jabón.

En el manicomio todos piden cigarros. El hecho se vuelve espectacular, cada uno con su estrategia, ficciones pulidas con las cuales avanzan hacia sus víctimas, todo amarillo, amarillo quemado, el deslumbrante impacto de un sol oriental que nunca llega a consagrarse, este es el amarillo de lo que decae o sucumbe; lo que pudo haber brillado es caduco, pertenece a un sótano anónimo donde el moho lo acabará de liquidar. Pero piden cigarros, se te aproximan con una expresión familiar y a veces casi te abrazan.

También rondan los que manosean el cigarrillo como si este fuera un instrumento musical, creo que quieren descubrir significados en ese objeto

inanimado y apestoso, pero allí están vomitándonos una torpe fantasía que no deja de expandirse hacia nuestro alrededor. Entonces comienza la fase del humo que, aunque molesta, te permite escapar.

El hombre era tan albino que Ácaro Rojo sintió repugnancia. Le decían Escorpión del Sahara, durante años se había despigmentado en la tierra árida de este desierto, ya sabía que sus coterráneos de África solo necesitaban unos treinta segundos para liquidar a un perro, y había aprendido a usar esa fuerza letal de su especie como modo de sobreponerse a las condiciones adversas que constantemente se veía forzado a enfrentar. Aprendió a arquearse describiendo el ángulo exacto para perpetuar una defensa eficaz. Se dice que cada cual encuentra «la horma de sus zapatos»; Escorpión Albino no fue la excepción. Una mañana tropezó con Mosca Escorpión, quien para acabar de conquistarlo una semana después, le llevó un hermoso gato cazado en tejados de la barriada de Lawton, listo para ser procesado y comido con la última reserva de vino búlgaro que había sobrevivido en una ciudad literalmente arrasada.

De pronto esa ciudad se vio copada por el espíritu de Cronenberg. Un grupo de hombres y mujeres sin asociarse previamente a ninguna organización, de manera simultánea y espontánea comenzaron a sentir atracción por seres mutilados que usaban muletas u otros accesorios relacionados con la violencia de uno o varios impactos, quemaduras producidas por el aceite caliente, o la fricción prolongada del cuerpo contra el asfalto; estas personas controlaban y dirigían sus deseos con inteligencia inusual, bajo el pretexto de producir fantasías fundadas en el ingrediente grotesco que obliga a colocar la línea del pensamiento liderando la línea del placer; subyugando de ese modo la acostumbrada frivolidad a un complejo proceso de aprendizaje que hace saltar al cuerpo a un nuevo estado de independencia. Puede parecer simple filosofía, pero cuando te atreves a desbordar tu saliva sobre la quemadura que resplandece en la piel del otro, indicas una diferencia que al llegar a la zona no afectada multiplica el disfrute. Sin embargo, regresas una y otra vez a resanarle el dolor con más saliva, más excitación. Es un vínculo ascendente, una coalición que se deriva de una colisión, es decir de muchas colisiones, momentos dramáticos de una ciudad tensa, seres que sobreviven a lo innumerable, fuerzas, o una desidia que desgarrar los cimientos en sus variadas proposiciones. Así es como cojos, lisiados y otros sobrevivientes del politrauma adquirieron un protagonismo fascinante en el eros de un entorno que se ensombreció de manera brutal solo en el transcurso de unos meses.

La lepra le había colocado una piedra enorme sobre la espalda, lo que se dice perfectamente colocada, amarrada con una soga gruesa para impedir su movilidad y facilitar el buen desplazamiento de esta nueva especie de reptil que cientos de personas contemplarían, algunos pasmados del asombro, y otros con la mayor naturalidad, ya que creyendo en el ilimitado uso de la fe estarían dispuestos a acciones similares.

Cada cual lleva su piedra, aquella que le toca, ajena a tu disposición de cargarla tampoco decides el lugar donde la llevaras, y mucho menos el tamaño; de pronto, sin pretenderlo, la descubres, y si estás preparado la asumes como un órgano más sin el cual te sería bastante complicado seguir viviendo.

Seguía nuestro panzudo insistiendo en la recta final, enrojecido, la saliva escurriendo por ambos contornos de la boca, y la soga rozando la piel hasta quemarla, provocando un ardor definitivamente molesto. Los codos y las rodillas visiblemente destruidas, sangrantes, matizando con su coloración drástica una buena porción del suelo a través del trecho recorrido.

Un poco después entró victorioso en el santuario. La emoción fue tan grande que casi sintió ladrar a los perros que comúnmente invierten su tiempo en lamer las llagas en los pies del santo. Las lágrimas se le salieron para mezclarse con el violeta de la hermosa capa que cubría a la imagen motivo de la adoración. Ahora tenía que coronar todo el esfuerzo, lo que sería sin dudas una proeza al incorporarse ante los perros y el santo con aquella enorme piedra amarrada a la espalda. En un arranque de seguridad en sí mismo, comenzó el proceso. Los músculos de la cara se le pusieron tensos y se podía escuchar el chirrido de los dientes al friccionar de modo tan atroz los unos con los otros mientras las piernas de Ácaro de Polvo se enderezaban y un tenue hilillo de sangre corría por la zona trasera de su antebrazo. Entonces pocos pudieron descubrir un hecho escalofriante, que consistía en una solitaria lágrima que corría por la cara del santo.

## LA NINFEA

Nunca llegué a saber su nombre, la rotunda belleza excluía cualquier otra curiosidad, pero tampoco creo que en toda mi vida haya encontrado una metáfora más exacta que aquella con la cual mi pensamiento resumió la aparición en medio de la clínica. Era una Ninfea que flotaba sobre tan abundante densidad y destrucción, sobre una multitud de vidas extraviadas sin retorno, surcadas por la fractura imprevista. Esta Ninfea portaba una energía con la cual me sentí identificado de inmediato, energía cuya fuerza podría llegar a arrasarse en poco tiempo tan deslumbrante y fresca belleza. Aún no había en su rostro huellas de deterioro, solo una expresión de sueño, ligera, que la volvía más erótica, imprimiéndole la levedad de quien era mecida para ser gozada en la profunda calma. Ahora recuerdo que la primera vez que la vi no fue en el manicomio de la avenida de Boyeros, sino en una sala de psiquiatría de un hospital del Vedado. Esto me favoreció porque pude contar con un poco de intimidad; el pasillo que conducía al dormitorio de las enfermas en ese instante quedó atravesado por un haz de luz rojiza...

Hay que rehabilitarse, hay que reeducarse, hay que reconcentrarse sobre todo para retornar al acto del erotismo con las herramientas repletas de sentido; es decir, que si un pájaro vuela y en una torpeza inesperada roza y hace ruido, este incidente servirá para volver más intenso el panorama; si algún líquido o alimento esencial se ha derramado y el olor es penetrante, no lo rechaces: él está ahí por algo, filtrándose entre los tejidos de algún deseo insatisfecho.

La rehabilitación sin ella no hubiera condescendido al cuerpo arrodillado sobre la tierra del cantero. Inclineda hacia delante los cabellos la rozaban, y con la zona de la pelvis relajada se entregaba descuidadamente a un dios subterráneo que no la rechazaba. Una curiosidad perturbadora me condujo hasta allí. Todos se habían marchado espantados por la coloración del suelo. Mi ninfea descubrió un aparato de riego, una hermosa máquina para producir fascinaciones. Se despojó pausadamente de las ropas para que quien se acercará pudiera hacer comparaciones entre los tonos de su piel y los del suelo que amenazaba con tragársela con el fin de comprender, a profundidad, el sentido de la entrega que estaba proponiendo. Antes de tocarla aconteció lo que vale la pena recordar, el resto es pura repetición, pura pacotilla, nuestras manos, nuestras intenciones, nuestros pasos, son unas malditas guillotinas que poco a poco van descabezando la esencia de las cosas.

Después de no poder doblegar a aquella voluntad, lo que multiplicó su sentido y su arrogancia fue la máquina de riego, su modo tan vandálico de proyectar el agua en un radio que se pudo haber bautizado como «la escena de la consumación», radio de visible gravedad, priorizando la promiscuidad entre algunos objetos que, a pesar de estar interesados en escapar, no pudieron hacerlo. Siempre que todo se congela, queda una imagen fija, una inmovilidad, donde algún día alguien predestinado descubrirá solo lo estrictamente trascendental de los acontecimientos.

Muchos de mi generación hicimos el amor bajo el acompañamiento de una máquina de riego, claro que esas escenas no estarán en este libro, porque en realidad no le pertenecen, son planas, estimuladas y provocadas por la ingenua idea de que estudio y trabajo deben ser inseparables; aquí solo queda lugar para la máquina sombría que llegó a gotear sus pezones en aquella hora dudosa que antecede a la noche.

Este sueño es una carga pesada:

«Por el cemento rugoso que en la mañana escurría la sangre, trasiegan numerosas sombras que propician las luces, sus conos agitados que destacan las pieles sudadas, y el brillo múltiple de los cosméticos. En los cubículos donde las reses ponen sus últimos pensamientos en la hierba fresca, se percibían gemidos, siluetas que en su movimiento agitado llegaban a alcanzar un ritmo, lo más sobrecogedor era contemplar el sitio desde una distancia prudencial, persiguiendo el objetivo de una vista aérea. Nadie en esa convocatoria llegaba a tener una expresión tranquila, todos se sentían cómplices, culpables... Con el transcurrir de las horas iban perdiendo la capacidad de reconocerse entre ellos, el propio acento reiterativo de la música contribuía a la amalgama que la multitud sostenía en pos de no aceptar ningún tipo de límite.

«En la alta madrugada el espectáculo adquiriría otra coloración, la masa que conspiró unida, casi frotándose, comenzaba a dispersarse, salían en grupitos de tres a cinco por la misma puerta que las reses entraban al clarear el día, entonces sus rasgos se hacían más vulnerables a la parodia, terminaban pareciendo personajes ficticios, embadurnados de una especie de idiotez, que en dosis elevada se consumió durante el ritual ¿Qué podría aprovechar el observador de ese desperdicio de tiempo? Quizás muchos de ellos pertenecían a una zoología inclasificable, dimensión en la que los cuerpos les trascendían como humos, con ciertos rasgos salvajes... las muchachitas portaban unas ojeras para nada despreciables; era ese, en realidad, el detalle que las volvía atractivas».

## EL HELADO Y LA COCHINILLA

Estamos ante El Helado y La Cochinilla, una superficie para dos elementos contradictorios. Uno inmóvil que en tiempo limitado perderá su condición pasando a ser un líquido repugnante; el otro es un ser vivo, se desplaza, y mientras lo hace adquiere aquello que se ha dado en llamar personalidad; más tarde poseerá una conducta, un modo muy peculiar de arrastrarse y escalar. Por separados no indican nada novedoso, pero en esta historia son pareja, tienen que convivir, sobre todo cuando La Cochinilla con desenfado decida atravesar la estructura ñoña de El Helado. La Cochinilla es un personaje del barrio, antes pasaba con frecuencia por mi casa. Un día se apareció con otra de su especie con el cuento de que necesitaba una camisa negra y una gorra: haría una salida de gran importancia para ella y estaba interesada en reforzar el asunto de la virilidad. Le mostré las pocas que podía ofertarle, y para mi asombro se las fue probando una a una delante de mí, dejando en cada operación la posibilidad de contemplar un par de tetas grandes y firmes, cuyos pezones se iban erizando según rozaban el tejido de mis prendas.

El Helado apareció después, era algo así como una mezcla de vainilla y coco, rebajados, tenues, exigiendo gran esfuerzo del paladar para su identificación; pero helado al fin alguien se interesó por él, en esta ocasión fue La Cochinilla, ese ser de terracota lejano al espíritu de una diosa indoamericana. Los veo pasar, y no me dejan de parecer pintorescos, dan la sensación de ser felices, y la gente comenta que El Helado es muy buen muchacho, y que hasta sabe componer equipos electrónicos.

Después de haber gozado intensamente, entiéndase por ello la capacidad de separar ese tiempo finito del tedio cotidiano, el cuerpo está otra vez interactuando con el apetito, libre de las tensiones de la harina, el pan y los cuerpos menudos que te demandan todo tipo de cosa. Vale la pena hundirse, saber que es breve el sentido, encarnarlo en las bondades que otro cuerpo reserva para ti. Nos levantamos, y me mostró su sueño:

«Cortaba mucha carne roja, algunas zonas ya ennegrecidas por la retención de la sangre, de reses diferentes. Las organizaba con capricho en pequeñas porciones, así traficó algunos minutos con esa materia muerta, hasta que comencé a percibirla desnuda; a partir de ahí los trozos rojos ya no eran alimento, se convirtieron en objetos de fantasías, un hilito de sangre le bajaba del hombro al pezón, esa fue la prueba más dura, porque sentí un deseo casi incontenible de morderla, pero sabía

que al mínimo roce de mis dientes con su piel quebraría la estructura de lo onírico, derramando entre los pies de ambos lo que podría conservarse como un episodio feliz de nuestras vidas».

## LA ESTRELLA Y EL GORILA

La Estrella y El Gorila están en pleno apogeo de su labor, diría que una labor casi arqueológica, o ridícula, según quiera interpretarse. El Gorila se mantiene casi fijo en un mismo punto esperando las visitas de La Estrella; esta es audaz y atraviesa la vía láctea varias veces al día para ser fiel a las misiones que le va encomendando El Gorila. Este ha encanecido, tal vez porque ha sido consecuente con el cumplimiento del deber. No existe un erotismo inmediato entre La Estrella y El Gorila, habría que construirlo con abundante uso de la fantasía, y quizás terminaría siendo frustrante porque el resultado podría derivar en algunas escenas grotescas que carecerían de valor producto de las escasas energías que le quedan al Gorila, las cuales preserva para ser fiel a sus compañeros de lucha y a la causa por la que estaría dispuesto a dar hasta su rústica cabeza. Lo que no entiendo bien es el comportamiento de La Estrella. Pudiendo estar en la pureza de su hábitat, alimentándose de su valiosa sangre, que en este caso es luz, con su familia, allí en la constelación a la que pertenece, se desgasta, se contamina con las creencias de los terrestres a los que, por lo general, no les puede faltar un líder.

Esa mujer parecía un travesti. Afortunadamente no había ninguno por allí. La espalda alargada y las distinciones que les son otorgadas a las militantes del sexo femenino se le habían concedido con recelo. Muchas dudas a la hora de colocarle, sobre todo, los senos y las nalgas, pero allí estaban. Y hasta parecía hacer feliz a un hombre que ahora intentaba tomar un ómnibus con ella. Los otros sufren ante estos seres que agraciados por las dudas del creador dejan ante el paladar de los más sabios el condimento exacto para cubrir cualquier tipo de fantasía, algo así como una «especie andrógina» llega para aclarar las opciones sexuales de no pocos confundidos. Pero decíamos que los que sufren ante esa virtud natural llevan una vida muy esforzada, y terminan siendo expulsados del siempre aburrido consenso de los demás.

De pronto descubrí que uno de los miembros de la familia Nimiedad colaboraba con la causa de El Gorila. Durante muchos años fue un asiduo merodeador de la playa de Guanabo, y también se fanatizó con la idea de criar y amaestrar perros de raza. En especial le encantaban los pastores alemanes, incunables de dicha especie. Casi siempre remataba su personalidad con objetos decadentes que quizás hace más de cincuenta años pudieron ser símbolos de poder.

Los Nimiedad llegaron a ser temerarios, algunos de ellos en su juventud demostraban tener valor y en más de una ocasión fueron tomados en cuenta, pero agotada la rebeldía a través de la combustión, les repartieron a cada cual ciertas funciones. La más grave noticia era que ninguno de los crecidos en el seno de aquel hogar había sido vacunado en su niñez contra un virus provocado por la sátira.

El primero en adquirirlo fue justamente el más guerrero de todos, lo que se dice un verdadero estratega militar. Una madrugada confundió el presente con el pasado y salió disparando su pistola y despertando groseramente a una comunidad de gallinas que dormían en un pequeño guayabal. Días más tarde se enganchó todas las medallas ganadas en combates y escaramuzas y salió a la calle gritando que había reencarnado en Napoleón. Hay otros dos de los Nimiedad que siempre han tenido porte de reptiles. Los tipos cambian de color en una cuarta de tierra, y se arrastran con tanta maestría que ni daño se hacen. Pero a pesar de tantas habilidades ya no conservan la energía de otros tiempos, ahora parecen actores vencidos por su propia mediocridad, y si les caen gorgojos, tardarán solo unas pocas horas en convertirse en polvo.

Algunas imágenes dolorosas se relacionan con lo que puede ser cálido y deseado, lo que otros llaman trozos hirientes de visión; también existen los juegos peligrosos, los diálogos cargados de un trasfondo rojizo que declina sobre los músculos, la fruta prohibida la tienes ahí, casi te roza, la puedes tomar, y que se envenene tu sosiego, tu postura de hombre correcto, que estallen los hermosos límites que preservaban con rigor tu disposición.

«Venían caminando desnudas por encima de la paja esparcida de manera casi geométrica sobre un amplio campo a cuyo margen más lejano corría una cañada, venían con los cuerpos empinados, en rigor sobresalía la solidez de las nalgas de ambas, y los cabellos mojados que le chorreaban hasta los pies, visiblemente arañados... se escuchó un ruido o desenlace que estuvo precedido por un pelotón de garzas blancas que semejaban una artillería, o banda de música del propio ejército». Estuve leyendo, indagando entre algunos amigos sobre el mensaje o los mensajes que podría contener este sueño que había tenido tres noches atrás, algo me comentaron en cuanto a la capacidad simbólica que se había desplegado. El amplio campo tapizado por la paja apareció como un irremediable sentimiento de desamparo, el acecho cruelmente planeado desde esa sensación de ser vulnerable...

La idea de estar desnuda le era bastante poco comfortable, pero ya había aceptado tal desempeño, de ello dependía su futura realización espiritual. No era una simple operación que produjera algunas ganancias inmediatas; menos le importaban que la posibilidad, quizás irrepetible, de insertarse en un proyecto capaz de transformar el modo de interpretar la existencia. Supo escoger, y con la mano enlazada a la de su compañera siguió caminando por encima de la paja, aunque tenía los pies exactamente calculados para cualquier tipo de excitación. Ellos se continuarán arañando como parte del maquillaje con el que se tendrían que mostrar en una situación tope y sobre el cual se apoyaría para que la veracidad de cada una de las escenas continuara atrayendo al selecto grupo que finalmente confiaría en la representación.

Supo saltar al vacío, con ese interior todo revuelto y turbio que entre dientes me había confesado. Pensé con cierta emoción, aunque me moleste admitirlo, que pertenecíamos a una misma sensibilidad, algo que de hecho podría escandalizar a algunas personas de vanguardia. Cuando se me acercaba la percibía tensa, ansiosa, pidiéndome soterradamente todo tipo de protección. Movido por un instinto oculto

le pedí que se quitara los zapatos. Me obedeció, dejando los pies ante mis ojos engrandecidos frente a los profundos arañazos de pajas afiladas que los surcaban por todas partes. Entonces le pregunté por la otra; después de la representación se había esfumado, y sin escuchar sus palabras iba a ser casi imposible comprender lo que había sucedido, a lo cual ya no tenía como renunciar. Había sido involucrado en un acontecimiento sentimental de manera súbita. Lo peor era que mi vida podría en cualquier momento ser perturbada por aquella pasión de la que solo participaba en el angosto trecho que limitaba el fin de un sueño.

## 13

### EL JÍBARO

«El traqueteo de los trenes, los trenes se me vienen encima como una tempestad, son trenes que avanzan por líneas diferentes, que en algún momento deben de ser, quizás sean justamente cuando todo esté acabado, y no podré ver las manos agitarse por las ventanas en un intercambio esperado durante años, ellos sabían que en un punto de la travesía tendrían tan solo algunos segundos para recordar los rostros que alguna vez fueron familiares. Se cruzarán los trenes separados por pocos metros, y ya estaré cumpliendo otra función; pero ahora sigo encantado, con las conversaciones, con la austeridad que se respira a través de los pasillos, algunos viajeros se perciben ansiosos, tal vez no han consumido sus grandes cuotas de deseo».

El Jíbaro montó en el tren con escasas pertenencias. El país se suponía libre, pero tras él se escuchaba el ruido de los nuevos rancheadores. El trayecto sería de Holguín a La Habana. Una mujer pasada del tiempo en que queda bien ser audaz se le sentó enfrente. Era una de esas sarasas que andan desesperadas porque alguien las maltrate un poco. El Jíbaro, que nació con el natural de la maldad, enseguida se dio cuenta y, después de preguntarse las rutinas que siempre indagan dos desconocidos al comienzo de un viaje, ella le dijo: «pareces un músculo regado en este mundo para provocar». Él la miró, y después de sonreírse a sí mismo empezó a frotarse su verdadero músculo de tal modo que ella cayó sentada encima de aquel joven poseído por un desenfrenado talento capaz de agrandar la propia órbita de la existencia.

Al caer la noche la sarasa estaba de rodillas mamándosela al Jíbaro quien aún la llevaba embarrada de la resina del tronco. El tren se iba y no tuvo tiempo de lavársela. Pasó de la fantasía a esta sórdida realidad de ser comido por una cuarentona decadente, sin posibilidad de acceder al aseo. El Jíbaro llegó a La Habana con el futuro escrito. Sus manos eran grandes y seguramente alguna cartomántica pudo adelantarle pasajes de su drama.

Violeta y Fernando no son precisamente arácnidos, pero están aquí y no tengo cómo expulsarlos; en realidad creo que no quiero hacerlo. Si existe la médula, ellos son parte de esa naturaleza sin la cual no fuéramos. A Fernando no le resultaría muy complejo representar la Tarántula Gigante de Rodillas Blancas. Tiene un cuerpo flexible, amaestrado con una rigurosa dieta vegetariana. Fernando ha tenido mucho tiempo para meditar sobre el significado de cuatro paredes y un techo en aquellas prisiones donde pagaba por un pecado migratorio.

A ellos los conocí en la calle Monte, acompañados por un negrito muelero, de esos que tienen cabeza de balín. Temerariamente la llamé sin importarme la reacción de los dos hombres que la acompañaban, y di en el blanco. Violeta aceptó mi proposición, solo que debía esperar que compartieran unas cervezas con el negrito que los había invitado a la piloto de la esquina más próxima. Estuvimos juntos hasta la madrugada Fernando y yo, caminando por aquella Habana de principios de los ochenta, ambos abrazados a Violeta, resolviendo cada uno su necesidad, pero sin dejar de sentir un poco de afecto.

El cuerpo de Violeta se dejaba llevar, estaba apto para representar la ternura sin ninguna condición. Le brotaba de adentro un perfume, o esencia natural que contribuía a la excitación, y a que se multiplicara la posibilidad del goce. Me confesó ser una apasionada por la música brasileña, inclusive llegó a entonar con notable cadencia un estribillo muy escuchado en la voz de María Bethania. Durante la breve espera para entrar a un cuarto ya se había creado una química entre los dos haciéndome creer que durante una o, quizás dos horas, se olvidaría de Fernando, quien se había quedado sentado en un muro leyéndose una revista de *rock and roll* del año anterior.

Unos cinco años después me encontré a Violeta en la terminal del Lido. Ciertamente había perdido casi todos los encantos de aquella primera noche, pero igual me dio mucha alegría su presencia. Casi automáticamente le pregunté por Fernando, y ella me contó en detalles el proceso de cómo una Tarántula Gigante de Rodillas Blancas podía convertirse en Reclusa Parda (pequeña y venenosa). Fernando cumplía dos años por intento de salida ilegal del país. Lo habían enviado para ese centro de máxima seguridad porque en medio de la frustrada aventura marítima había aprovechado para darle algunas trompadas a un guardafronteras.

La cara de Violeta estaba ajada, sus ojeras marcaban un claro territorio de dolor y preocupaciones. Le prometí llamarla, me dijo que necesitaba que la acompañara a hacer aquellos recorridos nocturnos sin los cuales no tenía cómo comprar las cosas para la jaba de Fernando. Pero en aquella época no me concentraba en nada específico y Violeta fue una cuestión que pasó al olvido como tantas otras.

Cuando salgo de noche y hago recorridos solitarios por la ciudad, casi siempre termino acordándome de Dalia, no solo de su constante disposición a romper las normas y hacer cosas escandalosas, sino de sus historias y diálogos, casi siempre permeados de ingenuidad:

«En las noches del vedado aparecía un ser pequeño, blandujo y grasiento, que todo el tiempo intentaba reclutar jóvenes hermosos para convidarlos a una casa que tenía en la playa de Boca Ciega. Fue Dalia quien me contó que a cada visitante nocturno le daba como premio una de aquellas monedas de cuarenta centavos que la gente decían que daban mucha suerte para obtener más dinero; me explicó que al efectuar el pago totalmente simbólico, el sujeto le argumentaba a sus víctimas que estaba poniendo en sus manos la posibilidad de obtener dinero constantemente y sin muchas preocupaciones y riesgos. Aquel mariconcito era una mezcla rara que oscilaba entre lo angelical y lo repugnante, a la cual Dalia terminó identificando como Tocineta del Cielo».

Después de tantas trastadas como empleado en las posadas habaneras, Ácaro Rojo fue amonestado y castigado severamente... lo mandaron a atender el baño público de la terminal de trenes. Tras un tiempo de sentirse humillado y avergonzado, se fue habituando a aquella nueva función que le había sido conferida. En realidad no le iba tan mal, al fin de cada día lograba acopiar las monedas necesarias como para no morir de hambre y de vez en cuando poder tomarse una cervecita con los otros ácaros que le rodeaban. Esos ácaros eran gentiles con él y a menudo le hacían donativos de periódicos viejos para facilitarle su gestión de trabajo. La estabilidad no duró mucho, fue destruida por la buena intención de uno de esos ácaros que le llevó unos cuantos suplementos del periódico de más circulación en todo el país. Se trataba de un documento crucial para el destino de la nación. Nadie, ni el propio Ácaro Rojo, se percató de ello, rasgándolos a la mitad para el bienestar de los usuarios. Cuando todo fue descubierto ya no había remedio: el asunto estaba en manos de la Seguridad del Estado y el pobre ácaro podría ser acusado de Traición a la Patria.

Entre un trago y otro de vodka, a mi amigo Eugenio se le ocurrió preguntarle a una amante ocasional: «¿crees que soy un perverso?» La mulata, que estaba excedida, le contestó en un tono cínico: «Un verdadero perverso no preguntaría eso». A lo que Eugenio respondió con un gesto violento agarrándola con furia por la raíz de los cabellos y arrastrándola hasta el baño, donde terminó de desnudarla. A partir de ese momento no hubo más diálogo. La mulata emitía unos sonidos rezongones que nos desconcentraban a mí y a otra mulata mientras intentábamos divertirnos en una habitación cercana. De pronto me quedé quieto, disfrutando la tonalidad del cuerpo que tenía sobre mí y empecé a buscarle sentido a la condición de ser o no un perverso. Hay interrogantes temerarias; cuando abres los signos tienes que estar preparado para soportar las nuevas condiciones que implican la respuesta. Es decir, hay que estar listo para habitar esa zona que acaba con tu ignorancia y te hace consciente. De súbito, te desenvuelves en la extrañeza de lo que has provocado, y causa inquietud cierta inseguridad referida a la firmeza de tus piernas y de tus ideas... En este tipo de tensión algo siempre se rompe o se derrama.

No me gusta cómo lloran las rusas, nunca he soportado ese modo semisalvaje de manifestar el dolor... las rusas parecen una especie de la zoología en el modo de ofrecer su sexo a los otros. Las identifican por la abundancia de animalidad, ¿nunca has tenido cerca de tus ojos, de tus manos, de tu boca el sexo de una rusa? Las rusas mientras te lo muestran, se lo miran y quizás piensen: «tengo en esa grieta el tormento de Dostoievski, el lirismo de Stravinski, la pasión de Pushkin». Lo que tú ves no es eso, sino algo regordete, de un rosado pálido que te recuerda a un tipo de carne enlatada. Pero ahí sigue la rusa dispuesta a hacerte creer lo contrario, cuando haga falta, ella pondrá a funcionar su acústica diferenciada para demostrarte que en dicho Imperio eres tan solo un objeto indefenso.

Los Nimiedad se organizan. Cuando casi todos imaginábamos que iban a empezar a morir, se ha notado dentro de ellos una extraña conducta de prepararse para una prolongada existencia. Andan merodeando con muchas ilusiones. Nos preocupa el de agenda negra y gafas oscuras, este en los últimos tiempos se ha hecho inseparable de La Estrella que visita al Gorila, que a su vez es muy amigo del otro miembro de los Nimiedad que siempre tuvo pasión por los perros.

Igor me dijo: «el sexo de las rusas es exactamente del color de la lombriz». Escarbé en el patio trasero donde la humedad era abundante y con rapidez

comprendí todo en torno a la diversidad de las rusas, multiplicada de manera inmediata por una amplia gama de animalejos que levantan las cabezas y ondulan el cuerpo con sintonía perfecta aspirando a ser contempladas como un elemento indispensable para el mejor entendimiento de la profunda condición espiritual que las esclavas resguardaban en su sexo. Decidí meter todas las lombrices en una lata de sardinas e iluminarlas con la luz azulosa de una lámpara. Al parecer sintieron el calor porque la agitación dentro de la lata se multiplicó y cada uno de los anillos de sus cuerpos diminutos parecía hacer una confesión sobre algunos secretos que al conocerlos hacían de las rusas mujeres muy vulnerables y al mismo tiempo atractivas, ya que se podría provocar que llegaran a devorarse con sus propias pasiones, con extraños tentáculos que le iban naciendo.

¿Qué importan ahora las rusas, ni su sexo, ni su lloradera? Uno siente la situación límite, estás sitiado, te pesan los órganos, todo el cuerpo en la extrañeza que provoca una alerta que marcará el momento donde la lava te vendrá encima arrastrándote sin la más mínima compasión. Es esa marea, esa secuencia de visitas que no renuncian a encerrarte en un territorio del que momentáneamente no tienes como escapar, una encarnación te persigue, el cuerpo y su plasticidad. Hoy en la mañana caminé con ella, le confesé su condición de personaje, pasamos por el sitio habitual donde opera El Gorila y donde este se interesó por nuestra charla, agregando desde su protagónico de intruso: «todos somos personajes». Sabes que la estructura de su esqueleto es muy parecida a la del nuestro, y se quiere aprovechar de ello, descifrar lo que no le es dado, mucho picante para su hígado será no poder lograrlo, enfermará por algún tiempo El Gorila, esperemos que La Estrella baje más a menudo y en algo pueda ayudarle.

Las plantas de sus pies quedaban debajo de mis axilas. En medio de tanto placer se agregaron canales de energía que me estremecían los dos hemisferios, se puede describir su actitud como un frenesí. Se hundían tanto en mi carne que llegué a tener la sensación de que penetraban con su conmovedora suavidad, trastornando cualquier cálculo o idea que me haya podido formar sobre el suceso en cuestión. Así nos atrapa lo inesperado, nos permite un disfrute sin premeditar. Algo se abre de repente para que puedas almacenar la emoción, sabes que un poco o bastante sentido no están de más, es algo cierto que te está sucediendo, eres un tipo de elegido porque alguien ha decidido expulsarte de la simulación.

## LA FLEJE Y EL BARBERO

La Fleje asumió la maternidad del primer hijo que tendría el Barbero. Este barbero era la negación de los barberos de esta isla, que en par de siglos han sido capaces de convertir ese oficio en espectáculo pintoresco y de marcado estilo donde los gestos van ofreciendo un ritual con eso que podría ser la más desabrida rutina de dar los cortes a los caballeros y rasurar barbas. Solo de verlo mi crisis de alergia comenzaba a desencadenarse. Era un ácaro inclasificable, la expresión de su rostro totalmente irreal me lanzaba al desconcierto, disminuido por su falta de gracia. No tenía buena química, y su barbería improvisada no podría presagiar buenas cosas. Era más bien un espacio con un clima de suspenso que inyectaba inseguridad, y al salir a la calle ya peinado y rasurado te sentías con más desánimo que nunca, recibiendo los azotes puntuales del bajo astral de este sujeto que ahora se enfrascaba en un romance inesperado con La Fleje. Ella abandonó los muelles, los toneles, el hormigón, renunció a la estructura circular, se volvió erecta, temeraria, hechizó con su destreza al barberito que, lejos de ser de carne y hueso, parecía una criatura de papel maché tratando de cubrir sus demandas.

Ya un amigo que es cliente habitual del barbero me había comentado: «ese tipo tiene una relación de dependencia con las navajas que llegar a ser escandalosa, hay que ver la manera sorprendente que tiene de manipularlas».

Golpeé la puerta bruscamente. Intentaba ganar tiempo, pero en definitiva nadie me atendería. Casualmente miré hacia el piso y en ese momento mis botas negras ya eran alcanzadas por la sangre que salía por debajo de la madera. Este indicio culminaría con la declaración de La Fleje que pondría en claro los tropiezos de El Barbero.

La Fleje se presentó temblorosa y más pálida que de costumbre ante el interrogador que era una aleación de psicólogo con agente policial, tendría que responder todas las preguntas, o casi todas, referidas con la sangre que ocasionalmente escurría por debajo de la puerta de la casa de El Barbero. Por un momento logró apartar su pensamiento de toda aquella pacotilla de mala muerte que vendía día y noche, o que por lo menos intentaba vender, hasta lograr ofrecer una idea clara de lo que estaba sucediendo en el interior del recinto de su amante. Primero disertó sobre las fantasías profesionales del sujeto, contando en detalles como este le confesó que cuando rasuraba a cada cliente llegaba sutilmente hasta

el punto que significaría herirlo, o simplemente degollarlo. Su navaja paraba en el instante que cada víctima expresaba también de manera soterrada una rara emoción. Entonces la mano se detenía. Esto en apariencia no perjudicaba a nadie; pero aconteció de súbito una escasez de alimentos no planificada y parece ser que esta situación trastocó las fantasías de barbero, quien empezó a retener animales no comestibles a los cuales degollaba cada mañana, a modo de ritual, por el simple pecado de no pertenecer a nuestras costumbres alimentarias.

## LA FAMILIA NIMIEDAD

Los Nimiedad me hacen recordar una gloriosa película de Nikita Mijalkov titulada *Pieza inconclusa para piano mecánico*. Se supo que recientemente estos seres se reunieron cerca de una manigua haciendo una suerte de picnic dominical. Llevaron medio saco de carbón para garantizar la brasa, unas posticas de pollo y un pedazo de carne de puerco, pusieron una mesa para el dominó y un par de botellas de Nucay para que no fuera a decaer el ánimo. Se podría decir que algo drástico distingue a los Nimiedad de los otros: son personas viejas, a lo menos mayores de cuarenta años, que constantemente miran hacia atrás. Discuten y se enorgullecen de proezas que el propio tiempo ha hecho caducar y muchas de estas no son vistas como tales, sino más bien como bribonadas. En este sentido se distancian de aquellas reuniones de la familia rusa atrapada en el intrigante espíritu de Chejov sobre aquellos campos amarillentos por los que corrían los niños, los adolescentes y los cachorros de pequinés, todo para garantizar la continuidad de la vida inclusive en el tiempo futuro en que fueran superadas las frustraciones; frustraciones que en el caso de los Nimiedad se iban intensificando según iba siendo consumido el Nucay.

Los que conspiran a espaldas de El Gorila, solo para divertirse un poco, se han dado cuenta de cuál es su mayor debilidad: El Gorila duerme la siesta. Entonces ellos aprovechan, y en esa hora trasladan toda la información que debía controlar El Gorila. Alguien ha logrado tirarle una foto con intención de interpretar su sueño. Es indudable que cuando El Gorila está inmóvil alcanza la magnitud de un símbolo. Hay otros que lo suplantán durante ese tiempo, pero ninguno ha podido demostrar su eficacia. Es claro ver la relación que se vuelve frustrante entre los aspirantes y el símbolo, la que durante la siesta es un generador de energías oníricas, pasajes, que a largo o corto plazo se le convertirán en realidad. Los niños han perdido el don de identificar El Gorila, lo ven como otra cosa, quizás les parezca que están ante otro humano cualquiera, tal vez un poco más mezquino; ¡qué falta de fantasía la de estos infantes!, que no le saben dar su lugar a un esforzado y sensible gorila.

Por cierto a El Gorila se le ha visto en algunas épocas cabizbajo, algo falta de entusiasmo, y todo esto parece tener relación con dificultades que ha confrontado La Estrella en su constelación, el negro mate de su cuerpo siempre regresa al horror tras la ausencia prolongada de La Estrella. Lo cierto es que esta ha sido amonestada, al detectarse en la vía láctea su relación con El Gorila. Allá no entienden ese tipo de

vínculo, algunos han opinado trasladarla a otra constelación. Otros astros han llegado más lejos queriendo someterla a una humillante condición de «agujero negro», confiscándole su luminosidad por atentar contra la armonía de las constelaciones.

A La Habana hay que mirarla desde La Punta para que no naufrague tu imaginario, y tiene que ser antes que el sol acabe de salir. Allí estarán los rastros que te pueden llevar a sus agujeros imprescindibles. Existen «los seres de La Punta», los que beben, los que pescan, los que se masturban, y los que pasan ocasionalmente sin conocer el submundo que se organiza alrededor de ese trozo de muro. En realidad allí nace La Habana; después crece o muere según la disposición de cada cual. Somos pocos a los que aún nos sigue interesando vivir La Habana, entrar por unas de sus calles ninguneadas hasta hacer contacto con la verdad. Uno de los lugares que me gusta redescubrir siempre es la morada, casi en ruinas, del joven Cándido. Ácaro que practica esa gimnasia fabulosa que es el despelleje, llega a ser tan simpático que hasta un guardia camagüeyano con dobles intenciones le preguntó: ¿tú eres ácaro o pelo de gato?, y de súbito estornudó repetidamente. El Camagüeyano le devolvió los documentos y le permitió proseguir, no sin antes advertirle que no quería volver a verlo rondando a la berenjena en compañía de La Araña Roja. A lo que Cándido respondió ingeniosamente: «mira, no me obstines, que nuestra labor es totalmente ecológica. ¿Se imagina lo que sería de los vegetales de este país si no le hubieran salidos las agallas que nosotros promovemos? Fuera una moribunda total, todos marchitándose, con precios tan bajos que su estima andaría rozando las calles». Cándido parecía ser un niño aparentemente normal hasta un día en que, procedente de un pequeño pueblo del centro del país, llegó a la capital acompañado de su madre para asistir a un turno médico. Era La Habana de principios de los setenta y el niño aún no rebasaba los diez años. Esperando un ómnibus vio pasar a un viejo con una amplia camisa de óvalos cuyos huesos se bamboleaban a un compás marítimo, era como un cántico gay lo que afloraba detrás de tanto desmembramiento. El niño no borró nunca esa imagen, llevándosela para su pueblo natal como si fuera un verdadero amuleto.

## 21

### DALIA

En esta ocasión el tramo era de Matanzas a La Habana, quien viajaba era yo, y el tren poseía otro espíritu, una larga historia de transitar durante casi un siglo. Pantógrafos en violenta fricción con los cables, los coches en sí encerraban su mística, su olor característico, el sonido que se derivaba del traqueteo. En ese movimiento rítmico podrías organizar tu futuro, lógicamente a partir del momento que descendieras de aquella mole de metal.

Había estado casi tres años fuera del país y ese domingo decidí viajar a Matanzas para reencontrarme con un grupo de amigos que habían preparado un almuerzo. A media tarde nos fuimos con un bote y navegamos a manera de diversión por las aguas del río San Juan, todo transcurrió bajo una sospechosa armonía, ya que durante el día me había acompañado una sensación que me anunciaba algún imprevisto, un hecho que alteraría el curso de lo planificado: ya casi a la hora de regresar, mis amigos me convidaron a un té con bizcochos, durante el cual les agradecí todas las atenciones que habían hecho de la jornada un acontecimiento reconfortante.

Me despidieron en la estación muy cerca de las nueve de la noche y pude divisar con dificultad sus manos que se agitaban justo en el momento que el tren se ponía en marcha. Era pleno otoño y ya a esa hora la temperatura se tornaba muy agradable. Me acomodé en uno de los tantos asientos que estaban vacíos, entregándome al disfrute de lo poco que la oscuridad dejaba disponible. Así me fui adormeciendo hasta un momento que el tren paró en seco, quebrándose la tranquilidad y el silencio que hasta ese momento habíamos disfrutado.

Se detuvo en el paradero de Puerto Escondido donde subieron un grupo de jóvenes que parecían venir de una larga acampada. Sin hacer evidente el cansancio inundaron de entusiasmo los pasillos. Al principio no reparé mucho en los nuevos pasajeros con los que tendría que compartir el resto de la travesía, preferí seguir en mi diálogo con la noche, sobre todo porque esta había pactado ese intercambio secreto del que saldría expulsado por una presencia inesperada. Entre los muchachones (más de seis) que se apilonaban en el espacio que separaba a dos asientos se levantó una mujer madura que ya me había descubierto y a la que yo no veía hacía exactamente quince años. Ella saltó por encima de dos de los chicos que estaban acucillados en una suerte de confesión, y con asombrosa agilidad se

abalanzó hacia mí. Apenas me quedó el tiempo justo de incorporarme para recibir un abrazo que siempre recordaré con una sensación para la cual solo la lengua portuguesa ha encontrado una definición exacta: *saudade*. Era Dalia, aquella que me había convidado a traspasar el espacio a bordo del Avioncito de Bacuranao, Dalia que miraba con ojos de asombro el modo en que yo disfrutaba la entrañable docilidad de su cuerpo entregándose.

Me tomó por la mano llevándome hasta el fondo de otro coche donde la oscuridad era aún más acentuada. Allí me besó con un deseo acumulado, mientras yo aprovechaba para comprobar la firmeza de algunas zonas de su cuerpo que me provocaban un júbilo inmediato. Cuando nos percatamos, el viaje prácticamente había concluido. Dalia me pidió que la aguardara un instante para despedirse de sus amigos. Fue hacia ellos, que parecían haber usado algunas bromas, a las cuales respondió con humor y cinismo tomando su mochila y dirigiéndose nuevamente hacia mí.

Una vez en Casa Blanca me convidó a subir al Cristo de La Habana a través de la escalera surcada a tramos por la maleza y el musgo. Parábamos constantemente para seguir besándonos. En un momento la desvié hacia un bosquecillo que se había originado de pequeños arbustos. Descubrí que alguien había abandonado en aquel sitio una caja de televisor LG, de veintiuna pulgadas, y sin dudarlo tiré a Dalia encima de aquel lecho improvisado con la intención de desnudarla. Entonces descubrí que lloraba. Me conmovieron sus mejillas empapadas, no tanto de lágrimas como de un sufrimiento que hasta ese instante había ignorado a la perfección. Ya solo tenía puesto el jeans, y yo había mordido repetidamente sus senos recibiendo a cambio el placer de sus exóticos sonidos. En ese momento me apartó de ella hasta lograr sentarse y decirme: «no podemos seguir, parece que voy a morir pronto...»

Lo que siguió fueron unas bibijaguas enormes desplazándose entre su cuerpo y el mío, llevaban fragmentos de hojas mucho más grandes que ellas mismas; en breve las bibijaguas llegaron a ser tantas que lograron separarnos definitivamente.

Asistimos a la muerte del Displaye, perdimos la referencia inmediata de los acontecimientos. Esto anuló en nuestro quehacer cotidiano la sensación de lo simultáneo; de hecho, vivíamos en una especialidad de la mímica, representando lo que ya había acontecido en el pasado, con expresiones solemnes, haciéndoles creer a los demás que era el presente, un presente que nos enorgullecía, y del cual estábamos visiblemente emocionados. Para no perecer creamos una estructura que consistía en la presencia permanente de un narrador, rollo que todos íbamos asumiendo de manera rotativa, pasaba que en las historias la gente solía encontrar una referencia a su imaginario, y de ese modo la posibilidad de fugarse. Usando esos atuendos que le brindaban las palabras y la fantasía de los otros, el peligro estaba en el ambiente promiscuo que generaban tales soluciones que con los años se fueron convirtiendo en una sólida cultura de lo virtual.

A Giselle, por ejemplo, le encantaban las historias de la Edad Media, donde casi siempre aparecía una hechicera sobre la cual caía el más despiadado de los castigos. Lo que me interesa contar exactamente es lo transcurrido entre la posesión del espíritu maligno y el instante anterior al comienzo de la punición. Ella quedaba atenta, maliciosa, esperando que la voz del narrador le diera suficientes elementos para encarnar su personaje, según iba logrando apoderarse del relato, el cuerpo se le transformaba en una máquina de producir maldad. A pesar de ser pequeña, y más bien delgada, poseía algunos elementos que la ayudaban a ser voluptuosa. Los ojos verdes, grandes y expresivos, entraban en sintonía con los labios que ofreciéndose proponían muchas cosas, todas rematadas por una ligera sombra de pelos que se hacían abundantes en los brazos y muslos hasta llegar a ser tupidos y exuberantes en zonas próximas al sexo. Portaba una forma de desvergüenza que la hacía más seductora, desarreglando la estructura en la sobrevivíamos, pero los demás se lo permitían ya que terminaba por ser dócil y algunos podían entrar en su afectada intimidad y descargar sin límites varios tipos de instintos. Sus maniobras y acciones se desenvolvían en el llamado «tiempo lúdico», después sería reprendida y en ocasiones fuertemente castigada hasta hacerle sentir el más desgarrador dolor. Para nada me interesa describir el proceso de los diversos castigos a los que tendría que responder, el momento en que siempre la recuerdo: es la riqueza de lecturas que ofrecía la expresión de su rostro unos segundos antes de ser castigada. No se puede decir que fuera una mueca, aún le quedaba algo de provocación; aunque también

afloraba un rasgo lastimoso, una quiebra del entusiasmo de sus músculos que en determinados momentos de la ceremonia llegaban a saltar dentro de la piel.

23  
RAÍZA

Era martes, veintiocho de octubre, día de san Judas Tadeo, y Raíza no sospechaba que sería la jornada del gran alumbramiento. Llevaba más de un año taladrada por una idea, un deseo, más bien una incontenible marea de deseos que la perturbaban.

Desde hacía casi diez años se había entregado a su verdadera naturaleza, la cual brotó desde la temprana infancia y la había reprimido otra buena cantidad de años. Todo se vinculaba a un pasaje del otoño del año 1988 en el que, tras un descuido de su hermana mayor, logró ver como las gotas del agua se le quedaban detenidas en las tetas. Su hermana usaba un aceite de almendras para garantizar la avidez desenfrenada de su amante ocasional. Raíza almacenó en sus recuerdos aquellas tetas salpicadas, y años más tarde cuando casi por inercia llegó a tener algunos noviecitos en la escuela y estos provocaban escenas de intimidad besándola en la boca, Raíza les desabotonaba las camisas anhelando encontrarse con unas tetas similares a aquellas que bajo el vapor del agua había contemplado en el distante otoño.

Llegó el día en que decidió dejar de traicionar lo que ella misma había descubierto como identidad y se fue a compartir la vida con una mujer, la primera que en realidad la había mirado con deseo, mediando una combinación poco común entre los humanos que mezclaba sendas dosis de ternura y cinismo; después vinieron otras, ante las cuales no lograba despojarse de la emoción irrepetible que le había provocado aquella primera capaz de quebrar el hielo, aquella contención hipócrita que la convertía en una infeliz.

En los últimos tiempos había logrado estabilidad, un compromiso fijo hasta que apareció esta muchacha. Raíza no pudo contener su curiosidad y cedió varias veces ante las provocaciones, viéndose envuelta en una relación de dependencia con aquella que apenas dejaba detrás la adolescencia.

En una de las tantas escaramuzas la joven mordió con desenfado las tetas de Raíza, entonces sintió la importancia, la diferencia de no ser un simple escolar varón, con unas aburridas tetillas rematadas por el color violáceo. Esa situación la desestabilizó perdiendo con frecuencia el control y comenzado a perseguir la posibilidad de consumir lo que ya estaba planteado. Justo en el momento en que más alejado se suponía el instante de la consumación, esta Tarántula obsesada por el arte de tejer en tiempos mínimos extensas cantidades de espacios para prácticamente dejar nula cualquier posibilidad de que sus víctimas pudieran escapar, se había desnudado, le caminaba por el cuerpo con destreza, y en las zonas húmedas se recreaba para no perder de gozar las profundas exclamaciones que sabe Dios de que región de los sentidos se desprendían. Así fue la Tarántula copando casi todo el cuerpo de Raíza.

Cuando ya comenzaba la retirada recordó el consejo de otro arácnido amigo que le había dicho: «no olvides los pies, recuerda la máxima de los chinos que afirman que todo comienza y termina en los pies, ese es el centro que gobierna y regula». Trabajó allí, estremeciendo una vez más a Raíza, esta sentía que la cabeza le daba vueltas y que en cualquier momento podría doblarse su eje, las ideas desgarrarse, colapsar los razonamientos, y empezar a hundirse sin remedio en un líquido amarillento, algo así como en una placenta.

Ahora La Estrella tiene insospechados diálogos con una Enana Blanca, muchos creemos que ha sido reclutada por influencia de El Gorila que le ha visto algunas ventajas y cualidades. Por su apariencia de venida a menos, y ser descendiente de una estrella de escasa masa, despierta en los aliados de El Gorila la esperanza de que esta nueva expulsada de la nobleza astral pudiera ser usada para misiones muy específicas y complejas. En tanto La Estrella da palique con la pequeña alimaña, ella está prácticamente condenada a ser enviada a la Nebulosa del Cangrejo el día que muera El Gorila y una nueva explosión reorganice todo.

Siempre quedan personas vinculadas con aquellos años en que eran frecuentes los intentos de suicidios de mi madre. Me las encuentro y es como si me devolvieran de forma automática las más crueles imágenes de ese pasado y no deja de ser cierto que ellas en gran medida marcan la germinación de una nueva sensibilidad. Después, cuando leí con admiración los libros de Thomas Bernhard, me daba la impresión que todo el peregrinaje de mi madre hacia la firme decisión de morir no era más que otro libro que me había leído de un autor tan brillante como él; recuerdo la vez que ingirió casi un litro de kerosene, lógicamente no murió, quedó toda quemada por dentro y su metabolismo a expensas de tal situación; gradualmente expulsaba aquella sustancia, mezclada con otro componente oscuro que fluía en su interior y la lanzaba a una rabiosa inestabilidad.

Yo había ido hasta el edificio de arte cubano del Museo Nacional de Bellas Artes, con el objetivo de volver a disfrutar de los cuadros de Fidelio Ponce de León. Estos siempre me sugerían ambientes y escenas, me sentía algo así como energizado y dispuesto a resolver no pocas inquietudes que ya llevaba en mi cabeza. Esta vez me había centrado en el óleo *Los Peces*, y al salir de la sala les había concedido una identidad: «eran anguilas y trasegaban en las inmediaciones de un agua turbia. No tuve en dicho trance la oportunidad de mirarme en un espejo pero todo parece indicar que los ojos se me agrandaron y que se oscurecieron todos los colores que normalmente forman parte de ellos. La cabeza me pesaba enormemente, y la amiga que me esperó en la puerta del Museo para ir a tomar un café, me miraba con insistencia, escondiendo la sorpresa que no dejaba de inquietarle; con total egoísmo decidí llevarme las valiosas anguilas a casa, sin hacer la mínima confesión que pudiera frustrar el placer de tan exótica intimidad».

Lo que tapizaba a esa caverna era el excremento de los murciélagos. Hacia el techo se agolpaban todos ellos produciendo un ruido estable que justificaba su hiperactividad. Nadie sospechaba que en poco tiempo el sitio sería invadido por seres ajenos a tal escenario, capaces de protagonizar el más surreal de los espectáculos. En el centro de todo ese espacio dominado por una oscuridad parcial, estaba ya la enferma. Era una compañera de sala de mi madre de hacía casi dos décadas; para mi sorpresa aún conservaba el vigor que tantas veces despertó mi atención. No había variado un solo detalle en su rotación de pájaro enaltecido por la vida en aquella jaula de hormigón donde alguna vez se pretendió enderezar el destino de otras aves condenadas, pero su pintoresca presencia esta vez era tan solo un elemento más, un detalle del escenario donde Arácnidos y Escarabajos desplegarían el combate brutal:

«...primero divisé a una Loba Africana, que también traía a su cría sobre la espalda. Como formando una compañía por la propia cadencia de su desplazamiento aparecieron varias Minerías y otra cantidad similar de Arañas de Patas Verdes. Los Escorpiones estaban adentro y brotaban como agua de las entrañas mismas de las rocas. Para completar este bando aparecieron dos perros magros y maltratados que estarían totalmente inmóviles durante toda la contienda, ellos solo habían venido para traer a Los Ácaros y Las Garrapatas.

«El otro ejército parecía en desventaja, pero la belleza de casi todos sus miembros podría terminar atrayendo la atención de muchos; algunos también ya estaban dentro como era el caso del bombardero, aprovechando las ventajas de su color negro mate que le ofrecía cobertura para ocupar posiciones privilegiadas. Los arácnidos tomaron la iniciativa al descubrir la presencia del Escarabajo Dorado, una mezcla de envidia e impotencia los llevó a atacar; cuando los Escorpiones empezaron a hacer de las suyas se calentaron los ánimos de los Bombarderos transformándose en verdaderos cañones desde donde la metralla que salía era un letal fluido glandular. La caverna fue invadida por los Ciervos Volantes de Combate, escarabajos que escenificaron momentos heroicos en sus combates con los escorpiones; llegó el instante en que los perros parecían dos figuras de yeso, puestos allí con la intención de ironizar; por el contrario el pájaro escapado de la jaula de hormigón continuaba revoloteando en forma de círculo con una velocidad que se intensificaba según se fue volviendo más despiadado el enfrentamiento entre ambas especies. Un Goliat, y un Hércules,

intervenían ante el ataque masivo de ácaros y garrapatas que habían abandonado los maltrechos perros para intentar ir desestabilizando a los demás escarabajos; después de varias horas ambos ejércitos comprendieron que eran ajenos a aquel lugar donde se enfrentaban, se sintieron ridículos y fueron retirándose espontáneamente. Tras ellos los dos perros transportando a lo que se podía calificar como la retaguardia de los Arácnidos: todos iban salpicados por el excremento de los murciélagos, que ni se enteraron de los acontecimientos, excepto de la presencia del pájaro que después de tanto girar cayó al suelo y comenzó a dormir no se sabe exactamente por cuánto tiempo».

Entrado ya el otoño, Raíza y su joven amante saltaban por encima del agua camino a Los Cabezos. Los delicados pies de ambas se hundían en la arena fangosa mientras las bocas se apretaban en un deslumbramiento, cuerpos destinados a sumergirse en el misterio de la sal. De pronto declinaba la luz para que las siluetas se filtraran como mensajes en lo más firme de las rocas filosas cuyos pronunciados agujeros eran ocupados por el agua que regresaba una y otra vez para golpear el imaginario de cada una. No eran peces, ni pájaros, ni reptiles, aunque al enlazarse parecían las tres cosas fusionadas en el abrazo. En la seducción daban la impresión de tener anillos, contorsiones violentas capaces de remover y arrancar de raíz cualquier obstáculo que tratara de detener aquella euforia ligada desde ese momento a la más radical de todas las corrientes marinas.

¿Qué es un ojo clavado en el mar?... algo más que un cono desde el fondo traspasando decenas de metros, arrastrando en su veloz trayectoria toda la densidad de los intervalos en los cuales se acumulan las secuencias de los dramas según su real gravedad. Cono de ojo sumergido, extraviado, arrancado y devuelto a la relación natural de las cosas. Mirada dividida en zona tiesa, encerrando con su errática disposición, en un círculo imaginario, el vigor desplegado.

Ahí viene la madre del tuerto, parece una vieja cantante de tango, se bambolea, y en cada esquina emprende su discurso patético, pero es pintoresca, dinámica, y si detallamos con tranquilidad su rostro también tiene algo de bizca. Busca dentro de los jardines ajenos todo tipo de plantas, no lleva rumbo fijo y eso la favorece, le otorga una libertad inusual. La han visto muchas a veces a unos cuantos kilómetros de su pequeña ciudad escarbando la tierra donde se supone que hace casi cuarenta años el hijo vació su primer ojo.

Mirada dividida, cono que asciende y cruza veloz sin deshacer al pez-pájaro-reptil, que emerge y puede ser visto como otro elemento enriqueciendo el fin del día en su última fase de esplendor.

«Era el día del regreso de los muertos en la guerra. En la tarde me había encontrado con una mujer con la que tenía una deuda. Me había mostrado sus dotes, sus diálogos llenos de sustancias turbias y para nada desechables. El cielo en el mar estaba encapotado, era esencialmente el día que regresarían los muertos en la guerra. Regresaban unos cajoncitos en los que se supone vendrían los muertos, ¡qué manía

de traficar con el luto! El luto nuestro es una especie de edredón que nos hace sentir confortables cuando las masas de aire frío que vienen del Norte comienzan a acechar».

Nos encontramos en la cafetería de un restaurante italiano, ella andaba con un abrigo masculino que debía devolver. Conversamos y nos excitamos hasta esa hora en que la tarde comienza a ceder. Los muertos parece que llegaban, mucha gente hacía filas para homenajear las ánimas de los seres confusos que entre raras metrallas perdieron su funcionalidad, su organicidad, cuerpos recuperados, lana recuperada para hacer más consistente el edredón que por el desarreglo climático debía ser usado con más frecuencia.

Decidimos viajar hacia las playas del este, ponerle un poco de arena y ambiente salvaje a aquella historia cuya esencia fundamental era nacer y morir en el espacio de un mismo escenario, historia que no debía repetirse, escenas cuyas riquezas estaban aladas por una extraña bestia de lo espontáneo. Sus formas eran desmesuradas, una carne entreverada pero consistente, en la que podría hundirme sin pudor. Una trinchera adentro, un camino para remover ciertos resortes dormidos que, al dispararse, me mostrarían la posibilidad de que mi propia existencia fuera enriquecida por un soplo potencial que me inundaba, y me haría saltar por encima de una percepción totalmente monótona.

Habían llegado los muertos de la guerra, e hicimos un profundo surco en la arena, las huellas de dos cuerpos que desgarraban el movimiento paciente de la marea.

Ella corrió desnuda hacia el mar cuando se acercaban dos guarda fronteras pidiendo documentos, exigiendo una explicación de mi presencia en ese sitio, justamente ese día. Me preguntaron por mi acompañante, le señalé hacia la oscuridad perversa de las aguas; me pidieron también sus documentos que rastrearon con la pobre luz de una vieja linterna. En la foto de identidad estaba pelada a lo masculino, entonces ambos militares me miraron con cierto desprecio y se marcharon.

Regresó del agua totalmente energizada y me pidió que la mordiera. Lo hice con mucha disposición, esperanzado en ganarme casi toda la sal obtenida hacía pocos minutos por el cuerpo que no lograba domesticar aquella fiera disfrutable con la que me enfrentaba una y otra vez sin que apareciera el menor rasgo de aburrimiento.

«Los muertos de la patria» habían alcanzado una libertad que mataba de miedo al celador de las estructuras, la fila de personas los veneraba, ellos eran dueños de tan conmovedora multitud que bajo una lluvia insistente venían a desovar su fe encima de tan simbólicos cajoncitos.

## LA MUERTE DEL TÍO ALBERTO

El Gorila ha enviado a La Estrella a tratar de enterarse qué libros le ha dado por leer a la joven amante de Raíza, sobre todo parece que al Gorila le preocupan los libros de ciencia ficción, ya que entre sus misiones parece estar la de preservar el futuro. Pero entre las amenazas de ser desterrada para la Nebulosa del Cangrejo y la escasa preparación para poder comprender las lecturas de dicha joven, poco ha aportado esta vez La Estrella, a la más reciente obsesión del Gorila.

Volvamos otra vez a Porto Alegre, ciudad donde gocé del divertido erotismo de las prostitutas. Allí mi pensamiento expandido entre pequeñas nubes de incienso construyó, bajo las referencias de esos seres, fantasías de múltiples rizomas que iban erizándose como si finalmente me estuviera ocurriendo un singular tipo de exorcismo. En el Bom Fim quedaba mi bar preferido, con los frascos de aguardientes permitiendo reposar variados organismos que en algún momento fueron vivos, estos cedían sus tejidos para macerar el aguardiente y, al final, cuando fueran servidos los tragos, volverían a comunicarse con nosotros. Una noche sentado frente a los vidrios me ocurrió algo electrizante y conmovedor, en uno de los frascos se quebraba la transparencia habitual del líquido, para hacer aparecer una imagen que algo me quería decir del tío Alberto. Lo que percibí fue un endeble pulmón que lentamente dejaba de funcionar, un hilillo de sangre como de una vena que fue hasta el fondo. El tío Alberto acababa de morir.

## VIOLETA Y FERNANDO. LA NINFEA

Ya en esta ciudad no se encuentran parejas como Violeta y Fernando, gente que literalmente no mezclaban las cosas, hacían lo suyo en la calle, sin perder esa parte subjetiva que los volvía atractivos; agradables y con poco más de roce, uno terminaba frecuentando con ellos lugares para intimar. Al salir Fernando de la cárcel parece que las cosas no iban bien y decidieron separarse. Reencontré a Fernando viviendo en Regla, casado con otra muchacha, convertido en vegetariano, buscando pescado para sus entrañables animales domésticos y dispuesto a abandonar el país en la primera oportunidad, claro, pero esta vez usaría las vías legales.

A Violeta la vi varias veces por la calle, y otras coincidimos en lecturas literarias, lo cierto es que ya no conservaba el encanto de cuando era pareja de Fernando y transmitía una docilidad muy especial. Recuerdo cómo una noche específica detrás del Capitolio cómo se relajaba cuando una y otra vez le frotaba los pezones mientras Fernando, en lo suyo, seguía hablando apasionadamente de una pieza de Miles Davis que sugería una especie de viaje virtual. Ahora andaba con un mulato gordo, medio aindiado, que llegaba a ser simpático, sobre todo porque me recordaba al gran Barry White.

«La bella del manicomio» hizo el amor muchas veces la madrugada en que su madre estaba tendida en la funeraria de la calle Zanja. La dejó allí rodeada de unos pocos parientes y se fue con un muchacho que siempre la había enloquecido y que, al enterarse, se sintió en el deber de brindarle su compañía.

Cuando ella pasaba temporadas en «la Finca de Ordaz», el muchacho se ocupaba de llevarle barritas de chocolate y unas revistas de cocina japonesa que le regalaban en alguna embajada.

Fueron para su cuarto, lo atestaron de incienso, la ninfea con su hábito flotante mostró mucho entusiasmo, todo el tiempo encima, gozaba y gemía, como en la tercera ocasión se puede decir que ya cantaba, tenía el pelo empapado de sudor que le fue formando goterones en la espalda, quizás hubiera necesitado de un segundo amante para apagar tanta furia.

Una de las cosas que no me perdonaré, es no haberle preguntado su nombre. Es un disfrute que se me escapa, que se me ha escapado durante muchos años cada vez que mis recuerdos reactivaban su cuerpo contundente acentuado por el agua de la máquina de riego, por la luz rojiza del ocaso, por mi semen corriéndole por uno de

sus muslos en el que también afloraban oscuros pelitos dispuestos a sellar un plano de contraste. Esto sigue siendo tan frustrante como no haber dormido nunca con Verónica a pesar de haberme convidado a hacerlo una medianoche en Porto Alegre cuando salimos de un bar en la Sarmiento Leyte; pero hay cuestiones irreversibles, debe ser ese tipo de desencuentro el que ocurre entre los cuerpos celestes.

En la mañana su rostro era una mezcla de complacencia y dolor. Muchos de los parientes susurraban maliciosamente sobre su súbita desaparición durante toda la madrugada. Ya se acercaba la hora del entierro. Había imaginado tantas veces estas circunstancias que ahora ante ellas se sentía torpe. Todos se incorporaron en pos del ataúd que iba a ser introducido en el carro fúnebre. Se levantó con dificultad, pero en ese instante sintió el brazo del muchacho que la apoyaba y conducía. Casi toda la familia montó en una guagüita Girón V hasta Colón. Allí la tierra empezó a caer encima de su madre como una granizada. Comprendió que estaba comenzando una difícil etapa de su sobrevivencia.

## 29

### PAPIRO

Las crisis que le daban al más infeliz de los Nimiedad se agudizaron de modo incontrolable. En una ocasión tuvieron que amarrarlo con una soga de nylon y terminaron por ocasionarle profundas quemaduras; salió al patio de la casa con una pistola, regalo de un general por su actitud heroica cuando era combatiente, y puso a correr a medio barrio. Gastó un peine entero disparándole a unos americanos que según él venían a matar a su madre, una pobre vieja que se pasaba todo el tiempo buscando kerosene para poder cocinarle a este Nimiedad que en otros momentos llegó a ser admirado como estratega militar.

Mi amigo Papiro ha leído mucho; él viene siendo cómplice de gran parte de mis andanzas. La tarde que conocí a Dalia planeamos un *camping* a la orilla del mar, entonces ella apareció con la piel tostada en una de las posturas más provocadoras y desinhibidas que he conocido. Cuando la pude tocar sin límites comprendí la analogía que planteaba su nombre.

Siempre recuerdo con nitidez el inicio de mi amistad con Papiro. Estaba en una esquina un tanto aburrido, un tanto desorientado. Lo convidé a compartir una experiencia que empezábamos a practicar un grupo de jóvenes de aquella generación y que aproximadamente consistía en un intento de creerse la libertad, tratando de correr la cerca cada vez un poco más allá del absurdo lindero que se quería imponer. Éramos aún bastante ingenuos, pero recuerdo que teníamos algo en común: una naturaleza, cuyo rasgo principal era no dejarse doblegar, no estar dispuestos a obedecer todo el tiempo. Así escuchábamos rock, participamos de bailes públicos y privados, siempre dejando claro que no soportábamos los límites, que nuestras mentes no estaban hechas para sucumbir bajo la implacable geometría del poder. Y aunque a veces todo eso era tan solo una ilusión, justamente era la ilusión que necesitábamos en ese momento para no sentirnos asfixiados, para no ser echados en el mismo saco de aquellos que simplemente lo acataban todo, convirtiéndose en seres escamosos cuyas miradas raramente podrían recuperar el vigor de la honestidad.

En ese viaje Papiro era el más fiel acompañante. El mismo día que la conocí, Dalia fue a dormir conmigo a la arena de Santa María. Papiro fue con nosotros hasta Los Caneyes, yo estaba dispuesto a compartir a Dalia y Dalia estaba dispuesta a

dejarse compartir, pero Papiro en ese sentido siempre ha tenido sus límites, por lo que prefirió marcharse.

Al día siguiente nos encontramos en la playa. Dalia también andaba por allí, pero cada cual en lo suyo, llegaron unas amigas asiduas al lugar y el ambiente se fue animando hasta alcanzar su clímax pasado el mediodía. Mi amigo, contra viento y marea, se leía un libro de Krishnamurti sobre el desapego, cuestión de la que sin tener conciencia estábamos muy necesitados. De aquel escenario participaban los turistas, la mayoría nos miraba como aves raras y hasta se creó una especie de tropa de choque para derrumbar su supuesta arrogancia: cuando ellos se alejaban aguas adentro, ese grupito, de algún modo nacionalista, limpiaba la arena de todas las pertenencias que aquellos capitalistas occidentales habían dejado en un gesto que se podría interpretar de mal intencionado, porque sin dudas podía crear una tendencia a la contaminación. Hay que aceptar de paso que este *modus operandi* sirvió para modernizar un poco nuestras indumentarias en aquella peligrosa contienda por sentirnos más libres.

El objetivo del reencuentro con Papiro era el de asistir a una audición bailable de rock que se estaba celebrando todos los domingos en la noche en el Parqueo del Cotorro. Fuimos de los últimos en abandonar Santa María, las amigas asiduas se fueron con nosotros, también el Francés y Papito el Champion. Aquello estaba repleto, había música para todas las tendencias y muy buen espacio. Gozamos de lo lindo hasta que llegaron las nunca gratas niñas de los ojos azules, pero no ocurrió nada extraordinario, parecían cumplir con su rutina. Un poco después de la medianoche se fue apagando la música y nos dispusimos a regresar al centro del Vedado donde finalmente nos reagruparíamos.

Para nuestra sorpresa pararon el ómnibus frente a un castillito, que no era más que la estación de policía del Cotorro donde fuimos identificados bajo la categoría de roqueros y detenidos inmediatamente; nos requisaron las ropas y las mochilas, y al encontrar entre mis pertenencias tres aspirinas me preguntaron: «¿Qué tipo de drogas usted usa?» Papiro, el Champion y yo fuimos llevados a una misma celda, donde ya nos esperaban dos inquilinos que al principio se mostraron un poco hostiles, quizás porque se sentían fuera de nuestra categoría. Después todo transcurrió mejor, eran buenas personas a pesar de su evidente marginalidad, uno blanco, otro negro. El negro me llegó a confesar que era descendiente de los curros, y el blanco no paraba de decirme: «compadre, tú eres un yuma original», señalando los abundantes pelos rubios de mis brazos acentuadamente brillantes de tanto aceite mineral. Las otras cosas que recuerdo con nitidez de aquellos tres días que estuve detenido en el Cotorro, son la macarela, el boniato hervido, y la mujer de una celda

cercana que gritaba improperios a los guardias y para no aburrirse se desnudaba una y otra vez.

Aquellas autoridades favorecieron, sin pretenderlo, mi futura autoestima, así cuando yo escuchaba hablar de gente heroica como Nelson Mandela o Lolita Lebrón no sentía tanta vergüenza, porque al menos por 72 horas había experimentado la pérdida de la libertad.

## 30

### ARÁCNIDOS

¿Cuál será El Paso de los Arácnidos? Si descubrimos el lugar estaremos muy cerca de poder asistir a la transferencia donde estas personas que conocimos se entregan a su naturaleza de animales creativos y astutos... El Paso de los Arácnidos es un lugar de grandes tensiones. Lo que se decide en ese estrecho margen suele ser irreversible: «los que huyen del sol», la renuncia a la evidente falsedad que trataron de inculcarte, sonidos huecos, premoniciones, fragmentos de ritmos que no logran desprenderse de la insistencia de los recuerdos. Los que queremos espiar, esa incurable manía de presenciar el proceso para comprenderlo en su conmovedora aritmética, corremos el peligro de ser descubiertos y más tarde alcanzados por el líquido letal de algunas de sus glándulas. El Paso de los Arácnidos está simultáneamente en muchos lugares, se trata del tiempo justo en que un lugar se utiliza para mudar la apariencia de las cosas.

¿Cuántas vidas cambian de rumbo en esa interjección donde el aire se hace más denso y llamativo? Por ejemplo, Raíza, al interrogarme te has convertido en una clásica Araña Capulina, te ves flameante con tu trasero rojo que al igual que un reloj de arena intenta inundar mi expresión, pero te sorprende porque no imaginabas que llevo encima abundante gasa blanca; si me muerdes pierdes el arma de la hipocresía y estaré listo para auto proyectarme un torniquete.

No quería confesarles que conozco al Ácaro Verdugo. Lo más grave es la proximidad que existe entre ambos y aún no se me ha ocurrido atentar nada contra él. Su crimen fue progresivo, comenzó desde la noche remota en que «la mano de Baldovina» pasaba como un bálsamo sobre el pecho del niño. Qué mente tan criminal que supo por tanto tiempo sostener los principios del fastidio. Cuánta astucia cuando lograste sobrevivir los bronquios dilatadores y eras afortunado porque tu víctima preferida iba creciendo como un extraño globo protegido por la grasa, resaca de una lectura de la novela *Moby Dick o la ballena blanca*, de Melville. Ácaro, sin ti él no hubiera fundado la respiración portentosa que en gran medida se fue convirtiendo en su distinción; si lo dudas, mire el cuello del mulo, deténgase en el tic nervioso que amenaza con arrastrarlo hacia las mitologías.

El paso de los Arácnidos no es el abismo, ni tenemos las alforjas mugrientas ante tanta mercancía desbordada por los hábitos de un comercio rudimentario. El niño que bajo el mosquitero mostraba el pecho como un acordeón ha envejecido,

su cuerpo es lento y su mente veloz; está ahí, tirado en un sillón, hostigado por el verdugo que en verdad tiene varios clientes en ese mismo barrio.

Es la larga peregrinación del cuerpo desde las moscas que se le posan encima hasta su manía de carenar donde prolifera la curiosidad... lo ágil y lo pausado... el cuerpo que ha ingerido quimbombó y de su propia baba ha sustraído la sabiduría.

La mujer de Pedro era el resultado de una conjura entre el asma y el vitíligo, una verdadera calamidad. Aquella madrugada de 1976 él la acompañó hasta el cuerpo de guardia del Hospital Calixto García, después de largas horas de angustia. Pedro se sentó en uno de los bancos a esperar que se diera un aerosol y sin pretenderlo comenzó a escuchar el fragmento de la conversación de dos camilleros que fatigados comentaban todas las peripecias que habían tenido que hacer para lidiar con las magnitudes del muerto que les había tocado esa noche: «Oye mi hermano, el gordo ese puso patas arriba el hospital, hubo que desprender el marco de la puerta de allá adentro, y casi hay que derrumbar un pedazo de muro». Pedro se estremeció, sentía una extraña relación o vínculo con las frías palabras del camillero.

Lo cierto es que Ácaro Verdugo había concluido con éxito la macabra labor sostenida durante más de sesenta años, era ahora el más legendario de todos los ácaros. Como siempre estuvo convenido, al morir el gordo le llegaría su jubilación. Esa mañana se incorporó bajo la extraña sensación de no tener ninguna obligación que cumplir ¿qué sería de su vida en lo adelante? Sumergido en aquel mar de polvo, trató de entender su estado de ánimo; ácaro admitió que estaba deprimido, padecimiento fatal para los entes de su especie pues significaba una gradual reducción de su cuerpo hasta el instante de desaparecer definitivamente.

Este Nimiedad siempre tuvo una mirada dura, con ella aspiró ser respetado y en la mayoría de las ocasiones terminaba lográndolo. Solo a un grupo reducido que era capaz de no dejarse imponer artificios nos parecía ridículo, un fuera de foco que algún día tendría que saldar su deuda por el karma tan negativo que arrastraba. El tiempo se ha dedicado a desfragmentar el máspreciado de sus argumentos; los ojos y sus componentes han ido decayendo ante el empuje de las frustraciones y la muerte o el fracaso de la mayoría de sus ídolos. Sobre todo por su falta de humor ha dejado de ser útil para los titiriteros que lo han manipulado indistintamente, así ha sido el modo en que este Nimiedad ha ido encontrando su verdadero lugar entre los vivos.

Ahora él cuida los caballos de una recría y es paradójico, porque cada noche a su pupila, que en otro tiempo alardeó de poderosa, no le queda otra opción que enfrentarse a las insondables cuencas de los ojos de varios caballos seleccionados y llevados allí por un viejo comandante de estricta vocación agraria. El Nimiedad llega al caer la noche con la cara medio tasajeadada, ya que aún se afeita con cuchillas de hojas fabricadas en Ucrania hace bastante tiempo, las cuales no se sabe a ciencia cierta cómo han llegado hasta nuestros legendarios mercados industriales en un módico precio.

Llaman la atención sus austeras provisiones que se resumen en un pomito ámbar lleno de café, pan con subproducto y una cajetilla de «criollos». Así enfrentaba cada noche larga y solitaria en las que iba haciendo a espaldas de los otros un recorrido fantástico por el iris de los equinos.

«Sentía que arañaban la puerta. Primero trató de ignorarlo, acomodó la cabeza debajo de la almohada e intentó reconquistar el sueño. El sonido se fue haciendo más agudo al punto de comenzar a sentir el peligro. Entonces se levantó, dirigiéndose al comedor, quedando finalmente ante la puerta de cedro, que lo sería por muy pocos segundos más, ya que para su total horror la nobleza de la madera y el brillo del barniz desaparecieron. Ahora era una lámina de vidrio la que la separaba de un Gato Gris enorme que al no poder arañar por la transformación ocurrida lanzaba su cuerpo una y otra vez, intentado quebrar la lámina para avanzar sobre su posible víctima, sabe Dios con qué intención. Los embates se multiplicaron, también su intensidad. Las piernas le temblaban y los pies eran invadidos por un sudor frío. De pronto sucedió lo inevitable, el vidrio cedió, y en una zona del mismo parecían inventarse

los pétalos de una margarita japonesa, donde más tarde habría un agujero por el que iba a penetrar la fiera; detrás de ese último sonido, ella sintió la pierna del esposo, y entonces abrió los ojos, descubriendo que el amanecer también estaba dispuesto para arrebatarse el descanso».

El más desagradable de los Nimiedad anda eufórico, le han regalado una gorra azul, un azul color cielo, algo así como el cielo de su propia patria que según él ama tanto. Ahora se ha convertido «en un blues nimiedad», ¿habrá «azul» que pueda suavizar a tal especie?, con este obsequio que le han hecho también nos han beneficiado a todos los que obligatoriamente tenemos que visualizarlo, pues la gorrita que tenía estaba deprimente, y esa prenda es uno de los tres elementos que confirman su identidad junto a un par de espejuelos oscuros y al portafolio negro de bajo costo. Lo cierto es que el Nimiedad anda orgulloso con su nueva gorra al lado de La Estrella, los veo que tienen más julepe que nunca, todo parece indicar que El Gorila los ha sobrecargado de tareas. Sin ofender a ese ser tan pintoresco que es el pájaro carpintero, este sujeto puede sugerir a la especie de esos taladradores o ser sorprendido en un claro por alguna colonia desenfrenada de garrapatas.

La joven amante de Raíza es un tipo de ser que no tiene defensa ante las energías que la acechan. Verla descalza en sí es un espectáculo, sus pies danzan aunque no lo estén haciendo, sugieren disímiles ritos de franco contenido erótico y al final se recogen como sintiendo una vergüenza excitante. En su ambigüedad también se vuelve atractiva, nunca se sabe exactamente lo que quiere. En los últimos tiempos Raíza se ha sentido muy desconcertada ante ella; la de los pies de porcelana le ha confesado que no la quiere más, que su exceso de saliva le vira el estómago al revés; pero Raíza la conoce, sabe que todo lo que dice no es cierto, que a veces usa ese tipo de estrategia para protegerse, una trinchera desde de la cual se expanden sensaciones híper modernas, cachorros coloreados. Su rostro en ocasiones decae, se torna verdadero, atravesado por una serie de disturbios que le provienen de las vísceras. Su cuerpo convida impudicamente al intercambio, los fluidos se muestran, se pueden oler como si los estuviera derramando en forma de provocación o lucimiento.

La Estrella avanza en dirección opuesta a donde yo camino ahora. Viene con El Nimiedad gorra azul, ¿por qué ha tenido tan mala suerte? Otras estrellas extraviadas han llegado a tener mejor fortuna, algunas han podido asomarse al mundo del cine, brillar encima de un entorno agitado, vestir galas de gran impacto. Ella sucumbe en este sitio empobrecido, compartiendo funciones con ese desastre de individuo cuya vida no puede ser más ridícula: la única mujer que se le ha conocido lo dejó por un desmochador de palmas reales, él la tenía abandonada. Todo el tiempo se había dedicado a vigilar a los otros.

He leído en alguna página: «montaña para vacas». Yo pienso en el pastoreo, aquellas vacas nobles que conocí en la infancia. Por las mañanas me despertaba el olor de la leche fresca. El tiempo nos va volviendo huecos, perdemos esos tejidos que tenemos en la infancia que nos agrandan la percepción de las cosas, permitiendo que a un simple garbanzo lo podamos llegar a interpretar como un planeta.

Así aparecen nuevamente las vacas un instante antes de morir, el momento en que uno siente la necesidad incurable de comprender las cosas. Apenas se escucharían los sonidos, una a una caerían abatidas por la electricidad. Después entraríamos nosotros, en la próxima fase volvería a correr la sangre, pero ya no por el

suelo, ni mancharía la tierra. Existían unas canales, un destino para el líquido y los coágulos que se desplazaban dentro de él.

Todo se preserva, todo se usa, solo se pierde justamente la cuestión que más interesa al lenguaje, el sonido de las vacas al morir, ese código a partir del cual lográbamos cambiar un poco nuestras vidas, repensar de algún modo en qué consiste la sensibilidad. Esa muerte silenciosa de las vacas nos ha venido perjudicando, ha destruido ciertas texturas necesarias para fabular.

¿Qué les parece el tema de los mataderos? Lo he visto en cuadros extraordinarios de Francis Bacon, los cuartos de las reses que aun parecen gotear la sangre en la pendiente que forman esos ganchos. Las reses nacionales en sus reprimidas expresiones nos han llegado a través del espíritu de Zarza. En par de ocasiones he pasado por los mataderos, en comunión con los coágulos, con esa porción ennegrecida y discriminatoria. Del matadero preservé los quejidos en su exacta demolición.

Antiguamente íbamos a escuchar el ruido del agua contra las rocas el último día del año, pensábamos que se cerraba el ciclo del tiempo que vivimos entre las oscilaciones. En algunos momentos sentíamos un desprendimiento fatal, en otros la rara sensación de que un día después todo comenzaría a ser artificioso, en un sentido bello quizás; para entonces conoceríamos muy poco de nosotros, nos desconcertábamos, pero nuestras miradas eran persistentes y descubrían donde resolver aquellos instantes de dudas. Disfrutábamos el devenir bajo el óleo transparente: en ese estado quedamos fijos bajo el círculo armónico que trazaba el ave, quizás un grupo de ellas sorprendidas ante la incomprensible inmovilidad de «nosotros».

Desde el muro, sintiendo como la sal se me impregnaba vi acercarse a Dalia. Resaltaba dentro de aquel grupo que traían guitarras, botellas de aguardiente y cantaban canciones de rock inglés. Ella al llegar a nuestro grupo me tomó la mano convidándome a seguir. Tras un gesto de disculpa con los demás me levanté del muro, apoyándome en sus caderas salí caminando. Apenas habíamos recorrido unos cinco metros fuimos empapados por una inmensa ola. Sus pezones se erizaron y resaltaban como dos manchas de vino en el tejido blanco que el agua había degradado. Nos besamos con más plenitud. Ya nos habíamos quedado rezagados y cada cierto tramo nos acostábamos encima del malecón para sentir la intensidad de un cuerpo en el otro. Íbamos «del puente a la alameda», descubriendo que los muertos estaban en su fiesta magnífica (los míos y los suyos); nosotros y nuestros muertos, un amor improvisado por el soma que llega a reconstruir esa intimidad perteneciente al pasado. Yo la experimento, también más tarde cuando me muevo entre el agua tibia y el aire denso de sus muertos (los más cercanos). Era una formación impalpable entre ambos resortes, una verdad tan real como la carne que se desprende de la letra.

Fui designado para vigilar la sangre menstrual, más bien para protegerla del horror que esta sangre le provocaba. No fueron pocas jornadas, fueron años arduos, muchas noches durmiendo en parques de distintas zonas de la ciudad. Creo que aquella misión me humanizó, comprendí por encima de todo que sentirse desprotegido no tiene ningún vínculo con el mundo material; esa actividad que ocurre al margen de la belleza, abriría un espacio y un tiempo por donde aparecerían personas memorables. Una de ellas fue Cristina, con frecuencia recupero el disfrute

de sus ojos verdes y grandes, dos bolas de vidrio donde consultar el espíritu y mis aspiraciones. Yo cumplía con lo destinado, los intervalos que me quedaban libres muchas veces eran llenados por intensos paseos que realizaba con Cristina por distintos lugares que iban desde el patio de una iglesia hasta algunos rincones de la Alameda de Paula.

Cristina y Dalia eran cuestiones diferentes, aparecieron en mi biografía en épocas distintas, sus naturalezas quedaban distantes una de otra. Con Dalia siempre llegaba hasta el final, es cierto que su temperatura desorbitada y constante no dejaba otra opción; con Cristina no era exactamente así, el tiempo de posesión se tornaba más lento, el goce se volvía más disfrutable, detrás de cada parte de sí estaba una mirada que te retenía como si fuera un estado de ánimo; al contrario de lo que me sucedía con Dalia, con Cristina casi nunca llegaba al final. Camino de otra parte, en mis manos se iba oreando el desborde de humedad a través del cual ella se había acostumbrado a entregarse.

Durante la madrugada las arañas han desplegado la cera, han multiplicado los polímeros más resistentes que el acero, terminando por diseñar una superficie flexible. Todo eso ha ocurrido durante la madrugada, porque ahora descubro dos cuerpos encima de tal perfección. Primero me meto debajo de la tela, quiero disfrutar los desnudos a través de las caprichosas variantes del tejido. Los cuerpos son sublimados por las mismas perspectivas que he escogido, los muslos, las nalgas, las piernas, los pezones adquieren nuevas dosis de lirismo; me quedo sentado en el suelo, el mundo de encima es una poderosa máquina que sirve para inmovilizarme, los dos cuerpos me son familiares, voy descubriendo los fragmentos de cada uno, donde alguna vez fui feliz. Salgo de debajo de la tela cargado de emoción, me voy incorporando, quiero estar listo para contemplarlos desde otro plano. Me acerco a ellos, tengo ante mí sus rostros, están cansados pero no dejan de ser amables, dejando escapar discretas insinuaciones de cariño. Al contemplarlas marcadas por las huellas del julepe de la noche llego a comprobar, una vez más, que Cristina y Dalia siguen siendo cuestiones diferentes.

Custodiaba la sangre, los deshechos menstruales durante arduos años, y leía sin dudas una gran literatura. Cuando no paseaba con Cristina o me encontraba con Dalia, se me podía ver leyendo debajo de una débil luz en la Plaza de Armas, en el embarcadero de la lancha de Casablanca o en el tren de Hershey; otras veces deambulaba más al centro de la ciudad, descubría cuanto parque apartado y tranquilo pudiera existir, y en ellos me refugiaba para proseguir las apasionadas lecturas. En algunas épocas los sangramientos se agudizaban, y ese episodio me ponía más ansioso que de costumbre, por lo cual los recorridos se volvían medios

circulares impulsados por algunos instintos enfermizos, no por casualidad en esos días cayó en mis manos una novela de Samuel Beckett titulada *Malone muere*. El paseo del esquizo era todo el sostén de aquel libro a través del que pude comprender un poco más de mí... Apenas regresaba a la casa unas pocas horas de las que al menos la mitad las dedicaba a continuar las lecturas que abarcaban los más extravagantes autores.

## 34

### EL JÍBARO

El Jíbaro trajo a La Habana los hábitos de libertad que aprendió en aquel campo insondable donde transcurrieron los días de su infancia. Se movía en la noche de la ciudad con el afán de tragársela, o de ser tragado por ella, a pesar de su rostro algo grotesco. Tenía un andar ligero y erecto que le daba un toque de virilidad; por lo que terminaba resultando atractivo para muchas mujeres y para algunos hombres que pasaban por su lado. El Jíbaro poseía los dones de la observación y la contemplación. Se puede decir que escarbaba en las personas y en los objetos con el haz de su mirada. Años después, con un tono de humor y afecto, alguien dijo refiriéndose a él que había caído una pimienta en la vida nocturna de esta ciudad.

Trasegaba por los rincones más inhóspitos, se atrevía a intercambiar con todo tipo de gente, sin discriminar, y esto le provocaba con frecuencia incidentes desagradables que incluían, en ocasiones, alguna que otra bofetada. Esta vez entró en un bar que ocupaba la esquina de Aguiar y O'Reilly, se sentó a la barra y pidió un doble de aguardiente. Se entretenía en ver cómo el humo se adueñaba de todo el espacio superior, abstrayéndose en el proceso geométrico que la masa grisácea describía. Por un momento sintió que alguien se le aproximaba hasta el punto de darle una palmada en el hombro y decirle: «¿cómo te lleva la vida, campeón?» El Jíbaro no reconocía al tipo regordete y moreno que lo abordaba con tanta familiaridad, este tuvo que ripostar con una explicación ante su evidente desconcierto: «hace apenas un mes viajamos juntos en el tren de Holguín y disfruté de tus habilidades como conquistador, me pareció que dejaste a aquella hembra enloquecida».

Quedó en silencio, haciendo un leve gesto con la mano como queriendo decir: «no es para tanto». El hombre le pidió al cantinero una botella de aguardiente, y virándose nuevamente para El Jíbaro le dijo: «esta es para tomármela con usted, amigo». Así aconteció, el regordete le hablaba con mucha vehemencia de unos gallos finos que había traído de Birán para La Habana: «esa raza casi tiene la sangre de mi propia familia, ahí no hay un solo capirro, aunque tengan los sesos regados en el aserrín siguen batidos».

Ya habían consumido alrededor de dos tercios del aguardiente cuando El Jíbaro descubrió que el tejido del pantalón de su compañero de viaje era lo suficientemente noble para dejarle contemplar, sin muchos esfuerzos, la belleza de un miembro

recostado a uno de los muslos. Tal imagen lo iba inquietando, era como si una mirada imposible de evitar lo acosara una y otra vez. Fueron servidos los dos últimos tragos con recelosa igualdad, un último brindis. Al darse un buche, El Jíbaro comprendió que el tiempo para la conquista sería reducido, por lo que comenzó a conversar con más fluidez con el pretexto de apoyar sus palabras con la mano atrevida que una y otra vez se posaba en el muslo del Hombre de Birán. En una de las ocasiones decidió lanzarse, por lo que la palma de su mano acarició aquel objeto ajeno que en definitiva lo enloquecía; el regordete que al parecer ya estaba alerta, se levantó a gran velocidad y dijo gritando: «¿Qué le pasa a este gran hijo de puta?», le pegó dos veces con el puño cerrado en el rostro y después se retiró avergonzado; los demás inquilinos del bar al descubrir el motivo de la pelea, la emprendieron contra El Jíbaro hasta que llegó la policía y se lo llevó. Era esta la primera ocasión en que quedaba detenido por «maricón».

## LA FAMILIA NIMIEDAD

Ha ocurrido una danza nupcial lenta y graciosa, la hembra introdujo sus huevos ya fecundados en la bolsa abdominal del macho. Seguro estoy que nuestro Nimiedad no conoce el origen de ese simpático caballito de mar que anima su imprescindible gorra azul. El animal que se siente salpicado por el tejido que simula la mar, tampoco imagina la naturaleza del espécimen que ha ofrecido su maltrecha cabeza para exhibirse en el más perfecto hedonismo. Me contaba que su madre había fallecido recientemente y ya vivía de un disgusto en otro cada vez más grave, casi siempre provocados por las crisis irreversibles del Nimiedad Combatiente que en una de sus últimas apariciones en aquel patio, que se convertía en su campo de batalla preferido, no dejó a una sola Oca con vida. Fue toda una verdadera catástrofe familiar, ya que esos animalejos que llegaban a ser tan fieros y bulliciosos como un Mastín Napolitano, constituían el sustento alimentario para varios meses por su preciada carne que, dada las difíciles circunstancias, era usada racionalmente; es decir, con una oca bastaba para varias comidas, se hacía sopa, con la carne hervida se elaboraba una abundante masa para croquetas con el objetivo de satisfacer el apetito de los Nimiedad durante algunas jornadas.

«La muerte de las Ocas» fue una escena conmovedora. La tierra y muchas plantas quedaron salpicadas por la sangre de esas aves; las plumas blancas teñidas por el mismo rojo intenso que provocó la fatiga de más de un Nimiedad, la belleza de aquellos cuellos quebrados por el arranque paranoico de ese viejo guiñapo que alguna vez fue soldado.

Antonio Amantino es un hombre de derecha que nació en el sur de Brasil. A Amantino le divierte la polémica y adora el buen vino, ha hecho más de un doctorado y gana un excelente salario en una Universidad Federal. Este simpático profesor heredó tierras y tiene una bella hacienda a las afueras de la ciudad. He buscado su personaje en algunas páginas de los libros de Fernando Verissimo, en especial en uno titulado *A Mae de Freud*, pero no lo encuentro, parece que solo habita en la Ave. Getulio Vargas, y los fines de semana le gusta codearse con los caballos y un opulento rebaño de ovejas que cuenta entre sus bienes.

Era uno de los últimos días del mes de Agosto. Recuerdo que esa noche peleaba Tyson. Ivaldino me pasó a buscar para ir a la mencionada hacienda donde nos aguardaba un auténtico churrasco. Quizás escogimos para llegar un momento poco apropiado: un peón de piel reseca y rostro endurecido por la tradición degollaba a un animal de considerable estatura. La sangre pareció derramarse de la más compleja de las fuentes llegando a salpicar los cristales del auto. Ivaldino golpeó con disgusto el centro del timón, mientras el hombre que se encargaba del sacrificio logró hacer un convincente gesto de disculpa con su mano izquierda, lado contrario al que se sentía ligado el Sr. Amantino, que ya nos recibía con su natural euforia gauchesca, pareciéndole finalmente gracioso el incidente de la sangre.

Además de nosotros se reunieron alrededor de la mesa tres familias numerosas que incluían esposas, hijos y otros tipos de parientes. Habían algunos jóvenes ávidos en polemizar, ya que algunos habían estudiado en universidades norteamericanas y se sentían muy competentes para debatir sobre cualquier tema; entonces, además de disfrutar de la abundante carne que ya brillaba en las fuentes, pensé que podía divertirme ante la prepotencia de aquellos jóvenes sureños y aprovechando mi condición de huésped metí el diálogo en lo que parecía un callejón sin salida. Justo cuando comencé a disertar sobre *La Escuela Rumana de Boxeo*, y constantemente los interpelaba, recibiendo en todas las ocasiones gestos negativos que confirmaban no tener el menor conocimiento de ese laberinto mal oliente y lleno de telarañas que terminaba siendo para ellos «el boxeo rumano». De pronto noté que era como si les hubiera empezado a fallar el apetito, se levantaban con algún pretexto y de modo sutil abandonaban la mesa. Fuimos quedando lo más maduros, a los que definitivamente no nos interesaba ningún tipo de pose, lo cual nos llenaba de tranquilidad, no dejamos en ningún momento de beber el vino excelente que

Amantino había traído para la ocasión, y que mostraba orgulloso agregando que era de lo mejorcito de las «bodegas Concha y Toro»; el propio Amantino advirtió que ya estaba a punto de comenzar el combate de Tyson y que no quería perderse ni un solo detalle. Con la misma curiosidad me incorporé detrás de él, sentí que mi cuerpo me pesaba unas diez veces más de lo normal, por lo que me costó mucho trabajo trasladarlo hasta el sitio donde disfrutaría del espectáculo.

El vino me dio mucho sueño, pero a pesar de ello iba a tener el privilegio de gozar de unas imágenes que serían exclusivas para mí. Tyson golpeó con fuerza y sobre todo con mucha rabia, justo tras el impacto la sangre volvió a derramarse, como desde una fuente, sentí deseo de vomitar y con la misma dificultad llegué al baño; empujé la puerta entreabierta y comencé a vomitar. En el transcurso del vómito advertí que el agua estaba cayendo en la bañera, al mirar hacia a la cortina diseñada con hortensias en su fase azul, descubrí que dos cuerpos hacían el amor detrás de ella. La muchacha sacó la cabeza y me preguntó si necesitaba ayuda. De un modo que no podría precisar le hice saber que no, entonces ella volvió a la pasión a la que estaba entregada antes de mi vómito, y yo proseguí vomitando con un acompañamiento estupendo. Cuando regresé a la sala me sentí definitivamente frustrado, el combate había concluido.

¿Nadie se ha preguntado por qué este libro no acaba de morir? Sin dudas hay instantes en que parecen quebrarse los personajes, se esconden, las historias se fragmentan, los cuerpos desnudos siguen desnudos, sin mayor preocupación por preservar la consistencia, pero el libro en sí sobrevive. Es como una neuralgia, en su aparente pose de venido a menos nunca termina por desaparecer, es quizás el estado de ánimo que muta, quizás la energía que se desprende y da vida a las páginas que agónicamente pretenderán existir; esta historia cuenta con seres de abastecimiento, organismos que secretamente contribuyen. Estos seres vierten en la escritura sus más perfectos y detallados mecanismos. La escritura solo debe aprovechar la postura del lenguaje en libertad, y de ese modo reproducir tales funciones. La escritura goza de lo lindo cuando echa a funcionar sus aberturas respiratorias y las palabras alcanzan tal espesor que de un choque violento pueden partir la piel del rostro.

LA COCHINILLA Y EL HELADO. MUERTE DE LOS  
CERDOS

La Cochinilla había mezclado varios tipos de alcoholes. Al parecer, sus enormes tetas adquirieron mayor consistencia, la excitación llegó a ser tan incontenible que llegaba a chorrear, toda esa resaca de deseo iría para encima de ese frágil hombrecito conocido como El Helado. Ya habíamos descubierto que dominaba la lengua de señas; al cuerpo pequeño y casi regordete de la pervertida tendría que esquivarlo y darle placer al unísono, El Helado parecía asustado, algo tenso, no sabía cómo escapar ante esa superficie plana y babosa que lo atrapaba. En ese trance ocurrió la salvación al sentirse cómplice, atraído por la transfiguración de su novia, convertida en una rara bestia necesitada de recibir los más extravagantes tratos. Lo que más llegó a asustar al muchacho fueron los sonidos que se desprendían de la excitación de ese infernillo contenido por una carne dudosa y no tan bien distribuida. Pero como todo buen helado, infinitamente cremoso, soportó.

Una de las primeras cosas que aprendí fue ver morir a un cerdo. La muerte de los cerdos llegó a ser una cuestión festiva entre los niños de mi generación, todo el ajetreo que provocaba dentro de la familia ese acontecimiento me llenaba de euforia, pero lo que más me cautivaba era el instante justo del sacrificio. Entre todos los parientes y vecinos siempre había uno con fama de buen matarife que casi siempre era el elegido para tramitar el paso del cerdo para un estado de purificación. Los más profesionales usaban cuchillos muy delgados que al hundirse en la piel lograban tocar el corazón en un solo intento, deteniendo a gran velocidad la vida del cerdo.

Los ojos perdían su órbita antes de cesar definitivamente. El cerdo lograba emitir algunos sonidos enigmáticos, una electroacústica ancestral que en muchas ocasiones he sospechado que puede relacionarse con el ritmo de mi verbo.

De noche cruzamos el amplio comedor de la casa entre las bandas de los animales colgando de resistentes ganchos de hierro, espantábamos alguna que otra mosca intrusa y reparábamos en aisladas gotas de sangre que aun caían sobre el suelo...

El cerdo es un afecto definitivo. Su alboroto, y el quejido que se inventa unos segundos antes de la muerte, es inherente a nuestro ritmo, al modo en que comemos su carne y miramos declinar la luz de cada día. Hoy la Lina, esa nueva sensibilidad toda exótica que uso para calmar las energías desastrosas que intentan devastar mi

centro, ha traído un video que recoge la forma casi espectacular en que mueren los cerdos en Austria.

Lina se ha ido. Hay una sola cosa que perturba, me perturba tanto que tendré que salir a caminar kilómetros y kilómetros hasta que por el propio sudor expulse parte de ese enorme silencio que me horroriza.

Ha llegado con esas imágenes, y después de activarlas ha comenzado a desnudarse. En principio apenas he prestado interés a las imágenes, elegí espiar el ritual de Lina despojándose lentamente de sus ropas. He caminado hacia ella para morder el lunar relativamente grande que se muestra en el comienzo de su espalda. En ese momento se ha bajado el jeans, y ya cuando iba a comenzar a morder su singular tatuaje, sentí una detonación que me estremeció. Fue entonces que atendí las imágenes. Ya el cerdo había caído sin la menor posibilidad de otro movimiento.

También había traído una bebida añejada que destapó con ensayado estilo, derramándose encima la porción que generalmente corresponde a los santos, para que le corriera premeditadamente por el canal destinado a separar sus dos senos. Este ritual ya no pude disfrutarlo a cabalidad; hice retroceder las imágenes, y advertí la presencia de aquel artefacto cruel en forma de cilindro cuya parte delantera se hundía hacia dentro y al ser presionada contra la cabeza del cerdo activaba las municiones colocadas en su interior, provocándole una muerte instantánea.

Programé las imágenes para que repitieran una y otra vez el fragmento de la detonación, así transcurrió todo ese encuentro con Lina; de modo que mientras caminaba kilómetros y kilómetros, me envolvía una sensación cálida y repugnante al mismo tiempo, la extrañeza de aceptar «la barbarie», inclusive en el momento crucial en que nos percatamos de que nos están robando el sonido de los cerdos y nos conformamos con otro tipo de placer.

Mi madre y Verena conversaron. Era una tarde del tiempo en que los días se acortan para dar paso a las noches largas, noches en las que conciliar el sueño termina por volverse un verdadero arte. Mi madre nunca había sido recluida en este auspicio, una suerte de finca protegida por la sombra de numerosas matas de mango. Aquí acontecía de manera espontánea un proceso de dispersión de los gestos y manías de los enfermos que en sus ciclos daban la idea de que se estaba rodando una película silente; un filme interesante de cómo los humanos perciben la realidad y de cómo actúan cuando simplemente sus expectativas se destruyen.

Mi madre y Verena usaban espejuelos empañados con residuos de grasa en los cristales por lo que sus miradas raramente lograban encontrarse. Cuando esto sucedía mi madre divisaba con cierta claridad el origen de todo el drama que desde hace algún tiempo destruía progresivamente a su compañera de auspicio. Al centro de los ojos se derramaba un agua abundante desde la cual mi madre me contó que se escuchaban voces, después algunos gritos, y al final una ligera lamentación que se apagaba como diminuta llama en lo que podría identificarse como territorio del sentido.

Verena le dijo: «Ha sido llevado al mar, en el mar serán cumplidas todas sus aspiraciones, inclusive las más ambiciosas. Se fue con aquella mochila de lona, el ojo de vidrio, el ojo tirando hacia el naufragio, como un buey desobediente mofándose de la verdadera intención de la mirada, ese ojo rebencú que había destruido gran parte de su vida y de las vidas de otros seres allegados: Zoila, mi amiga, aún no me ha podido sacar su olor a sudor de esta maldita nariz; el último sudor de mi hijo, un perfume exageradamente caro. Ha decidido tomarme de rehén y arrastrarme hasta la más turbia porción de la sobrevivencia; ya casi no tengo pulmones para soportar estos cambios abruptos de presión, como si un plan macabro fuera desplegado con deliberada astucia contra toda nuestra familia».

En ese momento cayó un mango, un hermoso mango, que desvió la atención de mi madre: la piel de la fruta que ya descansaba sobre la hierba era un verdadero ejercicio creativo. Una zona rojiza y otra amarillenta se conjugaban para completar el aspecto de paraíso que adquiría aquella apartada finca cuando frutas como esa caían por su propio peso.

Mi madre volvió a prestar atención a Verena y entre dientes comenzó a contarle algo: «Yo me sentaba entre los sacos de arroz mientras los hombres trabajaban largas jornadas, entre los sacos de arroz fui reconociendo un deseo, una maldita intención, algo que se fue haciendo imprescindible y acabaría también con nuestra familia». En ese momento mi madre comenzó a hablar tan bajito que parecía tener miedo de su propia voz. Nadie pudo escuchar el objeto de su desgracia, se podía inferir que se refería a una pasión imposible, que de consumarse dinamitaría todas las estructuras dentro de las cuales las gentes viven. Comenzó a sudar, se puso tan blanca que hasta la propia Verena que ya había traspasado el umbral del susto sintió pavor. En ese momento se dieron las manos y caminaron con firmeza hacia el mango.

La vida lo fue descuartizando, abriéndolo impudicamente hasta mostrar sus intrincadas relaciones con la realidad, se le llegaron a ver las cavidades, los coágulos. Nada pudo rendir su extraordinaria capacidad de reinventar. Seguía entrando en los bares con el mismo gesto impúdico; en las playas no dejaba de golosinar los cuerpos de los otros hombres y, en ocasiones, esto provocaba pequeños disturbios. Otras obtenía presas añoradas que devoraba con su indiscutible vocación de hiena rayada. No dejaba de hacerse caudaloso a cada palmo de tiempo que transcurría. Era el Danubio lo que atravesaba de un extremo a otro: Danubio criollo, con todas las extravagancias de aquella región casi mitológica en donde había transcurrido su niñez, allí en las aguas profundas, unas veces transparentes, otras turbias, donde navegaban con familiaridad siluetas campesinas que de cierta manera no dejaban de servirle de resguardo. Como buen Danubio, el flujo de recuerdos era un verdadero torrente, a tal extremo que al ondularse muchas veces las aguas parecían tatuadas o impregnadas de un aceite destilado por las vidas pasadas.

Ni el propio Jíbaro se imaginaba hasta dónde su cuerpo sería golpeado, qué límites debería pagar por sus caprichos, o simplemente por la sensibilidad tan singular, que por supuesto, él no tuvo ninguna opción de escoger. El esquema espiritual de El Jíbaro, tenía varias facetas, varios climas, algunas estaciones que pueden leerse como escenas de películas que se ofrecieron a hacer el viaje por la intrincada formación de ese monstruo o ángel.

La prisión no parecía tener comparación con ningún otro grado de penitencia o castigo. Violentar lo que por naturaleza es lírico, intentar quebrarlo termina por volver más lírico al embrión. La violencia ante la intensidad de lo que se desprende al lenguaje, es una ridícula máscara que poco a poco va comprendiendo su fragilidad. Solo que la violencia a veces es localizada, se comporta como un corte que suprime cualquier opción de resistencia.

Estado de ánimo de El Jíbaro: días lluviosos y días soleados, más días lluviosos que soleados, días ligeros, otros inyectados de plomo y mercurio, el Danubio buscando el mar, los símbolos que reposan en el cofre del mar. De solo mirarlo siempre parece ser una criatura acuática; podía decirse que era un ser dorsal, una energía dotada para sumergirse entre las cosas extraviadas en el fondo, en la fijeza radical y por convencimiento del ojo que no dejaría de marcarlo.

La voracidad se vuelve contra el voraz y en esa situación se tiene que enfrentar a la peor prisión, la del propio cuerpo, que aun cuando estuviera desmoronándose no tendría como fugarse de él; lejanos los tiempos de las reses jíbaras, de las primas morbosas que mostraban sus partes como frutas. El cuerpo y el alma torturados por la travesía, una erosión para engendrar, constantes salpicaduras de la sal de nitro, convirtiéndole la piel en un testimonio.

La Pitón no era una mulata que podría ajustarse a lo que habitualmente se le atribuye a ese exótico animal caribeño. Su habilidad de desplazarse entre todo tipo de terreno y vegetación, apuntan hacia sobriedad casi incompatible con la bella fiera promovida en estas latitudes. El primer rasgo a distinguir es que las pitones no son venenosas y el otro tipo de serpientes mencionadas lo son. Hay solo una cosa de esas cobras que La Pitón sí posee, y se vincula con el alto contenido de emotividad, pero a partir de este rasgo se genera la más grande de las diferencias: La Pitón usa ese contenido en su sangre para mover la mente con ritualidad, para hacerla ascender y que brille por encima del cuerpo, lo que se dice una mente endiablada, lista para cualquier confrontación, para cualquier reto, inclusive para batirse en el mundo discriminador de los hombres con grandes posibilidades de vencer; las otras lo que hacen es exhibir sus carnes compactas, moverlas, para que vengan los foráneos como auras a embobecerse por ellas.

Esta Pitón ha dedicado su vida al teatro, lo ha hecho como un sacrificio, ha sudado el sudor de la experiencia, se ha filtrado este sumo entre tablas gastadas por la perseverancia. La Pitón ha buscado el sitio del huevo donde este comienza a engendrarse; se ha fugado de su colectivo teatral para ir a la India y ser golpeada rigurosamente en las vértebras por maestros de danza, ha caminado haciendo travesías desérticas hasta ver sangrar sus pies. La tradición de su especie le resurge con frecuencia, por lo que empiezan a acorralarla las pesadillas en las que se nutre de sangre caliente, una sangre que bulle en su franca condición de ofrenda; espléndido color de Pitón, seductor cuando derrama sobre sí los olorosos aceites que ha traído del Oriente; excita hasta el dolor cuando cuenta en detalle su último pasaje erótico, en que su joven amante empezó a romper la exquisita porcelana traída con mucho esfuerzo de distintas regiones del planeta. Aún manchada de semen, corrió por el pasillo hasta alcanzar el comedor donde el muchacho sangraba por la frente al ser herido por una astilla de porcelana, lo derrumbó encima de una alfombra verde y le introdujo nuevamente su miembro que aún conservaba la consistencia de un palo sagrado y oloroso, palo de monte encima del cual la vida le iba recobrando múltiples sentidos.

Un personaje así, es decir una persona así en sitios como la Gran Sabana Venezolana o el Orinoco, alcanza su indiscutible perfección: salimos al amanecer y al transcurrir apenas dos horas ya estábamos ante «la piedra de la virgen», monumento donde las manos venidas de todas partes fueron construyendo un discurso de la Fe. Piedra chorreada por la intensidad y las diversas quebraduras de las fantasías que en sus descomunales grietas pueden ir mostrando las desesperadas aspiraciones de los otros. Cuando descendimos por primera vez del auto fue para escalar el macizo de la Guyana. A la vanguardia del pequeño grupo iba La Pitón, se emocionaba visiblemente con unas flores cuya apariencia era la de estar dispuestas a tragarse todo tipo de cuerpo que se le aproximara. Así llegamos al borde de un abismo que tenía como antesala un zócalo cubierto por un musgo resbaladizo donde se ponía adrenalina en las piruetas atrevidas practicadas por La Pitón y otra joven actriz que le hacía la corte.

La carretera en sí era otra pitón, o más bien una anaconda, dispuesta a estrujar foráneos y nacionales, a ponerle las vísceras en la boca y ridiculizar a muchos de los que aún sienten orgullo bajo los disfraces de Doña Bárbara y Santos Luzardo, la piel espectacular de la mulata empezó a blanquear, sentí de inmediato la proximidad de su cuerpo, y sobre todas las cosas una evidente fragilidad que malvadamente disfruté.

La joven actriz y yo le compramos «palos de lluvia» a unos pequeños indios que merodeaban entre las hierbas; hacían sonidos, especies de imitaciones de pájaros salvajes. Fuimos nuevamente al auto, y ya en marcha comenzamos a manipular los palos de lluvia. Para nuestra sorpresa el cielo oscureció, fue una convocatoria que se extendió a unos impactantes relámpagos que de paso iluminaban los *tupí*: delirantes montañas ahuecadas donde toda la voluntad divina parece adentrarse para después diluirse en los destinos de todos los seres vivos del planeta. Mujeres sólidas convertidas en espectáculos que la naturaleza democratizaba para ofrecer a los que a su paso conservaban el don de la contemplación, se ofrecían en sus impúdicas posiciones que desatan el deseo de ser escaladas una y otra vez.

La Pitón se frustraba por no tener un helicóptero, ya que su idea fija, el agua que golpeaba su imaginario, era la del Salto del Ángel. De una en otra caída del agua, sentimos cicatrizar cuestiones de vida o muerte dentro de nosotros, eran piedras preciosas en su estado virginal sobre las cuales nos acostábamos. Era el camino a Santa Elena de Guaiaren, íbamos hacia la boca de ese país inmenso que siempre está ávido de tragar, y que se llama Brasil.

Más de una vez la vi desnudarse en el trayecto, tomar la coloración de las aguas que de paso la tomaban de las piedras que le servían de fondo; en realidad nunca

supimos si habíamos atravesado a La Gran Sabana o esta nos había atravesado, dejándonos tantas huellas como minutos dedicamos a bebérsola.

El Jíbaro revoloteaba en la arena bajo el carismático disfraz de una mariposa. Los más allegados comprendíamos que se trataba de un felino de considerable tamaño, varias veces más grande que un gato y ligeramente más pequeño que un jaguar. Era la zona de Santa María del Mar, arena que absorbía, sin ningún tipo de pudor, las más extravagantes energías de la época: la mariposa ostentaba diseños azules, un azul atípico que chocaba contra la franja marina provocando seducción entre algunos que la contemplaban de modo secreto. Otra especie de animal volador se le había acostado al lado, uno antiguamente reconocido en todos los sitios de reuniones como la Libélula. Llegó agitada y señalando con urgencia hacia dos extranjeros cuya forma pausada de compartir llamó la atención de estos aliados que iban a emprender una súbita aventura.

La Libélula y El Jíbaro se fueron arrastrando de modo casi imperceptible. La manera en que lo consiguieron podía haber llegado a despertar la envidia de más de un reptil, pero lo hicieron casi renunciando al peso real de sus cuerpos para situarse justamente detrás de los dos turistas. El holguinero ya estaba convencido de que ambos eran mexicanos y decidió de una sola vez romper el hielo y caer insertado en aquella charla a la cual se había convidado espontáneamente; para asegurar no ser rechazados pronunció la frase mágica: «¡ustedes son aztecas!» Los foráneos mostraron su asombro y a la vez su simpatía por el exceso de ingeniosidad de nuestro hombre, que persistía con la libélula revoloteándole a las espaldas. En ese modo de fabular radicaba su talento que «antes del alba» ya se apoderaba del horizonte dejando firmes huellas de su desmesurada fantasía, porque en realidad aquellos turistas de poca monta eran un par de mexicanitos gays que en buen cubano se puede decir que estaban fleteando. De ese modo fue que lograron llevarse a esos talentos tropicales que lejos de cazar resultaron cazados.

Apenas unos minutos y ya estaban los cuatro en Santa María Loma compartiendo unos tequilas en una espaciosa casa bajo los siempre bien recibidos beneficios del aire acondicionado. A la Libélula se le iban los ojos para el reloj del más esbelto de los desconocidos, y parecía estar dispuesto a trabajar en función de obtenerlo como trofeo. Pero como en estas islas ocurren cosas paradójicas, en el momento del sacrificio que serviría para obtener tal premio, la Libélula terminó por convertirse en un felino que arañó al yucateca. Después de empujarlo y hacerlo caer, salió corriendo loma abajo añorando la tranquilidad de la playa y el sonido paternal del agua.

Transcurrieron alrededor de dos horas en las cuales parece que El Jíbaro se entendió con el otro que si no era precisamente un azteca tampoco llegaba a ser yucateca. Cuando la Libélula lo vio regresar a aquella mítica zona de los caneyes, traía la frescura de un Hernán Cortez después de copular con la nativa y sobre todo haberla sentido doblegada. Además traía una bolsa de nylon que contenía dos botellas de bebidas exóticas y unas prendas de vestir que, al mostrarlas, resaltaron por la delicadeza de los tejidos. Al parecer El Jíbaro, según su propio testimonio, solo había brindado el miembro con la mejor disposición para ser cuqueado y consumido por aquel goloso que seguramente alguna vez había estampado sus manos sobre un fragmento de Las Pirámides del Sol.

Lo que se encontraba entre las flores acuáticas no era precisamente La Pitón, esta era más pequeña, ágil y venenosa. Terminábamos de cargar algunos utensilios para la lancha, en la cual navegaríamos más de cuatro horas hasta El Alto Orinoco. Las flores se movieron precipitadamente, entre el violeta degradado asomó la cabeza achatada, se abrió aquella boca y de su interior resonó un latiguillo que terminó por estremecernos a todos. La Pitón también recibió el impacto, usaba una camisa roja elegida con toda intención. En realidad la prenda tenía más cualidades de bandera que de camisa. Seguramente ella quería hacerla ondear durante todo el tiempo a través de esas aguas que tanto resuenan por su ritmo fónico, de manera simultánea, en puntos alejados y próximos de nuestro planeta.

Y estábamos allí al pie de esa ficción. El talento de las aguas, la brillantez de su lomo que con frecuencia muestra una calma totalmente simulada, porque más bien su esencia es endemoniarse, engullir; sin dudas practican la seducción inoculando el peligro, tensando las mentes y los cuerpos de sus huéspedes.

Hizo todo el viaje muy cerca de mí, sentí cómo sus músculos respondían al lenguaje del río. Muchas veces la tenía completamente encima, todo se mezclaba, las aguas que iban siendo levantadas por la embarcación terminaban agraciadas por el sol. Estuve un largo rato detrás de ese espectáculo, hasta que arribamos a un sitio impresionante, donde el río se multiplicaba en otros. Allí la vegetación arreciaba, se concertaban una serie de ruidos con los que me sentí involucrado desde la infancia cuando vivía las perturbadoras ilusiones que me provocaban los libros de Salgari, que por cierto nunca me llegaron a interesar más que los de Balzac, pero en algún momento también sentí otro tipo de debilidad por ellos; creo que tuvo que ver con algunos personajes femeninos que aparecían. Era quizás el momento que me asalta ese mal necesario que mueve casi toda nuestra vida y que denominamos «deseo». Ahora estaba en el sitio que ni siquiera tuve tiempo de soñar; traté de que la sorpresa no me arrebatara el disfrute, cuando me vine a percatar La Pitón se me había

enroscado transfiriéndome el innumerable calor que salía de ella como performance ante tanta ofensiva de la naturaleza. Creo que todos nos quedamos un tiempo más en la lancha, como mismo nos quedamos en la cama cuando nos aqueja un gripe o alguna que otra fiebre ligera.

Ha estado rondando un caballito de mar en la tarde noche, ha entrado a coquetear con mi hija, viene a desintoxicarse; está fugado de esa gorra azul que usa el Nimiedad cuando la expone todo el día al sol, porque no para con esos recorridos esquizos a través de los cuales se imagina que protege a la nación. Pero en realidad no es tanto el sol como las pésimas energías que irradian de la cabeza del jenízaro las que fastidian a esta simpática criatura que cada atardecer mi hija espera con ansiedad. De algo nos ha servido por lo menos a nosotros, los que a pesar de todo conservamos el don de la espera. Soportar tantos años ese desinfectante de pésimo gusto, con sus gorras decadentes, anunciándonos secretamente que siempre existirá castigo para la abyección.

Al caballito lo he interpretado como un símbolo, aquello que saltará definitivamente entre los escombros para convidar a las mutaciones. Confieso que no comprendo el lenguaje que usa para dialogar con mi hija, pero lo cierto es que deja una tranquilidad, una versión de la esperanza incrustada en los espacios de nuestra casa.

Se ha destapado un Cabeza de Bala de Cañón, anda con un portafolio de bajo costo atravesado en el tronco, así se dedica a vigilar. Su única función en el cuerpo de inteligencia al que pertenece es la de describir. Para reflexionar y tomar decisiones existen otros agentes más capacitados. Esta función parece haber sido creada especialmente para él, con ese porte de chayote cortado transversalmente por la inapelable crueldad de la vida.

A Bala de cañón se le asignan zonas, regiones, individuos, grupos de individuos; en verdad el es un ser muy esforzado, trata de que no se le olvide ningún detalle pues su trabajo es la base en la que se apoyan alimañas tales como el Blues-Nimiedad y La Estrella. Así continua funcionando esa vieja máquina de corregir posturas; los datos fluyen hasta llegar al centro de inteligencia, donde como un músculo late desmedidamente la copiosa intensidad del Gorila.

## 41

### YAMILA

Así cada vez que me incorporo nuevamente a la ciudad siento el peso de esa relación común que arrastramos durante tantos años. En mí ese pasado que me une a ella se ha convertido en una añoranza gigante, caben innumerables cosas de toda índole, es ciertamente caverna o planeta. Otra vez persigo los olores, los cuerpos de otros tiempos, todo aquello que se ha ido extinguiendo o fugando, porque como seguramente se han podido ir percatando, la fuga es una de nuestras marcas más contundentes: se fuga el gas, las mulatas, los cibernéticos, los payasos, los peces, los pájaros, los hijos y las hijas. Por momentos da la impresión que todos se han puesto de acuerdo para hacerlo; en otras ocasiones llega a parecer un juego: «el de los fugados». Pero nos adaptamos, porque la adaptación es otra parte importante de nuestra identidad; cuando descubro que estoy inadaptado me siento distante de los míos, un extranjero en esta ciudad que tantas cosas me sabe y a la que tantas cosas le sé.

Casi en el mismo lugar donde nació mi amistad con Violeta y Fernando vi por primera vez a Yamila: lo que me atrajo fue el estallido de la exagerada proporción de sus ojos, no era una más entre todas las ovejas descarriadas. La ingenuidad le brotaba, aunque tratara de esconderla con falsas máscaras; por eso prefiero recordarla unos años después. Cuando la reencontré en una cafetería del Vedado me confesó haber cambiado de vida. En ese momento aprovechó para decirme que le interesaba encontrarse conmigo, pero que prefería las mañanas. Según ella, era el horario en que su cuerpo estaba listo para asumir cualquier tipo de aventura.

Entre dos personas que se encuentran al azar, sin tener como buscarse en un domicilio u otro sitio, siempre van a mediar muchas calles imaginarias y otras reales. Calles amadas y rechazadas, calles comunes, otras extravagantes y míticas, calles donde hay templos, y calles insípidas, invadidas por el más torpe bullicio. Cuando se derrama la tinta empieza a fundarse esa ciudad, esa sensación que te inmoviliza o decide conducirte sin apelar a las más inimaginables situaciones. En todo ese conglomerado de terror se debaten esos cuerpos que aspiran a encontrarse en algún punto que vierta sentido, donde los fluidos alcancen una dimensión en el lenguaje para despojar a los protagonistas de todo lo viciado; para que la esperma sea gozada como esperma y no se limite a una hueca metáfora.

Me encontré con Yamila sin una cita previa, era la mañana húmeda de la navidad de 1988. En la noche debía de casarme, salí a la calle a poner en orden los últimos detalles de mi boda y terminé encontrándome con ella. El encuentro se convirtió en una suerte de despedida de soltero totalmente imprevista; caminamos en sentido al mar, hasta las callejuelas que concentran el olor a humedad y hacen más urgente el desenlace de anheladas escenas privadas. Después de un pago clandestino por una habitación cuyas ventanas quedaban expuestas al movimiento de los barcos que recién entraban a la bahía, logré penetrar con espantosa facilidad los misterios de aquella mujer que vista desde cierta distancia parecía imponente por la autoridad de su cuerpo que, para muchos que la contemplaban con ambición, resultaba inaccesible.

Ahora había abierto sus piernas, cedido la atmósfera de las propias entrañas, y sentía los latidos claros de su excitación labrando unas raras inscripciones en esa glándula preciada que nos transfiere al conocimiento adquirido a través de la carne. Carne doblegada por la obsesión de desprenderle una música capaz de perturbar la línea tranquila que protege al que se ha dispuesto a descifrar los secretos de otros que en la imagen, y en la semejanza, han decidido ofrecértelos. Me sentí renovado, era la satisfacción que queda después de ese tipo de alpinismo, el de haber podido clavar tu mensaje en el sitio justo. Nuevamente frente al mar se sonrió, se recostó a mí desde una expresión que podría llegar a confundirse con la ternura, y me dijo: eres «privilegiado».

## 42

### BALZAC

Me sorprende aceptar que hay un solo maestro y que se llama Honorato de Balzac. Después de pensarlo un poco me resulta comfortable la idea, quizás de modo inconsciente me he venido preparando durante toda la vida para este momento. El destino me depositó desde niño en la aparente insignificancia, después comprendí que se me había concedido un universo en bruto para hacerle notar su verdadero valor a través de mi mente, un lugar que con seguridad aún no he desentrañado como para sentirme una persona feliz.

Lo que disfruto en sí es la libertad de la que he gozado para construir mi Balzac, ni siquiera he prestado atención a los grabados y retratos de la época que reproducen su imagen. Mi Balzac es más bien un campesino bonachón de rasgos duros y acentuados, capaz de ordeñar vacas y desmochar palmas.

Asomarse desde el brocal al agua del pozo, ver inesperadamente, y una vez más, la imagen del maestro. Entonces empecé a comprender que de esa aparición nacen las narices, los rostros en su totalidad, las más insospechadas intrigas, y el olor de los ungüentos que usaban aquellos parientes más viejos.

Durante muchas jornadas calculaba la hora a tientas para llegarme hasta el pozo y volver a encontrar aquella imagen que definitivamente resolvería mi futuro. En muchas ocasiones me sentí frustrado, estuve a punto de romper ese vínculo, pero inexplicablemente algo siempre me lo impedía. Alguien trajo un día a la casa una fruta cuya piel rústica sobrepasaba cualquier normalidad. Eran deslumbrantes los matices que confluían en aquel fragmento rugoso de naturaleza. Me atreví a tocarlo, por un momento deposité todos mis sentimientos en dicho contacto y de manera recíproca empecé a recibir una energía medio mágica, protectora, que me inyectaba una satisfacción nunca antes experimentada. Algo súbito me hizo comprender que lo que estaba penetrando en mí con intenciones definitivas era justamente aquella imagen que tantas veces había querido reencontrar en el agua del pozo.

Ya no se podía hablar de cuerpos, eran simplemente siluetas que se sumergían en la playa, siluetas para quien llegara de súbito y comenzara a caminar distraídamente por la arena. Las siluetas en sí no existían, eran cuerpos que trataban de controlar su ebullición después de una historia complicada y abrupta; jóvenes aladas por la curiosidad, sometidas a una extraña combinación que pactaba entre la agilidad de la mente y el giro casi tribal del deseo. Una de ellas me confesó que: «el muchacho parecía especialmente esculpido por un gran artista, sus músculos estaban contenidos de modo tan estricto que las fue seduciendo», hasta que ambas estuvieron dispuestas a compartir aquella presa que se volvía exótica al pronunciar las primeras palabras bajo un deliberado acento rioplatense, por lo que no tardaron en identificarlo como argentino. Así cuando se frotaban los tres, simulando una extraña madeja, una de las dos aceptó recitarle al oído un famoso soneto de Borges que terminó mezclándose a repetidos gemidos que, como es de entender, llevaban el único acento que para ellos era posible, el de la excitación.

La más achinada de las dos muchachas, la verdadera demiurga de todo este trance, no dudó en colocar al argentino frente al espejo, se dedicó a excitarlo hasta que la esperma dio un estampido sobre la superficie de vidrio y azogue. De inmediato lo separó suavemente con un gesto radical a través del cual anunciaba que lo iba a ignorar a partir de ese momento.

Ella se pegó al espejo como una babosa, también dispuesta a segregarse, a vaciarse por una vez de todas las ideas oscuras. La lengua salió disparada extremadamente caliente, mientras la esperma del argentino, contemplándose a través de sí misma, ya había demostrado a qué se acostumbra a llamar meandro. Sus ojos nunca fueron tan brillantes como en este instante en que sin dudas se estaban tragando aquella sustancia extranjera.

Nada que proviniera de ella, podría sorprenderme; eran muchas las escenas en las que me había demostrado su ausencia de límites, su capacidad para desviar el curso de los acontecimientos y convertirlos en situaciones mucho más complejas dadas a provocar rupturas y semidramas. Recuerdo una noche en que dos parejas aparentemente normales la pasábamos bien con un poco de música y algunos tragos. En cierto momento una de ellas se las arregló para deshacerse de su muchacho y quedar enredada entre la otra amiga y yo. En verdad no me desagradó la idea, y la dejé actuar hasta descubrir que era yo el que empezaba a estar de más. Como en

realidad no estaba tan bebido, decidí recuperar mi protagonismo acostándome entre las dos hasta que la grosería de la luz decidió acabar con lo que estaba aconteciendo.

El más viril de los Nimiedad parece que está sufriendo de fuertes crisis de impotencia, según le ha comentado a alguien íntimo, parecen estar vinculadas a un exceso de preocupaciones y de tareas asignadas. Dicho Nimiedad tiene un amigo sociólogo que aparentemente no guarda relación con sus fechorías pero que sin embargo lo aprecia por razones que siguen estando bastante ocultas para nosotros; él lo acompañó al monte para buscar un tipo de bejuco que parece ser efectivo para la dolencia del cincuentón que, aunque ustedes no lo crean, atesora una gran virtud por la que en parte podría ser perdonado, y que consiste en que nunca ha querido hacer trato con El Gorila.

Cuando a las cosas se le pone un nombre estas pierden definitivamente su riqueza, la libertad con la que podrían cautivar. Son remitidas entonces a una serie de exigencias en el momento de ser mencionadas. Por eso lo que se conoce como idiotez yo lo interpreto como un tipo de cultura folclorista que suele ser en extremo impúdica. Cuando entran en acción uno o más personajes que pertenecen a esa categoría, todo se desarregla; quiero decir aquello que se conoce como «orden natural de las cosas» adquiere un ambiente de precipitación... algunos rusos ilustres fueron verdaderos verdugos de «la idiotez»; la desnudaban totalmente, colocándola encima de un escenario para que los otros pudieran divertirse en su despliegue. Empezó a acontecer que, entre los que contemplaban, algunos comenzaron a descubrirse en las escenificaciones que a la larga les iban despertando una notable ira interior que controlaban solo después de muchos esfuerzos. Con el paso del tiempo alguien más listo descubrió que «idiotez» y «brillantez» eran gases que se mezclaban sin dejar totalmente claro donde terminaba la estructura de uno para nacer la del otro.

Hay conceptos que pesan incalculablemente aunque no lleguen a mostrar formas definidas como la de un bloque de hielo, o una barra de metal; entre ellos está el de la Historia, vaya fastidio, bejuco que pretende enredarte los pies y hacerte caer, monstruo que vomita delante de ti cosas muertas. ¿Y qué es lo que quiere? Dejarte sin apetito, que te vayas desnutriendo para echarte en cara tu fragilidad y de paso restregarte su robustez de diosa perversa que no pierde ni un segundo en enturbiar tus recuerdos. Claro, siempre hay un modo de desestabilizarla, de que se ponga malhumorada y pierda autoridad, ese modo es sin dudas el humor. Los trajes que le quedan bien a ella son los del luto o el del *pathos* desenfrenado, porque como todos conocemos ambos llegan a engendrar ceguera.

Y no vaya a creer en esa que se hace la mosquita muerta, porque se posa encima del pastel para cagarlo, símbolo de la «lidiotez», o en realidad solo navega a través de un enrevesado relato en el que está intentando ganarse un lugar; de sus incongruencias se generaban trastadas, alguien hábil y lúcido las irá moldeando hasta hacerlas aparecer como chistes fabulosos que guardan el fondo pálido de la incompetencia.

Pero yo he aplazado mis compromisos de lecturas, estoy descifrando estos engendros calculados como guaridas de insectos, me dejo salpicar, retengo en mis recuerdos las conductas y a veces las afianzo como quemaduras. En realidad estos

hermanos me ayudan a pensar mi propio micro mundo, zanjean en los arquetipos, lo trágico lo vuelven gracioso ayudándome a superar las interpretaciones de los fondos grises. Lo cruel reside en: ¿para qué has sido destinado, a esa conformación de tu psiquis a la que te sería totalmente inútil pedir apelación?

Cohen Brother's, tengo a toda esa gente suya codeándose conmigo. Lo más divertido es que tales tarados ni se imaginan de qué disparatada concepción de la realidad son originarios, y paradójicamente suponen saber de todo. Tendrían que espiarlos durante un tiempo para que puedan comprender cómo se expresan, llegan a simular verdaderos eruditos hasta que se les quiebre la cáscara seca de la mandarina que en verdad es la corteza real de sus pensamientos.

LA NOVIA DE RAÍZA. EL DERRUMBE  
DEL TÍO ALBERTO

Me ha vuelto a tomar la mano para acariciarla con notable intensidad, como si quisiera raspar alguna esencia o descifrar ciertas energías. En realidad nunca más me ha comentado nada sobre Raíza, silencio que no he interpretado como si se estuviera abriendo entre nosotros un abismo, más bien lo he entendido como una provocación, una manera de seducir sin arriesgar las posiciones conquistadas, ya en otras ocasiones ha enseñado sabiamente el arte de la guerra.

Su mano es un objeto contundente, una mezcla de ala y garra que roza y apresa. Una noche, desvelado por la influencia que ejercía sobre mí, pensé:

«Dios creó primero a las arañas, las entrenó en todo tipo de hábitat, les sugirió cómo ser creativas, ágiles, y sobre todo inculcó el don de la contención. Cuando el supremo estuvo satisfecho con dicha especie, entonces comenzó a pensar en los humanos; en esa tarea se vio enfrascado mucho tiempo más. Cuando nuestros antebrazos estuvieron listos, ordenó hacer las manos; después de una larga investigación llegó a la sabia decisión que estas debían de ser semejantes a las arañas, pero solo con el veinticinco por ciento de su destreza originaria».

La mano en cuestión que me acechaba debía de contener una destreza muy superior a la del veinticinco por ciento. Lo que sí puedo asegurar es que tampoco llegaba a ser tan diestra como una araña, porque entonces en vez de trasmitirme aquella cálida sensación de complacencia había concluido por asustarme. En su extensión brillaban múltiples peligros, un contorno de la boca pintado de modo tan sutil que convida a morder dejando en pie la promesa de ofrecer alguna variedad de jugo.

Mi tío Alberto tuvo una hija clandestina con una mulata que se llamaba Bertha y que vivió casi toda su vida en Fontanar. La muchacha era unos años mayor que yo, y mi mamá nos llevaba a mí y a mi prima Lidia a un centro de entrenamiento que radicaba en la calle Prado para que intercambiáramos con aquella otra prima que no podía disfrutar de las reuniones de la familia en fechas señaladas. Ciertamente la hija de Alberto se perdía el lechón exquisito y la yuca con mojo del veinticuatro de diciembre, así como la sopa con chatinos de plátano verde que los domingos se servía para el resto de la familia. En cambio Dios le había dado el don de ser atleta, «una esgrimista de alto rendimiento», como una vez le escuché decir a mi tío.

Una de las tantas veces que viajamos juntos al auspicio donde se encontraba internada mi madre nos cruzó por al lado una guagua que transportaba atletas. En ese momento me percaté que alguna sensación había traicionado a mi tío estremeciéndolo. Al mirar sus ojos exageradamente azules noté una nostalgia muy particular que recordaba la añoranza que un mar desolado llega a sentir por ciertas aves migratorias. No hizo falta ni siquiera una palabra para comprender lo que le estaba aconteciendo, y en un gesto de afecto apreté uno de sus hombros.

Después de tantos años, cada vez que camino por la calle Monte me detengo ante las ruinas que en otros tiempos fue el edificio donde se encontraba el apartamento de mi tío. Ahora las hierbas son arbustos, las piedras derrotadas se han ido acomodando entre sí, las vigas son puro óxido, y si uno se aproxima el olor a orine lo detiene en seco. Algunas veces he querido leer los ingredientes de dicho desastre como símbolos, pero termino comprendiendo que son solo eso, fragmentos de un tiempo y de una vida totalmente irrecuperable.

## SEÑORITA MOGOTE

Dos estudiantes franceses pasaron por mi casa, fueron extraordinariamente amables; ninguno de los dos alcanzaba los veinte años, pero sus comportamientos eran propios de personas de una larga vida. Rostros que trasladaban el cansancio y se puede decir que hasta la fatiga de una antigüedad, la huella de una tradición que envejece, y en la que la anterior belleza y vigor se transforma en monotonía. Durmieron tres noches en un cuarto que tenía disponible y a la cuarta mañana decidieron proseguir. Pero antes de hacerlo me obsequiaron un ejemplar de los Tres tristes tigres.

En aquellos tiempos yo me encontraba involucrado en una de las relaciones más complicadas que me ha puesto por delante el destino, lo que yo mismo terminé bautizando años después como «la turbia marea de la Señorita Mogote». Había sido, según ella, una admiradora secreta de un poema extenso que yo publiqué en un tipo de formato que se puso muy de moda por aquella época, y que quedó bajo la categoría de *plquette*. La Mogote se las ingenió para conectarse conmigo de modo tan sutil que por momentos llegué a pensar que habíamos tropezado por pura coincidencia, usaba una táctica para la cual en aquel momento yo no estaba totalmente preparado por lo que admito que al parecer salí en franca desventaja. Ella venía de un lugar que un gordo y memorable poeta de la isla definió como: la «divinidad transfigurada en paisaje».

Al tener los primeros contactos con ella la sensación que me quedaba era bastante rara, algo así como acceder a un cuerpo gélido, pero con múltiples temperaturas que ocultaba para hacer funcionar la creatividad de su par. Al llegar a ese punto sentí que había ganado terreno, reuní algunos objetos medianos y pequeños que ya tenían cumplidas otras funciones y los transformé en verdaderas joyitas del reciclaje.

Entre los detalles cómplices de la combustión de La Mogote estuvo una forma circular. Eran simplemente dos tapitas de esos pomitos de champú y suavizador que comúnmente encontramos en los hoteles. Los pomitos en sí no eran nada del otro mundo, pero la superficie de borde que describía el entronque entre la tapa y el resto del cuerpo del pomo, fueron un hallazgo sin precedentes para poder disfrutar de las más altas temperaturas de La Mogote. Se los aplicaba en dos de los cuatro puntos cardinales. Confieso que me entregué al goce, sin detenerme a calcular posiciones,

lo que me hizo hundirme a cierta profundidad en aquel remolino de agua terca que como una garganta de terciopelo me tragaba cada día un poco más.

En medio de dicha tempestad leía *Tres tristes tigres*, me sentaba en los parques mientras esperaba a La Mogote, y a intervalos olía las páginas del libro para tratar de sentir su olor entre ellas. La amarré con una sábana que había sido del matrimonio de mis padres, encendí una vela color violeta y fui dejando caer la cera caliente en el interior de sus muslos hasta avanzar a los límites donde podría comenzar el descenso. El color de la cera que finalmente se solidificaba me recordó la lágrima que vi en la mejilla de un santo aquella vez que nuestro amigo, el ácaro panzudo, llegó hasta él con la enorme piedra sobre la espalda logrando incorporarse en el instante final.

Ahora La Mogote dejaba escapar algunos quejidos que se mezclaban con el olor que va lentamente fundando la llama, el escape del líquido transitorio que al tocar su cuerpo la volvía mucho más peligrosa y atractiva. En algún momento me logré desprender de lo que parecía convertirse en una adicción. Tomé un almendrón blanco y rojo, y por unos breves minutos me quedé dormido, al abrir los ojos descubrí que ya debía bajarme. Lo hice apresuradamente dejando olvidado el ejemplar de *Tres tristes tigres*.

Olga debía de emprender en breves días un viaje que sería decisivo para sus aspiraciones profesionales. Un amigo le había tramitado un doctorado en Italia vinculado a lo que siempre fue una gran pasión: la microbiología. Ese día se levantó prácticamente de madrugada. Se había propuesto visitar a la virgencita de Regla antes de partir hacia Europa; salió a la avenida diecinueve donde tomó un almendrón rojo y blanco. Casi a la mitad del recorrido contempló con interés la llegada de un nuevo compañero de viaje, este traía en sus manos el ejemplar de un libro que muchos de sus amigos le habían recomendado. Estuvo tentada a interrogarlo sobre lo que ella ya empezaba a considerar como una verdadera joyita, pero como notó al joven algo fatigado, y en esos tiempos había leído algunos textos referidos a la inteligencia emocional, decidió no llamar la atención al respecto, pensando en la posibilidad de llegar a ser propietaria de aquel volumen, como en efecto sucedió.

Los Tigres Tristes, un poco mareados, y sin ninguna explicación previa, vieron cómo fueron llevados a cruzar la bahía, sentían a su actual traficante más emocionada, y también percibieron que la emoción aumentaba en la medida en que ella se acercaba a una virgen que impactaba por la deslumbrante capa color azul

intenso. Azul desde donde irradiaban los más conmovedores fluidos que terminan convirtiéndose en míticos cimientos de la Fe.

De pronto experimentó lástima por el joven, sintió deseos de procurarlo por toda la ciudad, de devolverle su libro, y pedirle a cambio que se lo prestara por esos breves días que aún debía de permanecer en la isla. Pero no lo hizo. Entonces los *Tres tristes tigres* terminaron viajando a Italia, recorrieron la Toscana, también Florencia. En sus ojos insondables de tigres, los diversos frescos que fueron contemplando sufrieron una restauración sorprendente. Cuando el libro estuvo literalmente manoseado, y hasta se prestaba para que algunos bambinos lo utilizaran como manual para aprender la lengua castellana, las tres fieras hermosas decidieron abandonar dichas páginas para pulular por unos atractivos bosquecillos que de pronto habían descubierto.

## LA MUERTE DE MI MADRE

Eran los días crueles de las navidades de mil novecientos noventa y uno, días más que crueles, confusos, ambiguos, escogidos para hacerme pagar mi toque de irresponsabilidad y egoísmo. Ese veinticuatro de diciembre en la tarde había sostenido un cuerpo quebrado por el alcohol, cuerpo que días antes gocé y me gozó en una ocasional «habitación teológica». Quebrado al igual que se quiebran las ramas, también estuvo allí sin ningún tipo de escrúpulo, dispuesto a compartir conmigo la rara libertad de no tener más límites que los que nuestra propia naturaleza nos impone.

En la noche comía lechón y otras guarniciones en la casa de un amigo, cena que compartíamos con el resto de su familia, y con una vecina del quinto piso que fue llamada por nosotros porque no tenía con quien compartir la festividad. En el momento que sonó el teléfono no me imaginaba que se estaba iniciando el final de un ciclo tan doloroso como útil, sin el cual seguramente no hubiera comprendido algunas cuestiones esenciales para poder vivir sin un exceso de contratiempos.

Mi madre intentó suicidarse una vez más y los vecinos la habían llevado a un centro de urgencias donde quedó finalmente internada en la sala de cuidados intensivos. A veces cuando recuerdo a mi amigo que nunca ha regresado de lo que ya va siendo un largo exilio, lo hago en aquella salita de espera, usando algunas frases filosóficas en las que en otros tiempos había creído, pero que en aquel momento terminaban siendo extremadamente frágiles ante la inminente muerte de mi madre, que no aconteció de forma inmediata; transcurrieron más de veinte días tirado en bancos de cemento pulido o bajo algunos almendros medianamente frondosos que rodeaban al edificio de la reclusión u hospital.

Fue un tiempo árido en el que aprendí a sobrevivir, a pesar de que una especie de sal intensa me cicatrizó muchas heridas antiguamente abiertas y de cuya profundidad ni yo mismo había tomado conciencia. Vigilaba desde afuera la gravedad de mi madre, pero en esa ocasión decidí no avisar a los parientes que vivían en otras provincias. Preferí tener suficiente soledad para asimilar la cuota de dolor.

A veces no llegaba a soportar tanta vigilia, por lo que entraba en una somnolencia entreverada desde la cual era atacado por engendros que oscilaban entre hombres muy pequeñitos o bibijaguas gigantes que terminaban arrancándome pedazos de las zonas más sensibles del cuerpo. En un puro sobresalto despertaba

y los engendros ya se habían marchado. Una sensación de rabia e incomodidad me perseguía ya que no podría demostrar a nadie que estaba siendo despedazado. Las zonas zanjadas sangraban, en forma de grumo veía brotar todo el contenido contradictorio que durante mi existencia se había mantenido comprimido, restándole higiene a mi modo de proceder. Entre las punzadas que partían de la carne violentada por los últimos sucesos, lograba divisar con cierta claridad lo que podría llegar a ser mi futuro.

La mañana en que ella murió mi amigo también me acompañaba. Tuvimos que ir a la estación de la policía más cercana para hacer el levantamiento del cadáver. Fue un trámite breve pero infinitamente denso a través del cual sentí una comunión definitiva con aquella mujer que tan despiadada había sido consigo misma.

**48**  
**EL JÍBARO**

¿Será la vida de un emigrado una cuestión aritmética? Pensemos en El Jíbaro gravemente enfermo, lejos de las tibiezas que los originarios de la isla fabricamos en nuestros pensamientos irremediabilmente poéticos, bajo el riesgo de que ocurra para siempre un derrumbe de su estructura. Se miraba ante el espejo para descubrir los pómulos más salientes que nunca, relieve de un ser que exageraba en su geografía. Amenazando con hacer colapsar cualquier idea sobre la perfección, almacenaba los impactos de una realidad contradictoria, esa que nos distingue. Colocando una coloración muy específica en el pelambre, y un toque desbalanceado en la conducta, estaba verdaderamente desconocido. Mostraba un desgano absoluto por los otros cuerpos; se excluía así del acostumbrado frenesí que en tiempos anteriores le era indispensable, ya que acababa por descubrir la frágil dimensión de lo que puede ser todo proyecto.

La tos era insistente y, a través de la ventana, usurpaba la dudosa calma de un lago artificial. El Jíbaro, que recibía entonces la visita de un antiguo amante habanero, sintió vergüenza por el olor a unguento, por la palidez y falta de sensualidad de su boca.

De pronto escucharon un par de sonidos que estremecieron a ambos; una rana toro se mostraba desde el centro, rugía como una vieja locomotora; el sonido lo remitió inesperadamente a su infancia, y una vez más logró contemplarse con el costillar afuera, sin zapatos y con un pantaloncito cortado por las rodillas, dedicado al viejo afán de no dejar comer a las gallinas, corriendo en forma de círculo alrededor de ellas para terminar espantándolas.

Recordó el rugido, el olor a caña quemada que estaba inaugurando una nueva era entre todos los de su comarca. Pensó con agilidad: «es a la hora de morir que se hacen más intensas las imágenes del pasado, las circunstancias que a través de los años nos han hecho sufrir o produjeron una sensación de felicidad». Cerró los ojos, tras un gesto que denotaba el deseo de no ser interrumpido en el raro disfrute en el que recién comenzaba a sumergirse. Su acompañante solo le tomó una mano, sin apenas decir una palabra. Nunca se había detenido en las manos del Jíbaro. A decir verdad, aunque en otra época le proporcionaron mucho placer, ahora solo le quedaba el deber de ser solidario. La mano que tenía ante sí le parecía el mapa de un país continental de diversas vegetaciones que, en una inusitada amalgama, terminaban

por disolverse para representar un solo y tempestuoso destino. Tras unos segundos aquella mano huesuda le pesaba; el golpe de las energías que contenía contra las suyas lo desestabilizaba, por lo que fue soltándosela cuidadosamente. Cuando imaginó que El Jíbaro se había quedado dormido se marchó sin hacer ruido. En ese momento no pensó que jamás volvería a tener el privilegio de sentir el ton-ton de su sangre en arabescos.

## LA FAMILIA NIMIEDAD

En realidad, siento lástima por quien fuera el más heroico de los Nimiedad. No había tenido valor para suicidarse... Era como un castigo esa apariencia ridícula a la que ha sido condenado. Ayer andaba con una javita pequeña de nylon negro tejido, lo que se dice una imitación a la pieza artesanal, pero más duradera, porque el nylon no pudre... A este Nimiedad se le han virado los ojos a más no poder, su cabeza ya va siendo una triste imitación de una tortuga indefensa que, al asistir a tantos desoves, empieza a ser una víctima de la selección natural... Parece el elegido para arrastrar el karma del resto de la familia y quizás de tantas otras diseñadas por el devenir de ese tipo de circunstancias.

Detrás del drama de alguien como El Jíbaro siempre vamos a encontrar una pequeña filial de ese tipo, gente dispuesta a echar para adelante en nombre de aquellas cosas que, según ellos, siempre se deben escribir con mayúsculas.

Había un perro negro, grande, con una collera azul añil que empezó a dar vueltas alrededor de mi cuarto. Lo hacía con mucho afán, como si quisiera convertirse en algún tipo de símbolo, o hacerme llegar, a través de su brillante pelambre, un mensaje específico. Detenido en sus patas robustas fue que me hice una interrogante: «¿qué me une a los Nimiedad? ¿Qué me separa de ellos?»

Nada me une, pero es necesario observar a los Nimiedad, saber cuánto les queda de combustible para seguir maquinando, cómo anda la cuestión de sus piezas de repuesto, cuán eficaces siguen siendo, y, lo más importante, delimitar si aún pertenecen al género dramático o al bufonesco. En verdad nada puede separarme de esas minas olvidadas en un campo aparentemente desactivado, de estos Nimiedad donde el de peor destino parece ser el de gorra azul, pues ya no lo veo en compañía de La Estrella aunque se puede ver dialogando directamente con El Gorila, acontecimiento que traté de entender como parte de la armonía geométrica que garantiza la eficacia de los aliados.

El Gorila ha salido desesperado a buscar alimentos. Esto ha conmovido a muchos de sus coterráneos, ya que desde hace años se ha mostrado como un ser de poca movilidad, como una pizarra, entronque para ramales que se han especializado en todo lo relacionado al control y la vigilancia. De pronto se ha incorporado para dejar por unos minutos el puesto de combate. Sin dudas se nota disminuido por la

ausencia de La Estrella, de la que se comenta que ha tenido la más prolongada crisis de identidad desde que fue engendrada en el torrente mismo de la luz.

Este, de quien les voy a contar ahora, no es un Nimiedad de sangre, pero lo es de convicción, y por encima de todas las cosas está considerado una verdadera reliquia de la antropología agraria: ¡vaya tipo coloradito y echado para adelante! Cuando a alguien se le ocurra investigar sobre aquello que a algún tonto se le ocurrió llamar resistencia, saldrá a flote nuestro soldadito de plomo. Lo que lo hace entrar en esta historia es su chaqueta de mezclilla. Quizás la prenda sea única en el mundo y el muy bijirita ha decidido llevarla con orgullo, ya que en la parte de atrás tiene bordadas tres letras y un numerito KTP1, un verdadero símbolo para quien haya apostado por la dignidad nacional. Todavía son un recuerdo vivo aquellos camiones de macheteros eufóricos que, con el mismo tipo de sombreros que en otra época usaron los mambises, en la tarde regresaban con las ropas y las caras tiznadas. Durante todo el día se restregaban con la caña quemada, cuyas secuelas volaban por el aire y terminaban invadiendo irremediablemente la casa. Recuerdo esos residuos amenazando el fricasé de pollo que servía con tanta ternura la tía Pilar.

Algunos adolescentes, cuando les quemaban los campos de caña más cercanos, sentían la dolorosa sensación de que les estaban quemando el escenario de sus primeras fantasías eróticas. Se cuenta que escarbaban en las *Bohemias* de los años cincuenta buscando fotos de las mujeres más hermosas de la época (actrices, bailarinas, cantantes) que posaban en trusas, y que aprovechaban la siesta del resto de la familia para meterse a los cañaverales a darse sus buenas masturbadas. Así que, por la inclemencia de sol a esa hora del día, también se cuenta que terminaban sudando tanto como los propios macheteros.

Volvamos a las letras y al numerito que, después de más de treinta años, sigue exhibiendo con pasión este «Nimiedad de crianza». KTP1 es simple, es una máquina que intervino en lo que ya se puede conocer como el verbo nacional «optimizar»: introdujo el corte mecanizado de caña, todo con el objetivo de dar un alivio al esfuerzo de nuestros heroicos macheteros que «comían y cagaban a toda hora carne rusa».

Una vez más, contamos con el apoyo «desinteresado» de nuestros camaradas del campo socialista, por lo que en tiempo record la ínsula donde vivíamos logró tener su fábrica de combinadas para el corte mecanizado de caña. Dicha industria fue instalada en la provincia de Holguín, y reconocida como: FÁBRICA DE COMBINADAS CAÑERAS KTP1.

Lo que más nos llama la atención a los sobrevivientes de esta historia es como el bijirita de la chaqueta ha logrado conservar su entusiasmo, porque los bijiritas, aunque suelen ser entusiastas, tienen una existencia bastante limitada, y esta no daba muestra de cansancio o declive. Como vitaminas usa suplementos ideológicos a través de los cuales se entrena para contribuir humildemente con aquello a lo que se le llama «disciplina social».

Otra vez hemos tenido que traficar con las pajas cortantes de las cañas; logro reconstruir a la amante de Raíza, los pies sangrantes; ¿qué le ha ocurrido de pronto al resto de su familia, a su hermanita, a sus abuelos, a su padre? ¿Han comenzado a parecerse al gato, o el gato a parecerse a ellos? Han sido inflados por una o varias sensaciones; los cuerpos de todos los miembros del clan, en mayor o menor medida, se han transformado en materia paródica. Materia que reposa derramada por la destreza del acrílico.

Ellos tenían el componente necesario para que ocurriera el milagro, una suerte de complicidad genética donde los objetos vivientes se pueden alinear bajo una misma resonancia.

Nunca más he podido pensar a Raíza alejada del hábito que le impone otro cuerpo. Es un satélite cuya carne puede ser tan compacta como la masa de un proyectil, pero su mente termina vengándose; a través de su posición exageradamente volátil, Raíza se disgrega, goza de la pereza y lentitud de los adversarios, la mente se le infiltra, deja que las manos, hábiles propongan una breve imitación a la ternura. También le sangran los bordes de los labios, las tetas. En su expresión de corte ingenuo está el peligro, por ello me mantengo al borde de sus provocaciones.

La disfruto en esos escenarios oníricos donde he aprendido a identificarla como a otra persona con la cual tengo citas periódicas, conversaciones periódicas que transcurren bajo el olor punitivo de un café. Vuelvo a imaginar cómo succiona las tetillas de alguien muy delgado. En esa fantasía, fragmenta vidrios, paredes que hemos venido levantando torpemente.

Siento con frecuencia cómo brota de una espuma que fueron fundando con mucha paciencia algunos moluscos olvidados en la orilla. El olor fuerte puede ser el olor que acumula su humedad excesiva al paso de la más ligera insinuación. Detenida ante alguna región de mis ojos, o más bien hundiéndose hasta las caderas en ese pantano que circularmente solía tragar a sus víctimas.

Entre su pensamiento y su actuación, está el misterio. Allí se fecunda un dibujo, se describe lo despiadada que puede ser una actitud para legitimarse sin cuestionamiento; ese estado es lo que me termina provocando una vigilia desde la cual voy a buscar, ya con marcada adicción, el olor de esa piel tan poderosa

que termina funcionando como azúcar y fuego. Luego vuelve a perder volumen, a desprenderse del acrílico, a ser los espacios sitiados. Me da la mano y trepa por cada uno de mis sentidos...

Hay un tipo de toque de queda que se relaciona con las emociones más recónditas, aquellas que te inmovilizan y desarreglan el ritmo a través de cual suelen reconocerte los más inmediatos. Si el toque se prolonga, te puede llegar a convertir en un desconocido para esos que prácticamente terminarán por vigilar tu respiración.

El resto de su familia ha quedado apresada por esa obesidad donde intervino un conmovedor y justificado artificio, sin el cual no hubiera podido calibrar todas las tensiones que como fuerzas se desprenden de la amante de Raíza, tan dispuesta a transgredir que, no en pocas oportunidades, termino apostando por la conservación.

En los clasificados de Zero Hora resaltan ciertos anuncios que ofrecen todo tipo de servicios relacionados con el sexo. Imaginaba escenas capaces de despertarme interés, y en esos recorridos visuales, generalmente fugaces, accedí al nombre de un sitio que aglutinaba a una buena cantidad de personas que se ofrecían a través de aquellas páginas: La Galería del Rosario.

Me dijo: «soy Bruna». Un breve tiempo después estábamos desnudos junto a una lámpara china que terminaba por hacer más agradable el encuentro. Al transcurrir los días dejaron de interesarme los cuerpos, comprendí lo que me atraía con tanta fuerza hacia aquel micromundo que se alzaba con desenfado por encima del resto de los edificios vecinos.

A los cuerpos los elegía en su condición de distinto con el anterior: eran tratados para entenderme a mí mismo. En cada encuentro se presentaba la posibilidad de extraer un nuevo desecho, herramientas para el cruel y arriesgado proceso en el que me encontraba sumergido. Una de las jornadas me detuve, pedí un café extrafuerte, y antes de tomarlo logré entrar en comunión con los ojos que milagrosamente emergían de la superficie caliente del líquido.

«(...las plantas de sus pies quedaban justamente debajo de mis axilas, se agregaban canales de energía que estremecían los dos hemisferios de mi cuerpo, y ya se hundían tanto en mi carne que llegué a tener la sensación de que penetraban con su conmovedora suavidad trastornando cualquier cálculo o idea que me haya podido formar sobre el suceso en cuestión. Así nos atrapa lo inesperado, nos permite un disfrute sin premeditar, algo se abre de repente para que puedas almacenar la emoción, sabes que un poco o bastante sentido no están de más, es definitivo y cierto lo que te está sucediendo, eres un elegido porque algo, o alguien, ha decidido expulsarte de la simulación)».

...me fascinaban los sonidos, a veces tres o cuatro complacían a sus clientes de forma simultánea, acercándose a la música concreta. La galería se fue transformando en un lugar excesivamente cargado, las ofertas en cada uno de los apartamentos aumentaron. Ya no eran solo mujeres, sino otras cosas entre las que se incluían drogas y armas de fuego. Bajo ese ambiente fui construyendo una notable amistad con Bruna, la buscaba en el séptimo piso y al salir tomábamos un taxi hasta la calle Sarmiento Leyte, donde siempre sobraban los bares lo suficientemente atractivos como para pasar en ellos varias horas de la noche. Alternábamos el vino y la

cerveza en dependencia de la temperatura ambiente; en todos estos bares el bistec era de excelente calidad, por lo que casi siempre optábamos por cenar mientras conversábamos sobre cualquier tema.

La relación con Bruna comenzó por simpatías mutuas con el pretexto de que me ayudara a construir el personaje de una novela que en el futuro debía disponerme a escribir. Ella me fue sacando de los recorridos habituales entre aquellos laberintos; comencé a preferir quedarme durante todo día en el apartotel, leyendo mucha poesía en portugués y algunas obras en prosa que me las habían presentado como lo mejor de la literatura brasileña actual. Por esa época visitaba muchos sitios en internet relacionados con pintores importantes de la segunda mitad del siglo veinte. Volví a saturarme con las reses descuartizadas, con el ademán siempre excitante de la tauromaquia, y con las imprescindibles criaturas del aduanero que eran, en sí, un pastizal para lo onírico.

Las tardes las dedicaba a rastrear videos caseros, que me fascinaban por esa manera medio rústica que tenían para mostrar la perversión o regiones que suelen quedar fuera de las incidencias de la luz. También aparecían filmaciones en vivo anunciadas como infiernillos que transcurrían en espacios sin apenas iluminación, donde tan solo se divisaban siluetas en un sostenido trasiego.

Así se comportaba mi vida hasta la hora de ir a recoger a aquella amiga, que se volvía entrañable. Ella me contó que había venido hacía unos tres años de una ciudad llamada Pelotas, famosa en todo Brasil por sus extraordinarias ferias de dulces y también por la elegancia histórica de sus hombres, la cual algunos, maliciosamente, llegaban a confundir con cierto amaneramiento.

Según Bruna uno de sus propósitos era estudiar letras en la Universidad Federal de Porto Alegre, pagándose los estudios con el oficio que desempeñaba en la mencionada galería de la calle Dúas Andrada.

Cuando comenzaron nuestras citas, estaba alejada de los estudios por un período. Ya había vencido algunas asignaturas y conservaba intacta su pasión por la literatura. Una de las noches que compartimos en los bares de la Sarmiento Leyte, me habló tanto sobre la narrativa de Ricardo Piglia que llegó a sorprenderme. Era una extraña pasión o intento por desentrañar el porqué de un pensamiento y por perseguirlo desde el más férreo análisis. De pronto la descubrí dentro del propio Piglia drenando su cuerpo, dispuesto para cualquier contienda a través de esos delirios que terminan siendo personajes.

Una de las veces que intimamos me estremecieron algunas quemadas que descubrí en su espalda, región que había funcionado como un campo de guerra o espacio de «resemantización», historia de la violencia que la hizo huir

definitivamente de Pelotas. Era ágil y tenía la virtud de pasar de la posición más tierna a la más tribal. Lo más revelador consistía en la sensación de comodidad que me ofrecía ese ser algo portuario y algo mineral, mujer que a intervalos se mostraba brillante y, sobre todas las cosas, desbordando la cautiva condición de ser una anfitriona voraz.

Era el anochecer de un martes, y en el recorrido que hacíamos en busca de los habituales bares de la Sarmiento Leyte, que ya se habían vuelto habituales, la noté retraída, se tragaba algún recuerdo o fantasma, que seguramente me vomitaría después de las primeras copas de vino chileno:

«...las quemadas, los espacios sanos que se despliegan entre una y las otras, me han producido el mayor placer de mi vida. Por ellas salí huyendo de Pelotas. Todo tiene su origen en una dulcería en la que habitualmente, y desde que era adolescente, compraba los sueños fresquitos, rellenos de jalea de guayaba o albaricoque. Los del negocio eran una familia muy dedicada a la pasión por la pastelería, y muy unida en el desempeño, que una y otra vez despertaba la admiración de todos los clientes habituales, y también de los que incidentalmente consumían algunos de aquellos exquisitos dulces acompañados de un Café Bom Jesús. En el otoño de mil novecientos noventa y cinco ocurrió una desgracia: Eunice la sobrina del dueño, verdadera dulzura de muchacha, empezó a ponerse amarillenta, y poco después muy delgada.

«Noté su ausencia por alrededor de dos semanas, y cuando encontré el valor de preguntar por ella a Giulka, la esposa del dueño, me respondió: “mi sobrina murió hace tres días de cáncer en el hígado”.

«En las semanas siguientes se siguió notando su ausencia. Sencillamente Jair, el dueño, no encontraba la persona ideal para sustituirla. Pero en la primera semana del mes de agosto de ese año el frío arreció, lo que hizo mayor el consumo de aquellos sueños, cuya jalea de guayaba, albaricoque y hasta de uva, ayudaba a soportar las inclemencias de aquel tiempo loco.

«En ese momento Jair decidió dar empleo a Carol, una joven que apareció más o menos del modo en que aparecen los vientos o las leyendas. Ciertamente traía en alguna región de sus ojos las huellas del atropello.

«Hacía más o menos una semana que había notado su presencia, pero esta vez su mano rozó la mía al entregarme los sueños que ya estaban pagados; me despertó la sangre, desarregló todo lo que suele ser secreto, y al mirarla aconteció en realidad lo más grave, sentí ganas profundas de tocarle todo el cuerpo, hasta de morderla y enroscarme. En ese instante desapareció lo que de antemano suele funcionar como una limitación. Estuve evitándola por algunos días, hasta que una noche con toda

intención pasé por los sueños casi a la hora de cerrar el negocio. Giulka quedó medio sorprendida cuando pedí un café, lo cual en mí no era nada común. Esta vez lo hice, y con ello estaba dando tiempo a que la Carol se cambiara de ropa, algo me decía que ella también se mantenía pendiente de mi presencia. Según algunos cálculos pensé que ya estaba lista para marcharse, entonces lo hice yo primero. Caminé sin detenerme y sin mirar hacia atrás unas cuatro o cinco cuadras, de pronto apareció mi plaza preferida de la ciudad, me senté, y por unos segundos traté de controlar una creciente emoción de la cual no lograba desprenderme. En ese justo momento una sombra poderosa me invadió; al levantar la vista, tenía el cuerpo de Carol dispuesto a ofrecerse.

«A partir de ese día, la recogía al terminar su trabajo y nos íbamos a un pequeño apartamento que ella había alquilado en el centro. Les decía a mis padres que estaba incorporada a un coro de música popular brasileña y que los ensayos comenzaban después de las diez de la noche, ya que los integrantes trabajaban en empleos con horarios diversos. Así me conseguía un tiempo de intimidad y disfrute con Carol.

«En principio me mostraba unos frascos medianos que contenían aceites de semillas, flores y otras cuestiones vegetales, cuyos olores acentuaban de forma desmedida mi pasión. No podía imaginarme la ruta que ellos tomarían; comencé a percibir cierta violencia en cada uno de sus gestos, violencia que hasta ese punto me atraía, un lapso como vértigo en el que empezaba a ser centrifugada.

«Cuando logré tener conciencia de lo que iba a acontecer, una suerte de ventosa no me permitió escapar. Los encuentros con Carol eran como la búsqueda de hongos alucinógenos sin los cuales la ansiedad iba degradando las pocas virtudes de las cuales aún hubiera podido disponer. En ese estado no logré percatarme de que aquellos aceites cuyos olores se integraban a la más exquisita concepción de la vida, habían sido puestos a hervir. Cuando más placer estaba recibiendo de Carol, alguien pagado por ella los acercó a sus manos a través de una bandeja de plata, los fue tomando por orden de preferencia y derramando en mi espalda...

«Ante cada porción gritaba y gemía desesperadamente, mientras ella se las arreglaba para producirme una sorprendente mezcla de dolor y disfrute, ayudada de modo espectacular por su increíble lengua que no cesaba de hundirse en mi cuerpo.

«Al llegar una noche al apartamento alquilado de la Carol descubrí la puerta entreabierta y, presagiando alguna catástrofe, penetré con el mayor de los sigilos. La escena era de la más elaborada violencia: aquella que ha sido comprimida en nuestra mente, nos recorre el cuerpo y termina multiplicándose en la magnitud insondable del espejo: estaba desnuda emprendiendo un diálogo con su pasado, arrojaba contra la otra imagen todo lo acumulado durante años. La conversación fue hundiéndose

en el azogue durante un tiempo tan prolongado que decidí sentarme para seguir escuchando todo aquello que me había sobrecogido. Era un recorrido desgarrador que avanzaba hacia el presente.

«De pronto, y sin abandonar su total desnudez, buscó las esencias y aceites vegetales, un enorme cuchillo Tramontina, algo de azufre y una cuerda gruesa de nylon. Reinició su discurso, esta vez en torno a mí, empezó a sobarse los pezones con varios de los aceites. Se hundió la punta del cuchillo en uno de sus antebrazos, después de conseguir una pírrica laguna de sangre, comenzó a usarla para estampar signos que entorpecieron la comunicación entre iguales. Inesperadamente tomó el recipiente con azufre y vertió una porción en la herida, daba gritos que removían todo el apartamento, y con su propia saliva emprendía fantasías inimaginables; tenía demasiada saliva entre las manos cuando inició el diálogo con lo que supuestamente sería el futuro: empezó a imaginar que estaba encima de mi cuerpo y contaba lo que iría aconteciendo en lo adelante, en el momento que volvió a tomar el Tramontina ya yo estaba de pie, dispuesta a fugarme desde el mismo sigilo utilizado para entrar. Esa misma noche recogí lo imprescindible, y antes de iniciarse la madrugada ya estaba montada en el ómnibus para venir a Porto Alegre...»

En el momento que Bruna concluyó el relato no estaba mirando a sus ojos: me entretenía con la mayonesa que iba cayendo, serpenteadamente, encima de una considerable cordillera de papas fritas que terminaba situándonos en regiones distintas. Lo que seguí aprendiendo de sus palabras fue la nostalgia, que también es una araña bastante común, pero pocas veces identificada como araña; detrás de los detalles siempre es preciso encontrar la sustancia que te permitirá ser útil a los otros. Ella encontró todo lo que había imaginado casi desde niña en el cuerpo de otra mujer; nunca más lograría desprenderse de esa posibilidad en la que una y otra vez intentaría ser feliz.

«(Desde hacía casi diez años se entregó a su verdadera naturaleza, la cual brotó en la temprana infancia y había reprimido otra buena cantidad de años; el origen de todo se vinculaba a un pasaje ocurrido en el otoño del año 1988, en el que tras un descuido de su hermana mayor, logró ver como las gotas del agua se le quedaban detenidas en las tetas, su hermana usaba un tipo específico de aceite para la suavidad de su piel. Bruna almacenó en sus recuerdos aquellas tetas salpicadas, y años más tarde, cuando casi por inercia llegó a tener algunos noviecitos en la escuela, y estos provocaban escenas de intimidad besándola en la boca, desesperadamente les desabotonaba las camisas anhelando encontrarse con unas tetas similares a aquellas que bajo el vapor del agua había contemplado en el lejano otoño)».

Comprendí que necesitaba alejarse un poco más de Pelotas, entonces le propuse irnos una semana a São Paulo con el pretexto de asistir a la presentación en esa ciudad de una cantante gay que nos gustaba a los dos, pero que en su caso llegaba a convertirse en una verdadera pasión. Ya la cantante está muerta, se llamaba Casia Eller, y casi recostaba sus vísceras encima de los fans.

Bruna aceptó, y dos días después estábamos viajando. Nos hospedamos en un hotel enclavado en el corazón del barrio de La República, zona que complacía a la naturaleza de ambos, justamente en el Largo de Aroche. Después de instalarnos en nuestra habitación, salimos a cenar. Era cerca de la media noche, pero nos hallábamos con mucha energía y deseos de comenzar a vivir a partir de esa hora. Comimos en un restaurante alegórico a los gatos; más tarde retomamos una calle donde fuimos sorprendidos por la intensidad del travestismo. Las *drag queen* eran de una versatilidad extrema y punzante. Bruna reconoció a una que portaba la fantasía de una exótica mariposa... según ella era de Pelota y lo espiaba desde otro tiempo lejano en el que apenas se manifestaba como una larva o gusano... la mariposa abrió las alas, desplegó su centellante fulgor que en fracciones explicó a Bruna la soterrada magia de lo que es una «metamorfosis»...

Decidieron abrazarse en un arranque simultáneo, de pronto tuve la sensación de que mi amiga iba a ser raptada por un ser mixto, medio galáctico, medio de los infiernos; las alas coloridas del engendro se encontraban más nítidas en mi imaginación que en ninguna otra parte. Recostado a la barra del bar a donde habíamos entrado, contemplé un entramado geométrico de delirio, relleno de colores exuberantes que hacia los bordes proponían una distorsión adecuada para volver creíble tan desmesurada representación.

La mariposa que trataba de asumir la coterránea de Bruna era la llamada Mariposa Pavorreal; desplegando en las caras superiores de las dos alas el color chocolate, los motivos en realidad formaban ojos que, desertando de la estaticidad, lograron entrar en comunión con mis asociaciones. La hembra de esta especie tiene la costumbre de poner los huevos en las ortigas, en tiempos cercanos a la primavera. Esto me dio deseo de volver al hotel, desnudar nuevamente a Bruna y husmear en lo más recóndito de sus carnes. Pero el barrio de La República fue más seductor, nos arrastró hacia la madrugada enrarecida por innumerables tipos de divertimentos. A ras de calle nacían locales que flotaban en la ciudad ironizando pequeñas embarcaciones cuyas luces decadentes incitaban a prácticas que podrían confundirse, sin exageración, con la perversidad o el aburrimiento.

Entramos en una de esas cavernas postmodernas, bautizados por la indefinición de los cuerpos que se amontonaban en precarios gremios tratando de provocarse

algún tipo de excitación. Así caminamos hacia una región más oscura donde dos hombres rapados y corpulentos bloqueaban la entrada. Del otro lado de donde ellos estaban situados, iba a acontecer un espectáculo por el cual se debía pagar una suma considerable de dinero. Bruna no se mostró dispuesta a hacerlo, pero la neutralicé de solo mirarla, y después de pagar accedimos a una suerte de habitáculo de murciélagos con penetrante olor a sándalo que se usaba para ecualizar el ritmo de la sangre de los que finalmente asistieran, también de nuestros pensamientos. Por un momento se detuvo la música de fondo, y de lo más recóndito de la gruta apareció una mujer de gran esplendor acompañada de un Mastín Napolitano, a decir verdad, tan o más esplendoroso que ella... mujeres espléndidas abundan más que mastines napolitanos, por lo que sin dudas el animal podía considerarse protagonista principal de ese episodio.

Ambos se dejaron caer sobre un sofá aterciopelado, en definitiva ella quedó debajo, y al levantar la cabeza y parte de la espalda comenzaron a darse las lenguas en un intercambio de pasión y ternura. La lengua del mastín armonizaba con el color del sofá, y la mujer anunciada como Luciana se la chupaba y mordía.

El pito del perro se disparó como una daga cuya coloración *morango* podía confundirse con la seducción. Luciana colocó la daga en el lugar justo para que su herida se la fuera tragando, y según entraba, ella gemía y los ojos se le extraviaban en la pelambre azulosa de su amante. Así permanecieron por un tiempo hasta que la muchacha quedó encima y nuevamente el *morango* logró mostrarse con cinismo, en un momento en el que las robustas patas del animal rodearon su cuello.

Eran casi las tres de la madrugada cuando atravesábamos La Plaza de La República. Unos golpes secos nos sobrecogieron, golpe de una cabeza sobre el pavimento, golpe de botas contra la cabeza, cabeza contra el pavimento, gritos, ofensas, gemidos, llanto. La agrupación que ejecutó contra la cabeza, contra el pavimento, se dispersó a gran velocidad... encima de una sangre instantáneamente coagulada: la cabeza, cabellos oscuros y abundantes que intentaban transmitir un contraste agónico, lenguaje desagradable de la ciudad a través del cual nos comunicaba que nuestro paseo había concluido.

Bruna también era caliente, como la sangre cuando te la sacan a patadas, o como su propio sexo después de beber tres o cuatro rondas de coñac; entre su temperatura y las patadas, hice el tránsito hacia otro amanecer en aquella jungla deliciosa donde flores se abrían y cerraban de forma sorpresiva contrapunteado con el apacible metabolismo de las Hortensias.

Desayunamos con gran voracidad; al sintonizar la cadena *Bandeirantes* de televisión, tuvimos todos los detalles sobre el muerto que habíamos abandonado

apenas hacía unas pocas horas. Entonces pensé que la cámara terminaría por hacer más nítidos los cadáveres, de maquillarlos con su lente. El estómago se me viró al revés, descubrí que Bruna lloraba frotándose la almohada contra los ojos. La víctima era gay y se dedicaba a amaestrar perros. Bruna lloraba, porque temía por la vida de su amiga, la Mariposa Pavorreal que con los ojos de sus alas terminaba por tragar todo lo que le ofertaba la noche, y durante el día descansaba en un pequeño apartamento que se ubicaba hacia el centro viejo de la metrópolis.

En la noche asistiríamos al concierto de Casia Eller, y como la mañana había transcurrido hasta su centro, pensé en aprovechar el tiempo convidando a Bruna a merodear el Barrio de la Libertad, donde se agrupa una numerosa colonia de japoneses. Se podría comprar algún que otro artículo exótico para terminar almorzando en aquellos restauranticos orientales donde es requisito indispensable despojarse de los zapatos para acceder a la pureza de los alimentos; ella prefirió quedarse.

Regresé unas cuatro o cinco horas después, con dulces finos, pan de queso, y un peculiar pescado cuyo color podría llegar confundirse con el del salmón. Había tomado un baño con su jabón de hierbas y el cuerpo le pretendía alcanzar la levedad de aquellas mezclas de perfumes, capaces de secuestrar los afectos más recelosos. Comió prácticamente casi toda la dieta que decidí adquirir para ella, y se sintió dispuesta a un nuevo intercambio. Me acosté a su lado y cerré los ojos para seguir disfrutando el modo sutil en que ella me despojaba de la ropa.

El Pallece Teatro terminaba por parecer un bar gigante, y esa apariencia lo convertía en el sitio idóneo para el espectáculo en el cual ya estábamos involucrados: Casia Eller expulsaba una suerte de tinta o sustancia aglutinadora que terminaba por hacer cómplices a todos los presentes sin excepción. Compartimos la mesa de cuatro capacidades con dos mujeres que aparentaban una antigua relación de visible estabilidad. Ellas no serían el punto de fuga, la grieta por donde Bruna y yo caeríamos hasta el amanecer.

La cantante salió al escenario respaldada por un desgarramiento de la voz que la hacía creíble, diosa para muchas de las que se levantaron emocionadas, lanzándole claveles y otros tipos de flores que comúnmente se les obsequian a los hombres. Comenzó con un tema bien conocido, y tras una ofensiva de sus músicos, algo así como «subir la parada», noté que las caricias entre muchas de las asistentes se volvieron más osadas, detalle que, sin dudas, reforzó el sentido que el concierto estaba adquiriendo; en apenas unos instantes el cuerpo de la Eller se repletó de histrionismo, se amasaba el sexo y los pezones, tomaba grandes sorbos de *cachaça*

que con sorprendente maestría hacia retornar hasta el público en forma de una grave llovizna.

El Pallece adquirió el rostro de aquella música tan real y auténtica como la propia fragilidad; las muchachas de la mesa de al lado alcanzaban a respirar agitadamente, las sorprendí en repetidas ocasiones mirándonos con interés y curiosidad. Cuando el espectáculo avanzó un poco más, logré tomar la mano de la más trigueña. Percibí que su pareja iba a ripostar con un gesto desconocido y me adelanté extendiéndole la mano de Bruna, que ya estaba dispuesta a empezar a acariciarla. La cantante se levantaba el pulóver blanco para que sus tetas rematadas por la perseguida virilidad de esta época enriquecieran las feroces melodías que versaban en torno a las aspiraciones de las allí presentes. Hacia las últimas tres piezas, las dos muchachas de la mesa de al lado, Bruna y yo, llegábamos a proponer una franca empatía que circularía sin límites entre los cuatro cuerpos, dispuestos a inventarnos un tiempo de post-concierto en el que continuaríamos siendo felices, arañando el sentido en cada piel o boca, hasta lograr que todas diluidas entonaran un mismo ritmo.

Casia Eller terminó de cantar con el torso desnudo, sobre su jeans fue cayendo todo el sudor, algo así como la memoria viva; bajo ese bombardeo de sales se acentuó la originalísima textura del fondo grisáceo, que por segundos llegaba a parecer una extensión de su pensamiento.

Salimos los cuatro, contenidos en una energía que nos iba a empujar hasta la calle Augusta, extensa y mítica, que conectaba el centro antiguo de la ciudad con el centro moderno; fuimos a dar a un sitio de máscaras, máscaras no solo para atenuar la rigidez del rostro, motivos que descoyuntaban con facilidad al cuerpo entero. La cuestión de las más diversas fantasías entraba en juego en aquel ambiente lechoso; era la noche de los animales, extrañas escenas con las cuales llegaba a erizarme casi de manera absoluta. En la noche de los animales todo estaba permitido: dos travestis quisieron representar la batalla entre un ave y un reptil; en la confrontación se destiló un híbrido que trató todo el tiempo de diluir la pesantez de la tierra en la levedad del aire; los anillos fueron enroscándose en las alas hasta creer que dicho intercambio sería un relato que alguien de inmediato comenzaría a narrar.

Ya en el apartamento de nuestras nuevas amigas pretendimos proseguir ese tipo de juego. Ideamos un guión propio, y como protagonistas descubrimos que en él sólo había lugar para tres animales, sólo tres personas de las cuatro pertenecientes a la historia se podrían convertir en animales, la cuarta sería el objeto de la destrucción, la víctima; decidimos elegirla a través de un sorteo. El resultado logró complacer mis deseos secretos; la elegida fue la más trigueña de nuestras anfitrionas. Sin discutir,

y más bien sintiéndose premiada que castigada, se dispuso a despojarse de toda la ropa. Cuando terminó de hacerlo experimenté un nuevo estremecimiento. Admiré la firmeza que se le extendía por todo el cuerpo, mezclada con una blancura de la piel que derivaba en exotismo al ser rematada por numerosos pelos muy negros, que en algunos momentos llegaban a encaracolarse.

A los tres restantes nos tocaría ir de ratas, no solo en el sentido de la maldad, sino también en el de adquirir la apariencia física de esos animales y su inimitable sentido de la movilidad. A esa hora lo que más trabajo nos costó conseguir fue la pelambre, por la ya acostumbrada indefinición que suele portar su color, pero ni siquiera ese detalle logró resistirse ante nuestra indetenible fantasía. Lo que estaba en disputa era la condición de intacta que aún ostentaba «la víctima». En un momento comenzamos a experimentar que se burlaba de nosotros, hizo un gesto malicioso para acentuar los músculos de las nalgas, ese fue el punto donde nos pusimos de acuerdo para ser más creativos y comenzar el ataque.

A la seducción de la blancura y del mencionado contraste se unieron otras coloraciones. Se fue abriendo con exquisita morbosidad a sus supuestos agresores; las ratas logran la labor simultánea del cosquilleo y los mordiscos, sus colas alargadas y caprichosamente puntiagudas pusieron especial excitación en todo el ser de la trigueña que se erizaba estelarmente para dejar desprender de la más preciada región de su lenguaje unos breves gritos almibarados por la humedad evidente en la que ya se estaba hundiendo.

El juego de los animales, como casi todos los juegos, tiene un tiempo en que disminuye su intensidad y pierde sentido; fue en ese tiempo en que los cuatro implicados decidimos romper «las reglas del juego». Aquello se convirtió en lo que se dice «un todos contra todos». En especial traté de aprovechar la ocasión para intentar entender y disfrutar todos los sonidos de la más trigueña de las anfitrionas.

Tanto Bruna, como yo estábamos tan agitados que no logramos dormirnos al lado de tan gentiles amigas, nos vestimos y al recomenzar el funcionamiento del metro, regresamos a nuestra habitación en el barrio de La República.

Ese día no desayunamos. Al despertarnos en el hotel descubrimos que nuevamente había pasado el mediodía, entonces bajamos a un restaurante cercano que ofrecía un bufet óptimo. Allí almorzamos, y después de disfrutar el inigualable café paulista y pagar la cuenta, decidimos ir de compras al barrio de La Zé. Tomamos una vez más el metro y a la tercera estación descendimos.

Bruna tenía el compromiso de adquirir, para algunas de sus amigas de la Galería del Rosario, ciertos objetos eróticos, tan específicos que según ellas solo se podían encontrar en los *sex-shop* que se agrupaban hacia el ya mencionado centro viejo de

esa ciudad. Como los intereses de compras eran diferentes, decidimos separarnos en un punto para rencontrarnos unas tres horas después en la escalinata de la Catedral de la Zé.

Esa zona de São Paulo me atraía. Iba metiéndome en pequeños lugares inimaginables que acogían todo tipo de detritus. En el recorrido volví a consumir otro café acompañado por una empanada de carne; al comprobar la hora tomé en cuenta que me quedaba poco tiempo para encontrarme con Bruna. Entonces, sin titubear, entré en una tienda bastante lujosa donde definitivamente pude adquirir unos espejuelos italianos que estaba procurando para protegerme del sol. Con ellos puestos salí en dirección a La Zé. Ya casi frente a la escalinata de la catedral me los quité para desprenderle un adhesivo dorado de uno de los cristales, donde se explicaba que tenían protección ante los rayos ultravioletas. Al volver a ponérmelos me senté en la escalinata y desde allí comencé a detallar el increíble micro mundo que rodeaba aquel opulento templo de Dios. Mi mirada fue un poco más lejos hasta lo que puede considerarse un apéndice a la plaza de La Zé. Allí deambulaba y vivía una casta cerrada de mendigos. Las miradas de esos seres son un tipo de lenguaje legitimado en sí mismo, el punto más drástico de lo que muchas veces hemos querido llamar intemperie. Las voces son reconocidas como voces de vecinos, engendros de donde se erige un pensamiento, sin el cual la ciudad no pudiera reconocerse en su totalidad.

Estaba sumergido en el destino de esos seres cuando noté un gran alboroto, personas que corrían con expresiones de pánico. Aparecieron algunos efectivos de la policía militar que se desplazaban aparatosamente y de pronto comenzaron los disparos cruzados entre dos ángulos de la plaza. En ese instante apareció Bruna como si hubiera sido una diana, o el brazo que vas a perder por el estallido de una mina; recibió un impacto en el cuello, y al caer la sangre estaba lista para correr caliente y espontánea; junto con ella cayó su bolsa de compras, aquellas fantasías eróticas que no podrían llegar a las manos de las chicas de la Galería. Hubo un intervalo en el que no logré moverme de la escalinata. Cuando pude hacerlo, el tiroteo había terminado; Bruna según la voz del PM alcanzaba la condición de «cadáver», y en su caso podía igualar el lirismo de los nenúfares. No sabía si llorar o abrazarla. Me vino a la memoria *El jardín del artista en Giverny*, la barba blanca de Monet. No hice ni dije nada cuando el PM preguntó si alguien la conocía. Mi mirada quedó fija en un objeto salpicado de sangre. Resultaba difícil comprobar si se trataba de un pene negro o un anzuelo; un poco más distantes de Bruna, rodaban dos bolas chinas con superficies adulteradas por formas punzantes, que las convertían en bolas inusuales.

En el lenguaje como en la vida, existe una asociación entre los seres y los hechos, que es secreta. Por esa ruta ese Acarapis Woodi ha llegado a esta densidad provocada por los residuos de la sangre y el deseo. Entre todas sus perversiones, hay una por la cual es reconocido y sustentado y consiste en volver desechables las tráqueas de las abejas. Esto le viene a ese desdichado espécimen, calvo y narizón hasta repeler, de la infancia; de aquella infame infancia a la que fue sometido a un tipo de educación derivada de preceptos «victorianos». En su oficio se vuelve extremadamente peligroso por la tenacidad; opera desde un solo lema, con una idea fija que se le desborda de su estrambótica cabeza: «menos tráqueas menos miel. Que sea la hiel la que corra por las laderas del mundo».

Él le ha dicho a tanta gente que la felicidad generalizada puede convertirse en un espectáculo tan horrendo como la propia muerte; por eso se mueve con ese estilo mañoso y medio derrengado de un panal a otro, tratando de contribuir lo más posible con su infinita laboriosidad a tan polémicos atisbos conceptuales.

*Acarapis* había ganado toda la confianza del jefe de misión, hasta que un día le sucedió lo único que no le puede suceder a un consagrado verdugo: se fijó con abierta indiscreción en el sexo de una deslumbrante abeja, que lo tenía exactamente tan tierno como esas florecitas de naranjo que aparentan ingenuidad. El Woodi se dejó acoger por ella hasta que fue finalmente sorprendido, juzgado por el abandono de la más sagrada de sus tareas y expulsado a la ficción.

Hay fuerzas superiores a uno mismo, de lo que no se deriva que uno tiene que darse por derrotado. Todo está en adaptar tu capacidad de resistencia a los embates que, como extraños bichos, van a querer estremecer los pliegues. Allí donde se retiene la bilis, donde hay un rozamiento sostenido que se opone a «empezar a vivir peligrosamente», intercalas los ciclos, forcejeas en cada estación de acuerdo con las inclemencias. Tus cómplices no dejan de horadar en tus ojeras, en la contaminada textura de los ojos; están mandados a provocar, a entrar en contacto con tu saliva y especulan con ella; la dejan caer en algunas zonas claves de sus cuerpos diseñadas para multiplicar.

Mordía mis dedos, era una fuerza redonda. Para decirlo con más exactitud, una expresión circular de la atracción. Operaba de un modo sobrio, cubriendo las intimidades, cubriendo también la osadía. Me gustó esta última palabra, es

más bien un punto de conversión donde la fuerza redonda se transforma en puro deseo y comienza a correr por el torso una suerte de gel u otra sustancia semejante. Desdichadamente pude contrarrestarla, anularla en el momento de la inmersión, cuando a quemarropa sentía el carbono que expulsaba de manera agitada.

No me gustan las marinas, aquellos cuadros de la época republicana que terminan adhiriéndose a las teologías. Ya en este mismo relato hay más de un paisaje a la orilla de la costa que deja a esos óleos medios anémicos en la más acentuada orfandad. La fuerza redonda también me hace retomar el salitre, lo que deja el agua de la ola en el labio, y también en esa construcción precaria que solemos llamar pensamiento. Solo cuando se desgarran los tejidos sin necesidad de mostrar la sangre, es cuando podemos acceder con exactitud al pulso de la ecuación marina. Entonces te circundan seres que equivalen a la insospechada reacción del agua, seres que pueden quedar tiesos antes tus pies batidos por la extraña hipertelia de defenderse... Al contemplarlos te incorporas a esa ficción que narran sus nervios estremecidos por la sorpresa, y ves que el miedo es un desecho, lo vencido por el vigor de lo que no tuvo tiempo de razonarse y se expresó en forma de energía. Hay pequeñas marcas en los muslos, golpes convertidos en placer, variantes para regresar al sentido...

¿Qué es exactamente la nostalgia? ¿Volvemos a estar agujereados por cosas y seres insospechados?

No siempre tiene la misma expresión, ni tampoco la misma disposición, no repite con frecuencia la misma técnica de ataque; a veces lo hace a través de un olor, otras, de una textura. También suele valerse del ritmo de una música, o del timbre de una voz, pero siempre cava, tiene una cuchilla afilada en su punta, un sistema para seleccionar los puntos más vulnerables de tu cuerpo. El valor de la memoria se encarece ante estas ofensivas; pero, descendiendo a través de la colina imaginaria del sacrificio, no estamos arrepentidos. Se pagó con gusto alguna libra de menos, una que otra ojera como tatuaje, pero la primera claridad, el tiempo mínimo en que puede alcanzar la plenitud el día que recién comienza, te parece importante atesorarlo para el resto de la jornada en la que funcionará como un certero amuleto.

A algunos se le reduce la capacidad de reacción, de ser audaces; es decir, están los que no pueden sobreponerse y van creando un tipo de adicción medio involuntaria; en sus casos específicos, ya no se puede hablar de escaramuzas, más bien se trata de flagelar, de encontrar interés en esa operación que va tomando forma de ciclos, teniendo incluido el gradual deterioro del flagelado.

De las escaramuzas se puede extraer un tipo de energía edificante, siempre que se coloque con destreza en el tálamo. Así vas a experimentar la sensación de que las

capacidades de tu ser se dilatan, de que te puedes volver inmejorable dentro de tu especie.

Hay un tipo de nostalgia que puede ser engañosa. De pronto te imaginas que ella te va conducir a un sitio agradable, pero una vez traspasado el pórtico, tropiezas; percibes rápidamente el exceso de humedad, te sientes invadido por el mercurio u otro elemento que viene siendo equivalente: muchas veces he sentido el exquisito olor de los alimentos. Detrás he esperado encontrar alguna celebración, alguna fecha señalada, pero de súbito ha hecho aparición la reducida cocina de mi tío Alberto en el pequeño apartamentico de la calle Monte, cocina donde solo cabía una persona. Allí mi tío preparaba todos los miércoles y domingos la comida que ambos le llevábamos a mi madre, internada en el manicomio. Mi madre se la comía con gran avidez; sus ojos aguados se perdían en la rozagante solidez del pollo. Mientras se alimentaba apenas conversaba con nosotros, abriendo un silencio por el que todos terminábamos escapando.

Las otras enfermas proseguían con sus fantasías: anhelaban convertirse en todo aquello que iban representando de manera precaria. Ese panorama esquizo-dinámico venía a ser el preámbulo de la digestión de mi madre, la antesala para que sus jugos gástricos terminaran desplegando una agresividad que venía a ser el contragolpe de su aparente sosiego.

Cuando mi tío y yo regresamos nuevamente al centro de la ciudad pude pensar:

«La nostalgia es un agujero en la naturaleza de cada cual. Por ahí entran objetos no identificados, seres microscópicos y seres macroscópicos, que al penetrar no tienen la precaución de dejar afuera sus nostalgias, las introducen como subproducto, resina que es dada a la costra; y hay que estar vigilantes ante la invasión de los macros para que no sea letal un proceso pensado en su inicio con el objetivo de producir placer y sentido».

## 54

### CÁNDIDA

Cándida viene siendo el otro extremo de Voltaire, un espacio intermedio entre Voltaire y Bruna. La conocí en una casa de madera donde tenían improvisado un miserable prostíbulo. Los dueños consumían una carne de res tan grasienta que impregnaba todo lo que se situase a su alrededor. Tomarse una cerveza allí, incluso al lado de la más excitante de las mujeres, terminaba por convertirse en un tipo de tortura muy original.

En ese ambiente signado por la parte más repugnante de la res se desplazaba Cándida; delgada en extremo, tirando a morena, su argumento definitivo eran los ojos, que por momentos amenazan con quedarse sin órbita al alcanzar un tamaño descomunal. Lo que más me impresionó fue que, aún lejos de la isla, pude alcanzar el brillo casi irreplicable de la semilla de mamey, y también su color ambiguo que se debate, constantemente, entre el negro y el carmelita.

Cuando no soporté más, tuve paciencia para ir hasta una esquina y esperar a que saliera Cándida. Habíamos simpatizado, y no me fue nada complicado retomarla. Así caminamos varias cuadras en dirección al apartotel donde yo estaba hospedado. En el trayecto aprovechamos para besarnos varias veces que me sirvieron para percatarme que su boca era otro argumento para nada despreciable. Me sentí atraído por su docilidad, pero a pesar de ello nos separamos en la entrada del apartotel, con su firme promesa de que me visitaría en próximas jornadas.

El perro ha regresado a la Cueva de Aguirre. Ya no está la mujer que en su transformación en pájaro logró retornar al manicomio. Él viene solo; alguien bien intencionado lo libró de los ácaros. Entra ávido, imagina volver a fascinarse con la belleza de los escarabajos, pero tampoco los encuentra. Camina hacia la otra salida y se detiene ante el precipicio. Allí mira hacia abajo, recordando el julepe de los murciélagos, pero estos también duermen. El perro comprende que ha venido a contemplar un escenario desmantelado. Aunque la cueva existe, los protagonistas se han marchado con su vigor. Entonces el perro orina y también se marcha, chapoteando en el excremento que sirvió de terreno a diversas peripecias dentro de la mítica batalla.

La lechuza se posaba en la ceiba del patio para indicar que ya era la medianoche. Ese afán de verla una y otra vez, con la esperanza de que en aquella escena se desprendieran los más anhelados secretos de la existencia, fue lo que definió mi irresistible atracción por la literatura. Con los años llamé al desenlace «la hora de la lechuza», convirtiéndose de súbito en un tipo de medianoche que se enclavaba en cualquier momento del día.

Entre el fin de la cena y el momento de la aparición de los ojos que seccionaban la noche en múltiples hemisferios, me entregaba totalmente a la lectura. En breve descubrí que ese hábito me reforzaba la emoción para enfrentar el momento más esperado; la vi tantas veces consecutivas, que llegué a prescindir de verla. El disfrute radicaba ahora en percibirla, en un hálito que en breve saturaba todas las expectativas. Hace muchos años me fui a vivir lejos de la ceiba, y de esa hora mágica friccionada por el resplandor que definitivamente emanaba del ave, pero el mecanismo me fue injertado sin yo poder decidir. Es como un órgano del que estoy convencido que no me libraré. En los momentos de gravedad, en los sitios en que la vida termina por transformarse en un entarimado frágil, emerge este trozo de vitalidad para indicar peligro unas veces, otras para reforzar el delirio.

«La hora de la lechuza» son los fragmentos de mi vida que se excluyen de la tediosa representación, los intensos combates por preservarme, desde donde casi siempre salgo mejorado.

Esto es lo que yo entendería exactamente por «enrarecido». La falta de sueño me obligó a salir hasta la zona más antigua de la ciudad. Aun cuando no había concluido de aclarar, tomé la calle Merced. Siento placer en recorrerla hasta la reja de

la majestuosa iglesia que termina por coronarla. En el patio de ese templo he pasado largas horas, y debajo de sus árboles frondosos he encontrado la capacidad de proseguir. Los típicos faroles que aún persisten al paso de tantos años, más bien la luz amarillenta que se proyecta desde ellos, funcionan en mí como un tipo de alimento.

La intención era llegar hasta la Alameda que bordea el puerto, sentarme ante la quietud de algunos barcos y finalmente asistir al nacimiento del sol sobre el aceite que colorea de modo inevitable la naturaleza de las aguas. Justamente en las inmediaciones de La Merced, pude percibir que alguien me seguía. En realidad alguien estaba interesado en que pudiera percibir su presencia, en que estuviera dispuesto a acoger esa rara incursión de su espíritu en el punto de partida de mi jornada.

Miré varias veces hacia detrás, descartando con rapidez cualquier presencia física. Entonces comenzó a poseerme un leve escalofrío que, en apenas ciento cincuenta metros, se hizo intenso, me dificultaba el desplazamiento. Llegué a sentirme tan frágil como una delgada lámina de vidrio. Mi primer pensamiento fue Isabel, a la que no veía desde el tiempo lejano en que tuvimos la oportunidad de bajar juntos por esa misma calle, también buscando la Alameda y dejando transcurrir una ambigua relación de amistad y eros. Una muchacha totalmente contradictoria en su físico, y también en su psiquis. Yo la había espiado durante bastante tiempo antes de que tuviéramos la oportunidad de conocernos e intimar. Al principio le encontraba un parecido con *John Lennon*, parecido que ella misma reforzaba al usar unos espejuelos pequeños y redondos. Isabel era muy blanca, sin dejar escapar la solidez que se reforzaba detrás de tan evidente androginismo.

Pero a la sensación de persecución se le sumó una voz que comenzaba a taladrarme y descartaba la presencia de la muchacha. Era un sonido enclavado en un fondo dramático desde el cual se podían escuchar risas exacerbadas y gritos en el intento de perpetuar consignas. Quien regresaba para salirme al paso no era una fiera, ni un animal doméstico; se mezclaban ambas especies en este engendro que de alguna manera comenzaba a ganarse unos ojos brillosos y profundos como el propio sitio desde donde su dueño pensaba retornar brevemente... Entonces vi, o me inventé, una suerte de esfinge que se desbordaba de la piedra hacia afuera. Apenas unas palabras y supe que se trataba de El Jíbaro, no el vigoroso del tren Holguín-Habana, o el de las calles nocturnas vecinas a estas donde ha venido a interceptarme. Esta vez era un ser golpeado duramente por todo lo que implica una travesía; caminé un poco más, y su imagen se hizo más nítida. Venía mojado, la mezclilla del pantalón

y la camisa se le habían oscurecido, ciñéndosele al cuerpo y dejando identificar con claridad alguna de las estructuras de sus huesos.

Después de tantas jornadas ha vuelto a hacer aparición La Estrella. Parece que ha comido de distintos tonos de la luz, que en su nuevo estatus de destierro ha perdido la condición amorfa de la estructura. Algunos han llegado a comentar que muestra rasgos excitantes. En esa ocasión vi a La Estrella desde atrás, escoltada por El Nimiedad Gorra Azul. Entonces experimenté un placer de otra índole, sensación que alcanza una categoría medio inclasificable donde podría mezclarse el deseo con la venganza. Con un poco de fantasía se le habría de quebrar la misión por la cual ha sido capaz de traicionar el equilibrio de su antigua constelación, contaminarse del carbono que le echa encima El Nimiedad, y acceder a colaborar con las más elaboradas y macabras ideas de El Gorila. El asunto radica en que me decida a correr el riesgo de seducir a La Estrella. Esto tendrá su clímax cuando astutamente pueda rozar su espalda y regresarle a su casi olvidada feminidad. Sería el momento de hacerla creer que puede conseguir todos los detalles de mi vida privada y de muchas otras personas que me rodean y terminan siendo interesantes para El Gorila cuando su escasa identidad se desplace por el sórdido agujero en el que definitivamente tendrá que reposar.

El último encuentro entre La Estrella y El Gorila sirvió para que se insertara un tarzán caribeño, pintoresco complemento, al poseer este una notable agilidad física y suficiente sordidez para cumplir las cuestiones tan mezquinas adonde no logran llegar ellos dos.

Este sujeto parecía constituido de una madera dura, me atrevería a asegurar que extremadamente dura, de un color más bien oscuro y propicio para dejarse apreciar bajo el brillo apresurado del barniz. Qué feliz ha sido esta vez el rey de los simios al ver que tiene cómo expresar su afecto ante esta contundente representación de la agilidad.

Llueve, el rey de los simios se ha montado en un lada azul con otra asistente que no es precisamente La Estrella. Es domingo, ¿qué tipo de gestión podrán hacer un día como ese, bajo la lluvia?

Dicen que han recibido un detallado informe sobre La Estrella, el cual sostiene que tiene una doble vida, que cuando se siente fuera de alcance de El Gorila suele actuar de otro modo, llega hasta recobrar la naturaleza de estrella y hasta pone en

peligro cuestiones estratégicas de la causa por la cual está dispuesto a inmolarse el gran simio.

Ha sido el más viril de los Nimiedad el responsable de hacer la labor de conRAINTeligencia. Él menos que nadie se lo imaginó: sus ojos pudieron contemplar aprovechando el factor sorpresa, esgrimiendo siempre su afilada nariz que puede llegar a provocar admiración. Es definitivamente un ser rústico, que se afianza para su *modus operandi* en el brillo que el sudor va provocándole en el rostro, tal como si se tratara de la culminación de un sofisticado maquillaje.

Con el pantalón verde olivo y esas camisas a cuadros que ya vienen a convertirse en verdaderas reliquias, adquiridas en décadas que comienzan a volverse lejanas, el sujeto logró penetrar la más remota intimidad de La Estrella. La penetró en todos los sentidos, pudo saber, con mucho cinismo, hasta lo que se movía en las paredes del hígado; después aprovechaba los turnos de guardia entre aquella maleza, que después de transcurridos diez años se le fue volviendo habitual, para redactar con un lápiz amarillo los últimos hallazgos que iba descifrando. Después de acumular argumentos suficientes, decidió unificarlos todos en un informe, tratando de cuidar rigurosamente los aspectos de la redacción. Ahora El Gorila y su otra asistente han ido a discutir ese valioso documento, que en dependencia de su repercusión debe definir el futuro inmediato de La Estrella.

## CALLE SAN NICOLÁS

Se nos ha construido una orfandad casi perfecta, diría que una especie de cápsula que, a pesar de su cubierta relativamente blanda, ni siquiera somos capaces de transgredir. Podría denominarle «orfandad aclimatada» porque, a pesar de la constante impotencia, te ha sembrado un sentido de la conservación, algo que detrás de tu estatus de desastre, siempre, o casi siempre te va a proteger. Nos han enseñado a pensar mucho en el cáncer, en las trombosis, en los infartos, en la ceguera, y se nos ha hecho creer que en ninguna otra cápsula sería posible combatirlos como en esta, así es que para muchos ese viene siendo el precio de tan acentuada orfandad.

Veamos los cruces alternativos, las actitudes que debemos frecuentar para abandonar la monotonía de nuestra condición de arácnidos. Lo primero sería trasladar el veneno en otra parte del cuerpo que no sea la habitual, revolucionar el diseño de los tejidos, y adecuarlos a las emociones de los acontecimientos insulares; disminuir la cantidad de sangre que se le extrae a otras especies hasta exactamente la mitad de lo acostumbrado, y hacerlo con más gracia; es decir, parecerse en algo a los divertidos vampiros. Una de las cosas que se analizará con gran rigor es eso de estarle destruyendo las tráqueas a las abejas con una norma por cumplir y todo. En realidad lo peor que le puede pasar a un arácnido es aparecer como cómplice de un parásito, y todos sabemos bien que ante la escasez del propóleo ellos logran propagarse, prácticamente sin resistencia.

Los que podemos cavar en otros sitios, que no sean estrictamente aquellos que oferta la realidad de cada día, nos inventamos consecutivas ficciones para protegernos de la orfandad. En mi caso la calle San Nicolás es uno de esos símbolos en donde logro respirar un poco mejor; cuando estoy en esa zona de la ciudad y tengo tiempo disponible viajo en ella con más ilusión, que si lo estuviera haciendo hacia otro país. Allí no hay escenografía, sino memoria, dolor, destellos de alegría, creencias, y sobre todo fe. Primero me desplazo hacia la derecha, hurgo en sus vertebras menos conocidas, en las rejas y portones enriquecidos sospechosamente por el polvo. Más tarde la retomo hacia la izquierda, desde la sólida y espléndida definición de un templo, la Capilla de San Judas Tadeo. Su cuerpo de sangre caliente y gestión milagrosa se inserta a lo largo del ruego y la paciencia de tanta gente. Sigo más a la izquierda y ya voy ensanchado, en dirección al mar, viendo cómo la expresión enrevesada de lo que generalmente me obstaculiza se va despejando como

una tempestad efímera. Las cuadras son trozos de sentido que digiero en pos del sitio de la consagración.

Mejor no nombrarlo, indicarlo, para que se preserve con sus anfitriones un grupo reducido, pero diverso, donde cada cual a su manera pondrá el gesto exacto para que te convenzas de que siempre puedes regresar. En otros tiempos allí reinaron las palomas, los gatos, las mujeres pretenciosas que desnudas. Tomaban el sol para dorarse. Ahora todo es sosegado, si vienes de otra zona lo que divisas a distancia es una embarcación atípica que ha soportado durante bastante tiempo la tentación de un mar, del que solo la separan unos cuatrocientos metros.

Cuando sales, retomas sin pensarlo la calle San Nicolás y llegas a contaminarte con el salitre, con el ruido de todo lo que es brusco y que en definitiva también te pertenece. Caminas bajo secuencias con las que a cada palmo se construye una imagen engañosa de la sobrevivencia. A tu pesar lo haces sin salirte de encuadre, más bien disciplinado, respetando el ángulo gravitatorio de la cabeza. Nada va a pasar mientras sigan menstruando dentro de sus ciclos, de manera organizada, como ha sido orientado.

58  
CÁNDIDA

Cándida cumplió la promesa; el mozo desde la carpeta me avisó de inmediato de su presencia, y le dije que la dejara pasar. Cuando entró en mi departamento sentí la confortable sensación de que no había venido a cobrarme un servicio, sino más bien atraída por una irresistible curiosidad. Esto facilitó un reencuentro espontáneo. Al recostar todo su cuerpo sobre el mío, experimenté familiaridad, nos fuimos entendiendo sin ningún tipo de esfuerzo. De pronto se me ocurrió bañarme, lo cual era un pretexto para estar desnudo sin parecer grosero, ella al principio hizo cierta resistencia, pero según fue contemplando las paredes sudadas del acrílico, sintió deseos de ir en mi búsqueda debajo del agua tibia que yo disfrutaba, inclusive sabiendo que alguien me esperaba.

Después de diez años no logro recordar la línea de jabón ni de champú que usaba en ese momento, pero el olor de ambos está intacto. Desde él recobro imágenes, el color beige de las losas mojadas como una crema y acrílico totalmente decidido a describir surcos tenues a lo largo de toda la memoria. En el roce yacen dos semillas ennegrecidas hacia sus cimas que me abrían una y otra vez grietas de placer por donde fugarme. Las cuencas de un carmelita intenso en su propio descuido eran fuentes de estímulo que me hacían saltar de júbilo por encima de cualquier retórica.

Primero fuimos hasta la cocina, donde le obsequié algunas fantasías usando productos de la Nestlé, después la llevé a la cama. Estábamos mojados por lo que en un breve tiempo el agua empezó a confundirse con el sudor de manera muy agradable.

Se trata de una noche lejana. Una de esas noches que por momentos parecen no estar registradas entre las que conforman mi vida. Con el transcurrir de los años he leído y he escuchado hablar, en repetidas ocasiones, del «primer impacto», ese acudir a una representación donde se supone que aprendas mucho sobre la fragilidad; también sobre todo aquello relacionado con lo súbito, aquello que en instantes vuelve trunco cada diseño, o aspiración. Asistes, y generalmente no estás preparado para hacerlo, y experimentas fuerzas inevitables que remueven y ponen en crisis todo lo que has pensado y decidido hasta ese justo momento.

Es una noche lejana, pero después de más de veinticinco años mantiene intacta la crueldad con la que no he dejado de identificarla. Eran tiempos en los que me sentía un verdadero héroe de los que ya había conocido en los libros de aventuras. No tenía entonces otra religión que no fuera el rock y, acompañado de las ceremonias lógicas que de tal entrega se derivaban, éramos cuerpos frescos batidos por esa ilusión indispensable de la libertad.

Nos reuníamos en la Rampa habanera, y entre la media noche y el amanecer trillábamos una y otra vez el tramo que separa Coppelia del Malecón. En realidad me siento satisfecho de haberme convertido en hombre a través de aquella etapa. Fue una especie de metamorfosis, en la que logré la transformación sin adquirir los diversos miedos propagados por unos inusuales mercaderes.

La noche en cuestión pertenecía al domingo. Ese día de la semana teníamos la costumbre de llegar más temprano a la zona, ya que en el propio parqueo de Coppelia se celebraban unas delirantes audiciones de música rock que concluían convirtiéndose en aparatosos performances en los cuales liberábamos una considerable cantidad de energía. En el preámbulo a cada evento de ese tipo nosotros, los protagonistas, nos mostrábamos agitados e inquietos, cruzábamos la calle constantemente en el intento de nuclear alrededor nuestro a la mayor cantidad de gente posible.

Éramos verdaderos rebaños de jovenzuelos que la emprendíamos contra la vía pública. Esa noche iba a ser la peor de todas las que recuerdo vinculadas a aquel sitio: como a la décima vez que cruzaba la calle, en las inmediaciones del paso me detuve. Un ómnibus había arrancado bruscamente, todos los que sintieron el peligro corrieron con desespero, provocando la caída de una niña, de unos ocho o nueve años,

delante de las gomas del vehículo. No hubiera querido para nada estar allí, sobre todo porque ya había asistido al momento en que las gomas de las carretas cargadas de caña suelen aplastar las toronjas regadas en la guardarraya. Nítido ha quedado en mis recuerdos el pantalón Wrangler, color mostaza, salpicado de sangre. El jugo de las toronjas acentúa el color de la tierra, es como si lo reafirmara por un tiempo, y después le dejara regresar a la normalidad; pero la sangre mancha el pavimento sin remedio, se impregna, termina siendo una grotesca disertación sobre la muerte.

Es la violencia que rodea las costumbres del Hombre, la del «primer impacto», la que se esconde bajo la constante simulación de lo apacible; siempre la reconozco como mi principal adversaria. Su expresión más dañina no es cuando proviene de los otros, sino cuando se incuba en ti hasta degradar en unos segundos todo lo que eres. En la fricción entre el «primer impacto» y la voluntad de continuar siempre mantengo la violencia a distancia, medida con el rabillo, como es de suponer bien hacia adentro, horadando, como si ese plano lateral del ojo fuera un garfio u otro objeto punzante.

Después de todo lo sucedido, el resto de la noche tuve la compañía del mítico Mayito Frankenstein. En aquella época yo sentía orgullo de su cercanía, por lo que constantemente lo procuraba para exhibirme con Mayito en las fiestas y en las esquinas más populosas del Vedado. Tengo que aceptar que mi relación con él siempre estuvo signada por el defecto de no conocer a su demiurgo. Muchos comentarios escuché alrededor de que este era un genetista autodidacta que había cursado tres años en la facultad de química de la Universidad de La Habana durante la década de los cincuenta, y que tenía un mísero apartamentico en las proximidades de la Esquina de Tejas, sitio que era también reconocido como la cuna de Frankenstein.

La existencia de Miriam complicaba aún más las cosas. Era hermana de Mayito y su rostro y su cuerpo eran muy semejantes a los de mi amigo. Alguien muy astuto pudo comprobar que era la mayor de los dos hermanos, por lo que las sospechas ganaron importantes evidencias.

No es para nada discutible que el salitre lo trastorna todo, ¿qué le habrá sucedido al pobre estudiante de química? Bruscamente enfermó de los nervios y tuvo que abandonar sus estudios. A Miriam no le gustaban los hombres, y a cambio era perseguida por las pepillas más robustas de la ciudad que también sentían un casi inexplicable orgullo de pasearse a su lado.

Este Frankenstein nuestro había logrado convertirse en un prestigioso técnico en refrigeración. Sus manos diestras lo mismo componían equipos provenientes

del bloque de la OTAN que aquellos que comulgaban con el Tratado de Varsovia. Los clientes, después de recuperarse del susto inicial, terminaban poniendo todas sus esperanzas en las habilidades de Mayito, el cual casi nunca los defraudaba. En las noches se sentía satisfecho de tener el dinero suficiente para invitar a comer y a beber a sus amigos más cercanos, entre los cuales casi siempre yo estaba incluido.

Lo terrible suele tener vínculo con no apreciar el valor de nuestra identidad. Sin descubrir la hazaña de haber vencido con el ejercicio de la propia vida al horror, decidió hacerse una cirugía estética. Muchos nos acogimos al luto por adelantado. Lo que sufriríamos los más allegados sería la pérdida de nuestro líder natural que ya imaginábamos como su rostro, que de alguna manera era el mejor símbolo para exteriorizar todas nuestras rebeldías, iba a deshacerse tras las impericias en algunas técnicas quirúrgicas.

Al él morir, no nos alegramos, Dios sabe que le indicamos una misa en una iglesia de la calle Infanta; pero sí sentimos la seguridad de preservar en cada uno de nosotros al héroe que siempre animó nuestras reiteradas guerrillas en las periferias de una vida que aspiraba a crecer con una higiene sospechosamente controlada.

Cadáver entre todos los otros que donaron algo de sí para que cobraras el auge definitivo de tu identidad, los gusanos te han de trillar los pómulos con extrañeza, advirtiéndote el relieve abrupto de lo modificado; a alguien se le podría ocurrir levantarte un monumento a tamaño natural, justamente allí, en la Esquina de Tejas.

Te hundes en la tierra, galvanizado para siempre, llevando hasta los minerales, el vaho que arrastraste de la ciudad, el polvo invicto de las calles trilladas. Cuando lleguen a vaciar los conos de tus ojos estarán derrocando los edificios agrietados del Cerro. Ahora tus huesos se deshacen definitivamente, el Cerro se vuelve una barriada subterránea, los nutrientes fluyen entre toda esa diversidad tan pintoresca, personas creativas que te conocieron te han llegado a ver agitando las manos entre las multitudes enardecidas del estadio, ve hasta lo más hondo, estás entre las marcas que arrastraríamos en un largo naufragio.

Hay momentos en los que siento añoranza por Dalia. Recobro el sonido del agua y de los leves gemidos de su voz, su piel también retorna; en ella las alargadas manos de Frankenstein, ahora falanges, secuelas para hacer más seductoras las raras pesquisas de alguien que se entregó al misterio de la ciudad durante años como a textos sagrados que no parecían terminar nunca.

Un aceite manaba de sus poros, la esencia de una excesiva docilidad que terminaba excitando. Era una lámina que podías doblar de modo despiadado sin temor a partirse. Ella es, sin dudas, uno de los sitios perdidos, derrumbados por el

denso transcurrir del tiempo, y por la levedad patológica de su ser chocando una y otra vez contra la destrucción que promueve lo desconocido.

Nada desaparece de modo radical entre nosotros, tenemos la triste vocación de implantar con sustancia de *attrezzo* aquello que debe quedar vacío por la muerte de células en la sustancia originaria. Así encontré a su hermana, un bálsamo adulterado que me fui untando en la piel, transcurrida ya la medianoche. Todo parecía haber sido copiado del original, excepto el aceite que trocaba en un sudor pegajoso, que se arrastra hasta los límites donde comienza a declararse el anfibio. De pronto se levantó desnuda, tomó un cubo plástico que estaba en un rincón del cuarto, flexionando ligeramente las piernas. Orinaba. La acaricié con un sentimiento muy cercano a la ternura, y a través del sonido del orine fui recuperando a Dalia nuevamente. Antes de vestirnos logré besarla con intensidad sin llegar a sentir ningún tipo de molestia por el asunto del implante.

Recuerdo con ejemplar nitidez, aquella tarde en la que una de las putas emblemáticas de La Habana post-revolucionaria me convidó a hacer el amor en la posada El Aseo. Se encontraba rodeada por reclutas a los cuales tenía alebrestados en el portal de una «piloto» de la calle Monte. Más o menos a media cuadra estaba la posada. La rubia, delgada pero fibrosa, me abrazó como si hubiera sido su novio de mucho tiempo. Llegamos a la puerta donde compré dos dobles de menta, y nos dieron la llave del cuarto que quedaba al fondo del pasillo en el segundo piso. Fui sorprendido de a cuajo por su destreza. Al penetrarla, acompañado por un simulacro de sirenas provenientes del cuartel de bomberos que quedaba al costado de las ventanas de nuestro cuarto, me empezó a voltear sin sacársela, haciéndome sentir ingenuo y satisfecho. Parecía una carne sobre la plancha ardiente mientras ella gozaba en total desprejuicio de mi vigorosa juventud y del verde provocativo de mis ojos que, con sus circunferencias amarillo quemado, intentaban heliocentrar la supuesta órbita del placer.

En una palabra, gozamos con la higiene radical de un proceso efímero que no arrastra ningún tipo de resaca relacionada con el afecto. Al salir, regresó al portar de la piloto donde aún la esperaban los reclutas con el ánimo de proseguir la extensa escena que, sin dudas, encontraba más puntos de contacto con el reino animal que con el de los humanos.

En los años siguientes regresé varias veces al sitio, embriagado por el olor de la humedad mezclada al de la ropa de cama color de la ceniza, que al ser tan mal lavada lograba atesorar otra diversidad de olores. Llegué a pasar noches enteras en aquellos cuartos donde casi siempre se presentan los espectadores clandestinos que, atrincherados del otro lado de la contienda, llegaban a gozar tanto como los propios protagonistas. Después oí comentar que el administrador de aquel albergue había adquirido un berbiquí en una ferretería de la calle Reina con el cual abría discretos agujeros que luego eran taponeados con una plastilina vietnamita, famosa por su indiscutible firmeza.

Entre todas las estancias en El Aseo recuerdo con especial emoción la que compartí con Elsa, una camagüeyana que se hizo famosa entre los rockeros del Vedado por la extraordinaria capacidad de su sexo. Alejandro «Cara de Jeva» afirmaba que le había introducido su puño cerrado en el club Saturno sin atreverse

a continuar la historia, porque seguramente lo asaltó el temor de ser tragado por tan extraña abertura.

Elsa no había venido sola para La Habana. En su exuberante pendejera negra trajo un ácaro que vio la luz de este mundo en una vaquería muy próxima al poblado de Guáimaro. Desde allí fue llevado de modo accidental por un obrero agrícola hasta el ómnibus Colmillo Blanco donde se encontraría con la propietaria de aquella vagina, soñada tantas veces por el señor Pedro Almodóvar.

De más está decir que cuando el ácaro que portaba la camagüeyana descubrió que estaba en un lugar que era nombrado El Aseo decidió abandonarla, ya que siempre había estado obsesionado por la idea de la pulcritud. En realidad Elsa era extremadamente limpia, y sus perfumes sobrepasaban los límites de lo agradable.

Las estaciones transitorias (primavera y otoño) contienen sus crueldades específicas; en realidad el imaginario de uno está diseñado para compartir la existencia entre el verano y el invierno. No siempre nos percatamos de este detalle, solo cuando alguna cuestión grave transgrede los límites de nuestra normalidad, entonces el viento de la Cuaresma quema bien adentro como si pretendiera cauterizar o cobrarnos un castigo pendiente. Pero las labores de sobrevivir a esos días crudos son parte del aprendizaje, labores que en fin de cuentas promueven el constante accionar de los músculos en pos de no decaer ante el rigor de un plan predeterminado.

Justamente en ese tiempo de cuaresma La Estrella parecía sentirse deprimida. En realidad lo que hizo puso en peligro para siempre su condición de estrella. La he notado más ancha, con riesgo de perder los contornos ¿Cómo pudo vomitarle a El Gorila los vínculos que tuvo hace un tiempo atrás con miembros de La Orión Cazador?

«Cuando era niña, apenas una masa de gas; del hidrógeno al helio te volviste adolescente; se ensancharon tus caderas de manera súbita, y ya estás ante el esplendor de la juventud, hasta que empieces a empequeñecer y te pongas densa y cálida. Estrella entonces te dirán Enana Blanca, e imaginas lo ridícula que te verás mezclada a la descomunal negrura del Gorila.

«Una Estrella con agenda, que cosa tan absurda, te salvas precariamente en el brillo que aún desprenden tus ojos cuando decides mirar olvidando la vigilancia, aquello que se acumula debidamente foliado, y que por lo general antecede al castigo. Recuerda que los astros nada tienen que ver con el fundamentalismo, se desenvuelven a través de procesos coherentes donde no tienen cabida desechos de un desastre, tales como El Gorila y todos los Nimiedad».

Fueron días en que me sentí perseguido por el fuego, oía decir que era uno de los inviernos más crudos que había soportado la ciudad. Básicamente trataba de moverme en su centro antiguo, pero confieso que es un tipo de consenso urbano que se empeña cada minuto en no tener centro. Así bregaba, dejándome arrastrar por el romance con Verónica. Me había llamado para una cita en la noche en el bar Palacios, sitio que frecuentaría con unas amistades. La historia que me contó sobre el lugar era tan intrigante que de inmediato quedé fascinado con la idea de compartir la noche de ese sábado en la energía que suponía el peso de lo que en otro tiempo había sucedido. Me recogieron apenas a una cuadra del jardín Botánico, el bar estaba cerca, y se imponía una temperatura que oscilaba entre menos uno y menos tres grados.

El matrimonio eran unos amigos de Verónica, gente muy agradable que enriquecieron la historia de la taberna en la que intentaríamos vencer la baja temperatura anunciada para toda la noche y la madrugada. El bar existía desde hace más de medio siglo atrás, pero en su primera etapa no se permitían mujeres, solo hombres. Un día un grupo de mujeres decidieron fundar un comité de lucha para conquistar el derecho de entrar en el establecimiento, pero los dueños y usuarios habituales poco caso hicieron al reclamo de las mujeres, al extremo que estas decidieron subir la parada. Un sábado en que el bar Palacios estaba extraordinariamente concurrido, la presidenta del grupo se dio fuego. Entrando encendida y dando gritos de espanto, corrió entre las mesas esparciendo las llamas y chamusqueando la ropa lujosa de algunos caballeros.

Ahora mientras levantaba la copa de coñac podía disfrutar lo paradójico del espectáculo, porque en ese momento habíamos allí unos pocos hombres, las mujeres habían invadido el espacio y su alegría desbordante parecía homenajear a aquella que muchos años antes había abierto las puertas para todas ellas, y quién sabe si algún día en un gesto de venganza rotunda lograrían expulsar a los hombres del lugar.

Me acosté prácticamente al amanecer, y pasado el mediodía, al sonar el teléfono, volví a sentir la voz de Verónica.

La madre de su novio, que aún estaba estudiando en Alemania, se había prendido fuego después de haberse enterado que el cáncer se esparcía por su cuerpo como un maldito río atestado de afluentes.

Fui entonces con ella a lo que desde afuera parecía una sosegada quinta rodeada de espléndidos árboles, cuyas ramas llegaban a proteger las paredes del sol intermitente de Curitiba. Pero al penetrar en el espacio que dejaban abierto las hojas de una puerta de madera gigante, nos conectamos con un pasillo a través del cual se empezaban a escuchar unos quejidos punzantes, el lenguaje radical de seres que viajan hacia una purificación irreversible a través de la antigua máxima de Heráclito donde se aceptaba el fuego como el glorioso padre de todas las cosas.

En la sala de quemados del Hospital San Vicente de esa ciudad, los vidrios daban acceso a escenas grotescas, fósiles marinos que en una desesperada trama aún conservaban la percepción y cierta movilidad. Doce horas después la suegra de Verónica había fallecido, justo en el momento que su hijo viajaba en un avión que debía aterrizar en el Aeropuerto internacional de São Paulo. Se nos venían encima algunos días de luto por lo que estaba convencido de que iba a extrañar a Verónica, sobre todo cuando me fuera a beber algún que otro submarino en la Taberna del Alemán.

Las noches siguientes no fueron buenas para mí, deambulaba hasta entrada la madrugada para ir dejando a través de todo ese trayecto la ansiedad acumulada durante el día. Cada ocasión, antes de dormir, sentía el precio de vivir durante un tiempo que se había hecho prolongado en habitaciones de hoteles tan impersonales que alcanzaban a desgarrarme.

Después de difíciles contiendas en que conseguía vencer el insomnio, venía una segunda parte donde se destapaban sin el menor pudor una colonia de lesiones acumuladas y hasta cultivadas por mi inconsciente: varias noches los quemados se incorporaron desde el inenarrable dolor que los cruzaba para invadir mi espacio. Si me quedaba quieto me venían encima; si les iba yo encima a ellos, retrocedían, pero con expresiones burlonas que se desencadenaban en risas, representando de modo inesperado al dolor. Cuando aparecía una pequeña laguna o un riachuelo entonces me tiraba al agua y nadaba con la esperanza de que sus estados precarios les imposibilitarían perseguirme; en el momento que experimentaba un cansancio notable me detenía, y era cuando acontecía lo insólito: los cuerpos deformados por el fuego emergían cortándome el paso y la respiración en escenas que parecían de efectos especiales, el agua les corría por aquellos márgenes que era lo que venía quedando de sus vidas anteriores.

Cuando el novio de Verónica regresó a Alemania, nos encontramos para asistir a un concierto del cantante nordestino Moraes Moreira. Era un teatro rústico, más bien pequeño, y esa noche se recordó mucho al poeta Paulo Leminski. Allí estaba parte de su familia, Alice, Áurea y Estrella; Moreira cantó algunas canciones cuyas letras habían sido compuestas por el poeta. A través del ritmo y la voz mañosa del músico empecé a tratar de entender mejor aquel nordeste a donde debía viajar lo más pronto posible.

## RAÍZA. LA NOVIA DE RAÍZA. YO

La sucesión de los relojes, de los cuerpos insertados a ellos, de las familias oscilando en la manía espléndida de un péndulo. Las dos niñas semidesnudas corriendo por los pasillos, por el patio detrás de los lagartos, trepando en los árboles con la ilusión de estar más cerca del cielo y de todo lo que a esa edad podría entenderse como divino. Raíza, la más intensa de las dos, tenía el cabello desordenado a los compases del ritmo de su curiosidad.

Las piezas diminutas, los engranajes, que saben descifrar inusitadas variaciones de las personas en el tiempo. De súbito han pasado los años, los destinos han movido las otras manecillas que suelen ser más crueles. Las niñas han crecido, con sus raíces han ido agrietando el piso; se han derrumbado las estructuras, los adultos se han vuelto viejos, algunos supieron recomenzar después del desastre, otros andan con un hemisferio paralizado.

La casa está vacía y Raíza entra con su amante. Le sudan las manos y el contorno de los labios. La muchacha trae la idea de morderle los senos hasta hacerla gritar, es una idea alimentada durante largos días, algo así como una boca con boceto o la turbia intensidad de una crecida. Han tomado todas las habitaciones, van de unas a otras dispersando en ellas las más espontáneas fantasías.

La amante de Raíza me ha vendado los ojos para poner sus pezones en mis manos, sus pezones deben de ser inventados. Lo que tengo son las aureolas, los golpes de su sangre contra una piel suave. Descubro mi lugar y retrocedo lo necesario para no quedar entre los protagonistas. La casa tiene excelentes vericuetos donde me instalo mientras el olor de las dos mujeres se vuelve un clima, condiciones a las que me debo adaptar en tiempos sucesivos.

He retornado a una misma zona de la costa después de transcurrir más de veinte años. Algo ha fortalecido mi percepción, a la vez que ha devastado el lugar. Los troncos secos golpeados por las olas ahora son otros, se desempeñan a pesar de las pérdidas y las metamorfosis. Vuelvo a recibir con afectos las diversas líneas que conforman el paisaje y la realidad... Se han ido Lázaro, Jorge, Félix; Dalia va a morir; Sandra hace muchos años está viviendo en Madrid. Pero todos los que vienen me dicen con arraigada sinceridad: «Tu sí que eres el mismo, estás igualito». Pero yo sé que eso no es cierto, quizás sea uno de los que más haya cambiado, solo que aprendí rápido el don de la resistencia y me parapeto detrás de una falsa normalidad.

Ahora, ante los troncos secos y quemados, vuelvo a parecerme al de antes. Mi hija corre entre las dunas que la arena y el viento de cuaresma han edificado sabiamente. Solo nos separan unas pocas horas de la resurrección. También está mi esposa, tratando de esquivar el sol. Me alejo un poco, renuncio por unos cortos minutos a las estructuras sin dejar los afectos, porque de estos ya sí no me puedo separar: son los únicos seres en los que empiezo a confiar definitivamente, criaturas amasadas por el propio ejercicio de vivir. Me he alejado un poco, entonces miro hacia detrás diviso dos puntos coloridos que se agitan en la arena...

Sé que he venido a pasar un tiempo en este texto, lo he escogido como país para mi exilio, he arrastrado hasta él todos los disfraces posibles, equipajes diversos, y muchos tejidos poblados de abundantes nudos de palabras. No podré quedarme el tiempo real de una vida, pero creo que llegaré a conseguir la posibilidad de ir permutando de una hacia otra mientras sea estrictamente necesario...

Las carnes expuestas: el primer recuerdo viene de las carnicerías en las que desde la más remota infancia gocé de los tejidos pigmentados en su rigor de un rojo mate. Los ganchos atravesaban la espesura de tanto símbolo en el que también había un espacio para las moscas. Cuando mi padre se empataba con los trozos de la res en un rincón de nuestra cocina, lograba disminuir apenas en unos apretados minutos el carácter bestial de aquellas superficies que exhibían descuidadamente algún otro coágulo. De ese modo se inscribieron los restos del sacrificio en lo que durante mi vida de adulto se fue identificando como «deseo».

Las carnes tienen o no músculos, tienen o no pelos, y han sido golpeadas, maceradas en el afán de que siempre signifiquen.

Así se desbordan como parte de los cuerpos, o simplemente se presentan calientes para que puedas nutrir el imaginario sin compasión ni límites.

Los cuerpos penetrados deben tener su música, su arraigo con un ambiente sonoro capaz de hacerlos significar, de convertirlos en portadores de múltiples matices que se refieren a la alegría y al dolor. Cuando lo externo los visita con el pretexto de los afectos, estos deben tener dispuestos sus contenidos, la rara química que los va haciendo diferentes.

¿Qué ritmo se le podría sacar al desierto, a la noche sobreviviendo sobre la arena caliente que bruscamente se va helando? El viejo Genet como una gallina u otro ser que escarba para guardar con recelo un puñado de huevos. Llevaba un tiempo rondando el sonido secreto de Palestina, permitiendo que cuerpos con el rigor de esa región entraran en él. No había perdido el don del encantamiento, su cabeza redonda como un sueño de Copérnico remataba la magra arquitectura que no dejó de producir las más delirantes fantasías; tejidos ligeros, frescos, con la suficiente transparencia para dejar filtrar todas las marcas de una existencia carcelaria.

Las venas del *top model* se abrían, semejando cuencas caudalosas, lugares profundos para repasar emociones de un pasado que, sin dudas, ya no tendría retorno. Qué rareza poder contemplar esos sitios de trasiego incesante de la sangre como una larga película donde se narra sin ningún miramiento la agitada historia de una época, y sobre todo de una expresión de la vida en la que raras veces sus protagonistas pueden elegir. De pronto, en esa pantalla literalmente líquida me venían encima imágenes de las carretas atestadas de condenados, ponía la pausa e intentaba leer los ojos de aquellos antihéroes anónimos que en breve se dispondrían

a morir...los marineros descargando el vigor reprimido durante meses en las empleadas y empleados de turno que, por lo general, dócilmente los complacían. Pero cuando alguien confundía el servicio con algún tipo de pasión específica, entonces se creaba el ambiente propicio para que la violencia de estos márgenes emergiera como una verdadera tormenta.

El escarbar de nuestro hombre nunca dejó huecos, pero sí míticos espacios a través de las reiteradas dunas que no dejaban de ofrecerse para la ardua tarea de la representación; lugares exactos para el depósito de las posturas de otros seres vivos y de las melodías que gustosamente escuchaba, mientras el amante de esa etapa ondulaba como una marea encima de casi todas sus intenciones.

La música de los cuerpos penetrados no puede estar fuera de nuestras biografías, ellas nos persiguen como si fueran remordimientos u otros animales que finalmente no atacan, se contentan con crear tensiones, con sitiar nuestras expectativas y probar nuestras capacidades de proseguir... En música casi siempre decide el grado de dificultad. Es en esa dificultad en la que trato de insertarme, de descifrar otras dimensiones de la percepción. Este tipo de música se vuelve por momentos una aguja, punza y, al hacerlo imprime en nuestra piel secretos de los otros que en algún momento habrá que descifrar. Existen músicas que se transfiguran en pájaro, fuego, resistencia, de lo que se consume para gloria y plenitud. Voces que me recuerdan la nuez moscada cuando el paladar se conjura con el pensamiento.

La Estrella del Norte participa y decide sobre estos intercambios desde donde los cuerpos se fortalecen y crecen. Esta en nada se parece a La Estrella ajada de nuestro relato, tan fuera de foco que da lástima. ¿A quién se le ocurre desertar de la armonía con la que fue agraciada desde su propio origen para embarrarse de ese lodo incurable que va a rodear hasta el instante de su muerte a El Gorila?

Cuando no estoy en el exilio, en ese insuperable país que ya les comenté, me rodean esa caterva de entes anacrónicos que en realidad tienen el tiempo algo pasado de incorporarse como piezas al museo que les corresponda según su clasificación... La Estrella del Norte es otra cosa, se enclava en los puntos más sensibles de los implicados, navega, contribuye reforzando aquellos arranques de atracción, convirtiéndolos en auténticos intervalos donde la vida logra superar su habitual monotonía.

Las pesadillas me han perseguido durante toda la noche. En ese forcejeo tenaz por molestarme han ido levantando múltiples tipos de impurezas, «que astutamente han querido filtrarse entre mis ideas». Casi al final, y temo que empobrecido por las descargas de lo onírico, apareció Boris Karloff. Comprendí que se trataba de una reclamación, pero no retrocedí, estaba pardo y de pronto comenzó a parecerse a un novelista amigo mío. Antes de que dijera una sola palabra me le adelanté tratando de hilvanar un discurso medio desaforado: «es un minúsculo engendro de la Esquina de Tejas, ¿quién podría interesarse en estos momentos por ese detalle? Sabe que no he tratado de perjudicarte en lo más mínimo; solo me he dejado llevar por el afecto, era indispensable volverlo a recibir, brindarle un poco de respiración, acuérdate de que me siento acorralado por esta situación de ver cómo desaparece la memoria».

Boris no llegó a decir ni una sola palabra, tampoco creo haberlo convencido. Para ser un actor terminó pareciéndome demasiado astuto y desconfiado; presentí que antes de tomar la drástica decisión de aparecerse había recopilado una amplia información que también atesoraba las virtudes de la profundidad y el detallismo.

Por mi parte, consulté algunos informantes de máxima credibilidad, algunos de ellos habían trabajado para los servicios secretos del gobierno, pero el resultado de las pesquisas, en todos los casos, dio negativo.

Nadie había relacionado a ese depurado actor con las huellas que en verdad son el pasado y podrían hablar sobre Mayito Frankenstein; pero estoy casi seguro que debió mandar a alguien bien insípido, supuestamente del sexo femenino a averiguar. Esa persona transitó por los sórdidos canales y esquinas de bares decadentes hablando con los individuos más ninguneados, en perfecto español. Allí asediada por el tufo del aguardiente barato, debió de nutrir su boceto sobre mi amigo.

Nunca conoceré exactamente el *modus operandi* que fue utilizado, pero por lo que vino después en mis pesadillas deduzco que llegaron a poseer casi toda la información en la cual estaban interesados:

«... la amante de Raíza y Miriam Frankenstein emprendieron un juego semisalvaje. Miriam mostraba un indiscutible poder sobre la muchacha, llegaba a humillarla. En el fondo no logro tener claro si eso me disgustaba o terminé sintiéndome complacido. La doblegaba de todas las maneras posibles, de la boca a los pies los movimientos de la muchacha iban dirigidos a complacer a la horrible

mujer que la estaba gozando de manera desmesurada, aún puedo recordar con total claridad los pómulos de La Franskenstein, exagerados como sendos instrumentos de percusión, con el brillo que va dejando la insistencia del sudor».

## CÁNDIDA Y CÁNDIDO

Cándida apareció en el centro nocturno que yo frecuentaba en las madrugadas de los lunes. Como las prostitutas descansan ese día, este local prácticamente había sido diseñado para ellas en las vísperas de su día de descanso. Después de la media noche, el sitio se iba congestionando hasta no dejar ni siquiera el mínimo espacio para moverse entre las demás personas. Aunque nunca llegué a presenciar una trifulca significativa, sí llegaba a sentirse una tensión que contenía la suma de todas las violencias individuales. Era como una conjura lograda con éxito en el momento que el espacio escaseaba. Por lo general el cuerpo que te quedara más cerca en esa situación era el que te iba a pertenecer, al menos por el tiempo que el sitio funcionara. Aunque en realidad no era estrictamente así, en algunas ocasiones existía la oportunidad de volver a cambiar de acompañantes hasta en más de una ocasión.

En esos meandros volví a retomar el rostro de Cándida; estaba sensiblemente cambiada, con el cabello bien corto, y más delgada aún. Con dificultad logré llegar; el sudor se le expandía como un tipo de alergia o guerra que sin mucha resistencia iba tomando su cuerpo. Así, empapada, obtuve nuevamente su boca. Conservaba el jugo de siempre, me catalizaba al compás de las lentas mordidas que la iba estampando entre un sólido murmullo que superaba a la música.

Cándido y Cándida pueden ser aglutinados dentro de una misma especie, sobre todo ahora que me guío por la última imagen que ella me dejó; es decir, el cabello bien corto y la piel sudada. Ambos desbordados de pasión, nutriéndose de la buena materia descompuesta.

Vi a Cándida retorcerse de placer en el ocaso de un domingo. Me lamía hasta la desesperación la dureza que le ofrecía para que ella la humedeciera hasta hacerla decaer. Sus músculos no se olvidan con facilidad, se abren paso decididamente entre los escabrosos obstáculos que va produciendo la memoria; su cuerpo en general se enredaba como un bejuco, tapiándose las fugas. Un poco así me la traje para La Habana, le permití brotar ante pocos elegidos que se estremecieron con su tren de pelea.

El Cándido no perdió la oportunidad de cautivarla, pretendía que terminara enredada con el cojo que la tenía grande. Y como era su vecino más cercano, podría

gozar de extraordinarios espectáculos nocturnos amenizados por las exclamaciones de su tocaya.

Unos días después de que un carro pasara a recoger a El Gorila para efectuar una enigmática salida, logramos enterarnos del destino de ese ente tribal. Lo habían convocado al «Ejercicio Cauto», con el objetivo de estar preparados para saber efectuar la distribución del agua en tiempos de guerra. Ese es un tiempo al que todos en esta isla nos hemos acostumbrado. Nos persigue como un perro de raza, sin llegarnos a morder nunca; pero eso sí, ese tiempo más tragicómico que brutal no ha dejado de pulsar y hasta decidir todas las etapas de nuestras vidas, desde que apenas empezamos a ser conscientes. Se comenta que El Gorila dio sugerencias brillantes para que el agua se convirtiera en un bálsamo en los duros días de la guerra, dureza que ya habíamos experimentado cuando la guerra sin guerra entraba desmedidamente en nuestra intimidad y en la de nuestros allegados poniéndolo todo definitivamente precario.

El Cauto honraba aquella representación donde El Gorila se apoyaba en su bastón de madera para levantarse una y otra vez. Sin irrigar una cara cortada como lo hacía el Danubio, este río nuestro tiene una buena dosis de historia, en la que la violencia y la muerte se vuelven definitivamente redentoras. Valiéndose de esa seducción de las aguas El Gorila intentó ser simpático, pero su risa guardaba más semejanza con el traqueteo de una máquina vieja que con una genuina expresión de alegría.

Dos ríos que se bifurcan como dos destinos, dos ademanes, gestos, formas de neutralizar la descreencia y la fatiga, gradaciones de la memoria en la que esta alcanza una nutrición óptima. El Cauto no será ridiculizado, nada puede contra su don heracliteano, contra su arremeter dialéctico, que no cree en la triste historia de la retórica, ni en su ridícula colita mordisqueada tantas veces por su propio dueño.

El conflicto de la mente, de la vida oculta que ella encierra, de su propia fricción con la realidad en la que también te ha tocado representar a un personaje. Porque de pronto tienes una prueba donde el libreto ha sido impreso con una tinta barata, ha llegado el agua a sus contornos, y la distorsión que han adquirido las palabras casi no permite leerlas.

Yo no simpatizo con la caca, al modo que ya lo hicieron Sade, Bataille y Jang Sun Woo. Este último llegó a imaginarla como si fuera su propio miembro, cuando penetraba en el «tercer agujero». He tenido que caminar tantas veces sobre la caca de los murciélagos, resbalar casi hasta caerme, que no logro contener ningún tipo de excremento real en la maña expansiva de la metáfora. Pero Ácaro Rojo ha venido a contarme muchas veces su desvelo por la caca. En años más distantes me detallaba anécdotas de cuando laboraba en las míticas posadas del centro de la ciudad. Ha llegado a confesarme que hasta pudo disfrutar de delirantes fantasías donde las parejas terminaban utilizando como plato fuerte la caca.

Así, con suficiente sedimento, mi amigo cultivó la vocación secreta de fantasear con la ya tan llamativa aleación que se erigía sobre toda una solidez orgánica que terminaba haciéndola infranqueable. Por aquellos tiempos se fijó en él una muchacha limpia y honrada que atravesaba el drama de ver trunco su más anhelado futuro profesional y hundido su indiscutible talento de pianista.

Comenzó una relación medianamente seria con ella, pero en breve tiempo se percató de que la joven no lo entusiasmaba lo suficiente. Un mediodía ella lo visitó insinuándole que precisaba de su sexo para no fallecer de tedio. Ácaro Rojo decidió probar suerte con el llamado «tercer agujero»; al sentir el erizamiento súbito, pensó que todo podría resultar, y fue más hondo entre una notable variación de temperaturas. Ella jadeaba y daba gritos en el momento que el Ácaro sospechó que su miembro chocaba irremediabilmente con lo que podría interpretarse como el «ensueño». Fue más hondo aún, garantizando la agudeza de los gritos y el vínculo entre las dos porciones duras que hacían contradictorio al cuerpo ante tanto fragor.

La alimaña se sentía rebozada de poder al contemplar tanto gozo provocado por él. De momento se quedó quieto con la intención de prolongarle por más tiempo las sensaciones a la muchacha. Después empezó a retroceder y percibió que la

otra porción dura avanzaba hacia él. Salió definitivamente, ella también lo hizo mostrando una nueva naturaleza para la total sorpresa del ácaro.

La amante de Raíza ya empieza a desencantarse de ella, busca a otra muchacha de su propia edad, que sea trigueña y bien delgada. Eso dice ella, pero no creo que sea exactamente lo que le está sucediendo. El tedio que proyecta Raíza no proviene de su cuerpo, es atomizado por los fatales límites de su mente que no van más allá de la pobre estructura de una elección. En cambio, su amante se concentra en la mente, allí está todo el interés que ella pueda despertar.

Volátil y voraz, sin perder una opción para nutrirse, sin perder un detalle, una característica, transgrediendo cualquier hábito o concepto, navega con el objetivo de penetrar en los secretos de la carne. Se han seguido encontrando en la casa abandonada por el resto de la familia; se vuelven a despojar de las ropas y van mordiendo por los pasillos hasta llegar a la cama. Hay mucho viento, otra vez del sur, y la joven siente que vuelve sobre un libreto demasiado trillado. Se levanta, la toma por la mano y van hasta la cocina. Allí ella se siente mejor, hay olor a sofrito y detergente, hay moscas y hormigas; salta para encima de la meseta, abre las piernas y cierra los ojos, así espera que transcurra veloz el tiempo del encuentro.

Allí es el lugar desde donde siempre piensa que pudiera rescatar todos los fragmentos de su percepción en un solo espacio, mezclarlos entre sí, las bocas, es decir, los dedos y las bocas, con sus texturas antagónicas produciéndote placer. Pero el dedo más osado punza ahora como una aguja obsesada por la productividad, el dedo que te vira al revés, que derroca los límites y sigue avanzando cínico a través del «tercer agujero».

Sabe que su modo pasivo la excita, y va multiplicándolo con una maldad indescriptible, Raíza muerde con más intensidad a tal extremo que sacas la lengua como una bandera y la dejas ondear para acabar de subyugarla. En ese momento se frustra; quisiera tener semen para empaparla y que no siga viril ante la total insistencia del viento.

## EL DERRUMBE DEL TÍO ALBERTO. MI MADRE

Cuando camino por la ciudad vuelvo al espacio que ocupó el tío Alberto, no tengo cómo ignorarlo. Allí crece de cierta manera el reverso de lo que fue nuestra vida pasada, las otras pulsiones de mi familia, las que necesitaban un escenario más complejo que el espléndido espacio de la finca El Palmar. Crece la hierba, el olor al orine nocturno, crecen las ratas hasta que estallan por los indicios de la vejez.

Se desprenden las vigas azotadas por el óxido, las paredes desnudas se enchumban de un jugo que pigmenta con ansiedad a los ladrillos ahuecados. Meto mi nariz hasta el tope, busco el olor del pollo que debo llevar a mi madre, lo enlato gracias a una dosis de fantasía a la que acudo con timidez, y no me arrepiento.

Los ojos añil de mi tío se hunden en la tierra, los enrollan las lombrices, que también enrollan a mi madre y cubren casi toda la memoria de humedad. Vamos camino de Boyeros, del pájaro que ayudó a mi mano indecisa en el trance de la Cueva de Aguirre. Siento el vapor del pollo adulterar los tejidos de mis piernas, a través de ese recorrido, de ese círculo que el pájaro traza detalladamente para mí.

Había dos actividades a partir de las cuales mi madre dejaba ver con claridad los rasgos de su enfermedad mental e involutiva: cuando escogía el arroz, y al zurcir las medias en un bombillo fundido. Siempre me resultó fascinante que los objetos, después de la vida útil para los que fueron diseñados, pudieran alcanzar otra utilidad. Confieso que por esa época llegué a sentir más simpatías por aquella bombilla que por las otras que comúnmente alumbraban las habitaciones.

El Magister fue el primero en valorar seriamente los gestos de mi madre en tales circunstancias; un día vino con toda aquella cosa medio post-estructuralista que ubicaba su deterioro en relación con la tierra...: «es algo tan agrícola que se diluye entre las cosas del subsuelo; y cuando aflora llega a recordar, con la sorprendente amnesia de sus manos, al más desmedido show que los insectos suelen sostener en pleno despliegue de la depredación. Engarrotan los dedos, parecen articulados por delicadas bisagras de metal que le van permitiendo movimientos muy limitados. La mirada queda fija ante el arroz que parece dispersarse en los confines de la pureza».

Cuando la media lograba cubrir la superficie de la bombilla rota y ella comenzaba a procurar el agujero en cuestión, yo experimentaba una forma inusual de aprendizaje a través de la imagen, cuestión que me sería útil en otras ocasiones y, tal vez, haya intervenido en mi modo futuro de lidiar con el lenguaje.

Muchas veces me despierto y busco las manos de mi madre, más bien garras a punto de quebrarse afianzadas sobre un planeta que termina siendo útil para esa cuestión cotidiana que se resume en reparar superficies agujereadas.

Es un viernes próximo a otro día de las madres. Raíza está inquieta, casi rayando en el desespero, mientras espera a su joven amante que definitivamente no va a llegar. El Jíbaro la intercepta, y ella le pide que la bese. Pero aquí la mente se ha fermentado hasta las más diversas expresiones del delirio, simplemente no hay trampas para ella, porque la fermentación produce inmunidad. Ahora, ni en el momento que las espinas se despliegan cruelmente por debajo de la maleza, estas lograrán detenerla.

Le dice que no la va a besar, lo que quiere es que se toque. En ese aspecto no ha cambiado nada, desea seguir en ese extraño vampirismo que se limita a las fuerzas que para succionar emplean humildemente los ya familiares conos de los ojos.

Raíza ya no tiene fe, pero sigue esperando mientras ella comienza a tocarse con fingida timidez. El Jíbaro reconoce la semejanza natural que los une, la dolorosa libertad de su mente. Las cicatrices de El Jíbaro fueron desapareciendo tras el accionar de sus propias transgresiones; ahora ve como la mano de la muchacha se embarra una vez más, se la pide, y al olérsela se sienten como novios. Raíza sigue esperando...

Ella se toca ahora con desmesura, mientras levanta las piernas y las va abriendo en un alarde de elasticidad. Él revuelca su memoria, la hace viajar entre la tierra rojiza a una velocidad indiscriminada. Qué rara es esa acumulación hecha con sustancias venidas a mano que oscilan en la disparidad que va explayándose entre el detritus de un conejo y el de un erizo.

Embadurnado de polvo se sitúa entre tanta mata de papaya, y espiando vuelve a buscar los troncos donde alguna vez su miembro, aún incompetente, entró intentando introducirlo en el fascinante mundo del placer. Pero no estaba calculada la resina o discreta leche que corre a partir de las lesiones del tronco, no se presentía la crueldad y el precio de su extensión en el cuerpo de los hombres.

Pero esa resina persevera hasta después de la muerte, y lo que ahora se oye son unos fonemas de gozo que la mano «después del alba» arranca a esa naturaleza dispuesta a no ponerse rienda en nombre de un supuesto aprendizaje. Lo que quisiera ver no existe, es tal vez mi imaginario: «El cuerpo cobrizo de El Jíbaro, con el encanto de los músculos ya envejecidos pero duros, poblando toda la rara ansiedad de la joven, goteando, o casi a chorros dejando vaciar en la caverna no erosionada donde apenas se han podido advertir los más mínimos accidentes del relieve que puede conducir a un delirio».

He vuelto bajo el persistente ardor de esta historia a imágenes irrenunciables de El Sacrificio, asistiendo como por primera vez a la desaparición temporal del color, también a esa restauración espontánea donde los seres parecen recobrar de manera súbita sus esperanzas. Voy a filtrar escenas de mi pequeña anécdota en esta pradera religiosa, porque se aprende en el descuartice de nuestro propio orgullo. Los veo en una actividad depravada, hundiéndose en los vórtices de sus deseos, depredándose de modo simultáneo hasta llegar a tocar ligeramente lo que para ellos sigue constituyendo el don de la perversidad.

El Jíbaro lo dice todo en inglés, parece un modo triste de seguir protestando, de insertarse en la espléndida foto en blanco y negro que le acabo de revelar, y en la que también está la amante de Raíza. De momento me parecen dos desconocidos, y por eso me doy cuenta del infinito encanto que la imagen va almacenando: él se queda quieto pero la ha penetrado hasta lo más hondo, ella también está quieta, aunque en algunos momentos, de manera fugaz, se contorsiona. Es una contorción que incide directamente en los ojos, se los vira al revés, y dan ganas de que la escena se pueble de color. Pero allí el blanco y negro no tiene vuelta atrás.

No pierdo de vista al más tóxico de los Nimiedad, en estos días he notado que está usando la gorra invertida, sin importarle las incomodidades que pueda ocasionarle al caballito de mar que hasta hace poco vivía en la cobertura de su frente. Ahora el engendro marino ha pasado a ser su sombra cascabelera que, finalmente, no armoniza con la degradada psiquis de este apéndice de El Gorila. Algunos de los de su especie se han inventado un tipo de juego muy sospechoso, más bien una forma de reunirse después de las tediosas jornadas que consagran a la persecución.

Ya amontonados en la vieja casa se realiza un sorteo. Ser elegido no es en esta oportunidad un premio, y mucho menos un ejercicio de la virtud: es exactamente una expresión de castigo, que a la vez otorga una condición a tan entreverado divertimento. En la propia gorra del Nimiedad se depositan los pequeños papeles, en los que están grabados los nombres de los presentes. El elegido tiene que contar un pasaje terrible donde haya dañado a una o más personas, de modo que este daño hubiera alcanzado una repercusión catastrófica para el destino de esos seres.

En cada sesión de juego suelen escucharse alrededor de cinco narraciones. El que realice la narración menos cruel será evidentemente el perdedor. Entonces lo harán pasar por lo que gente de esa calaña, consideran la más humillante prueba; es decir,

deberá vestirse y comportarse como si fuera una mujer, durante todo el tiempo en que el resto de los jugadores van a beber del mejor aguardiente.

Nada, que ser cruel e incondicional dentro del círculo que habitualmente rodea a El Gorila es una condición imprescindible. Como las raras paredes de un cilindro a través del cual se hace la transferencia de grado; claro, cuando la crueldad y «el sentido del deber» merman, se implementa el mecanismo de la degradación donde casi siempre el afectado empieza a ser tratado como un enemigo más ante los ojos de los otros miembros. Estos seres tampoco se excluyen del principio de la fatalidad. En uno de esos trances en los que el juego atravesaba por un momento-clímax, apareció El Nimiedad que antiguamente se había dedicado a amaestrar perros. Alguien predijo desde su tablero de Ifá que dos de esa familia no debían de llegar a comulgar en un mismo espacio, eso dañaría de modo irreparable el eje de la armonía, provocando consecuencias incalculables

En esta oportunidad el individuo entró en el apogeo de su aplatanamiento, reclamando por su exclusión de aquella contienda lúdica que ya conservaba para su memoria la celebración de varias jornadas.

Se guarnecía en un cinismo decadente que seguramente no hubiera hecho diana en mentes lúcidas y dinámicas que habrían tragado de una sola contracción la súbita andanada de torpezas que fluían como líquidos segregados por seres que se arrastran con dolencias crónicas. Pero los mecanismos de deducción de los presentes estaban totalmente obstruidos, por lo cual no tuvieron el tino de rechazar semejante provocación.

Ese Nimiedad Tembladera se desató a sus anchas y, como el ojo de un huracán, desorganizó todo lo que había sido establecido con rigor en la vieja casa donde desde algún tiempo pernotaba El Gorila. Se sacó el miembro en un gesto de ira, y este casi terminó golpeando la cara del jefe. El deseo de todos fue sacarlo a patadas para el medio de la calle ya que estaba poniendo en peligro de algún modo la estabilidad ideológica del clan. Sin embargo había un detalle que El Gorila por su astucia entrenada no perdió de vista ni un solo momento: la guarandinga de carne y hueso poseía información valiosa. Entonces pidió a su hermana un recipiente con agua helada, y en pleno exorcismo lanzó el líquido bruscamente sobre El Nimiedad. En realidad parecía que le habían puesto una pausa por la quietud que mostró durante unos largos segundos. Después se recogió el miembro con cierto despliegue de elegancia y se marchó como si nada grave hubiera ocurrido.

## EL JÍBARO. LA PRIMA NÉLIDA

El Jíbaro reapareció nuevamente, pensé que venía a contarme de sus encuentros con la amante de Raíza, de lo que había exprimido de su boca. Le vi dos regiones violetas debajo de los ojos y las asumí como marcas provocadas por el desenfreno de la muchacha. Sus pupilas esta vez quedaban bajo el signo de una extraña rotación. De súbito, me di cuenta que era yo el que quería escuchar historias bien alejadas de lo que en realidad él se proponía confesar. Algo relacionado con el afecto, con el deseo de lo inmediato, contaminaba mi lucidez imposibilitándome apreciar la verdadera connotación que podría llegar a alcanzar el relato que me tenía preparado.

Al respecto, solo hizo comentarios foráneos a los cuerpos implicados, algo así como que la relojería era un asunto de los judíos, que desde sus hondos y crueles rituales podrían llegar a la lamentable eficacia de la exactitud. Claro, si este arte fuera utilizado para acaparar el desorden desatado por las pasiones, entonces sus más aventajados practicantes dispondrían de poderosos secretos para regir las vidas ajenas.

El Jíbaro pensó que era el momento de hablarme de su prima Nélide, la niña que corría movida por extrañas fuerzas, desafiando la dureza de las colinas y la libertad de los animales. Siendo dos años menor que él, pudo espiar cómo sus piernas diminutas se iban transformando en sólidas expresiones a través de las cuales la carne se volvió llamativa en la medida que el tiempo transcurría casi con la intención expresa de consagrar en aquel ser a la desenfrenada ruleta de consumir o tragar el deseo ajeno a la vez que proliferaba el suyo propio. Ya con diez años, la prima ganaba la atención de todos los muchachones mayores que ella. La naturaleza la había dotado de una manera muy provocadora de abrir las piernas a la hora de caminar, describiendo tales arcos que sugerían una ruta segura a lo que sería la gruta más estelar de toda aquella región.

Aún era una niña cuando se escapaba para bañarse desnuda en un riachuelo que quedaba próximo a la casa de todos. Fue allí que El Jíbaro empezó a fabricar una elaborada fantasía que, a pesar de su aparente complejidad, conservaba la inocencia. En esa región se vivía el máximo esplendor de la fantasía, aunque prácticamente nadie llegaba a darse cuenta de ello. Solo él, El Jíbaro, había sido elegido para hacerle justicia a ese confín del mundo que también tenía derecho a inscribirse en un compendio sobre la innata sabiduría de los cuerpos. Sin dudas, tenía derechos

sobrados de ser el primero en penetrar a Nélide, pero su mente iba mucho más allá. Se encaprichó en que otros lo hicieran, claro, más de uno, para no correr el peligro de perderla.

A pesar de su delgadez, Nélide se iba inclinando a ser una mujer de pasmosa solidez. Así el rastro entre el suelo y su gruta se propagaba: una señal rojiza que en segundos podría apoderarse de toda la línea del horizonte. Apenas tenía catorce años pero allí los humanos parecían contagiarse con el ardor de las bestias, y la joven era un caso verdaderamente extremo en estas cuestiones. Desde más niña se había deslumbrado con la dureza del jabón, el cual llegó a usar de manera mórbida a pesar de las incomodidades que posteriormente le ocasionaba.

Todo estaba manipulado por El Jíbaro, que alternaba sus conversaciones nocturnas entre Nélide y otros tres primos varones, quienes a pesar de la abundancia de deseo no hubieran llegado por sí solos a la presa. Le fue llenando la cabeza de posibilidades, la fue haciendo hembra desde su abigarrada percepción, calentándola, como diría cualquiera, hasta llegar al tiempo de la sublimación y el desgarramiento.

Nélide salió camino al riachuelo. Al entrar en el agua parecía haber derrocado todos los obstáculos. Una fuerza que no dependía de su racionalidad le abrió las piernas aún más de lo que naturalmente las tenía. Entonces el agua, la corriente cristalina, le acarició los bordes del sexo. Los pliegues de la periferia sintieron una lámina flexible pero devastadora que le arrancaba los secretos conservados para sí misma; sintió chisporrotear la piel, la ansiedad la enloquecería.

Los tres primos quedaron guarecidos por una mata de pomarrosa que se enorgullecía de haber sido rematada a la manera del barroco por ingeniosos bejucos, concediéndole limitados círculos desde donde aún se contemplaba la plenitud de la criatura en el despliegue; de pronto se sintieron tan cerca que algo los convidó a desnudarse, experimentaron el alivio del contacto con las hojas y un enigmático olor a *mato* que comenzaba a endurecerles sus todavía incipientes trofeos.

Cuando la ya crecida ansiedad de ser poseída, y la curiosidad de hacerlo coincidieron en el tiempo, los tres primos comenzaron a mordisquear a Nélide a la usanza de singulares peces de ficción. Ellos nada iban a tener que ver con la consagración de su placer. Tres objetos, uno de ellos punzante, para que el débil hilillo de sangre transgrediera la sospechosa pureza del arroyo. El momento fue uno solo cuando sus nalgas tan perfectas como dos cotiledones se levantaron por encima del agua para quedar entregadas a la mirada oportuna de El Jíbaro que ya se acercaba al riachuelo.

Los primos se encargaron de hacer el trabajo bruto. Aquello que en la sexualidad

femenina podría reconocerse como el instante del temor, después de este primer rito la mujer adquiere un raro poder vinculado a la voluptuosidad. El Jíbaro, más por intuición que por todo lo demás, estaba consciente de eso, dedicándose a construirle un espacio real a lo que en Nélide comenzaba a gestarse como una brutal necesidad.

El primer encuentro fue en un bohío cercano a la casa de los abuelos donde se guardaba el maíz y donde los ratones disponían planificada y divertidamente de su alimentación. El Jíbaro tomó la manta que usualmente las mujeres de la familia utilizaban para montar a caballo y la tendió en el espacio cedido por el maíz destinado a alimentar a las gallinas y a los puercos.

A ella el primo le había contado que justamente al centro de la semana (el miércoles, a la hora de la siesta), en la casa donde se almacenaban las mazorcas y las ratas, se podían escuchar músicas, voces y otros ruidos que parecían proceder de un mundo desconocido.

Lo que El Jíbaro no entendió totalmente, al menos hasta el fin de la consumación, fue el modo extraordinario en que Nélide fingió creer aquellas historias contadas por él. Ella llegó primero y ya estaba desnuda. Reiteró el fingimiento diciéndole que imaginó en un sueño la desnudez exacta con la que podría disfrutar a total plenitud todas aquellas cosas sobrenaturales que le habían sido prometidas...

Y en efecto, El Jíbaro apenas pronunció palabra alguna mientras caía sobre aquella antigua tentación que pasaba a ser el presente. Para su asombro, no comenzó a sentir la añorada seguridad de *mayorear* el evento. Más bien se sentía comprimido por una sensación opuesta. Justo al penetrarla iniciaba el recorrido por una tembladera, cierto ahogo, escalofríos que le nacían de varias regiones del cuerpo y que terminaría por transferírseles a ella.

Así contaminaron muchos mediodías, siestas consumidas como objetos sagrados, un verdadero éxtasis reiterado que los ratones ingenuos cruzaban sin preocupación. Al parecer nadie de la familia notó nada, excepto el abuelo que en más de una oportunidad se sintió intrigado por el evidente desorden de las mazorcas.

Parecía ser el comienzo de un proceso al que El Jíbaro se entregaría con el afán de llegar a ser poderoso como ella, de poseer un arma duradera, y no aquella efímera que la naturaleza le había otorgado. Pero descubrió, en un arranque de lucidez, que no era tan importante la naturaleza concedida como la capacidad de invertirla para poder elegir el papel anhelado en la representación.

Nélide fue acrecentando de modo precipitado sus fantasías, tenía a la comarca virada al revés. Sus olores reales o inventados por los hombres y hasta por algunas mujeres, comenzaron a propagarse como un perfume. Expuso su sexo a algunas

variaciones que terminaron resultando escandalosas pero a la vez seductoras. Cuando descubrió que los humanos ya no lograban calmar su sed, empezó a fijarse en algunos animales que, sin duda, podían considerarse como parte de la familia.

El elegido resultó ser el caballo Gallardo, al que el abuelo cuidaba tal si fuera uno de sus hijos. Gallardo apenas había dejado atrás su condición de potro, por lo que el vigor lo acompañaba; esto enternecía a Nérida promoviéndole unos extraños deseos que terminarían por ser irrevocables. Se sentaba en una de aquellas sólidas piedras enclavadas en cualquier montículo del potrero y desde ella se dejaba cercar por el alboroto inconsciente de la bestia, de cuyos beneficios apenas dos o tres yeguas habían en ciertos momentos gozado. En una de aquellas ocasiones la prima del Jíbaro estuvo presente, dejándose arrastrar por el placer de la contemplación hasta sentir el vapor que de los animales emanaba.

Un mediodía lo encontró amarrado y, valiéndose de la sogá, lo llevó hasta una región más espesa de la vegetación que los muchachos de la finca conocían como Las Cacimbas. Lo amarró de un arbusto. Estaba hirviendo, y ligera comenzó a frotarse contra el miembro gigantesco de Gallardo. Se lo besaba, lo desplazaba entre sus labios como si estuviera arrancando música de un instrumento. En un arranque se lo introdujo en la boca subsionándose con vehemencia. Quiso entonces, utilizando un tronco seco, llevárselo hasta al sexo. Al empujarlo ligeramente se hundió en ella de modo sorpresivo, instante en el que ella perdió la percepción de donde estaba.

Cuando desperté aún era de madrugada, la primera intención al abrir los ojos fue: ir a ver a Cándido para compartir esta última y espeluznante revelación de El Jíbaro en torno a Nérida. Así lo hice pero antes recogí a la novia de Raíza que me esperaba en una esquina de la ciudad, de espaldas a un gigantesco derrumbe. Ya este encuentro estaba marcado, no le dije ni siquiera a dónde íbamos.

Agotando con evidente ansiedad la plaza que nos separaba de la Loma del Ángel, nos dejamos caer a través de la colina bendecida por su historia. Al doblar una calle próxima, llegamos a las ruinas aún habitadas. Venciendo el temor de transitar por los efímeros escalones, evitando caer hacia una dimensión más desagradable, logramos golpear en la deteriorada puerta. Escuchamos una voz medio troquelada por el sueño, y un tiempo después apareció Cándido portando un novedoso calzoncillo que perturbó de súbito a la novia de Raíza.

Entramos. Pasando directo al cuarto para sentarnos en su cama, donde las sábanas estrujadas delataban la expresión arremolinada de su descanso. Dispuse un monólogo autoritario a partir del cual le iba contando, en detalles, el relato que El Jíbaro me había regalado sobre Nérida. Cándido atrajo la boca de ella con rareza,

y con los dedos entrelazados empezó a tornar intenso el rozado pálido de sus labios. Le desconcertó encontrarse con una docilidad tan exagerada. Entonces la amante de Raíza levantó su saya a cuadros. Yo no dejé de hablar ni un solo instante, pero me intercalé junto a Cándido en una larga y profunda sesión de caricias. Todo fue emprendiendo otra velocidad, por lo que las caricias ya no eran tales. Las manos de ambos se volvieron subversivas, al igual que la boca de ella que había logrado, esta vez con desenfado, romper la barrera del novedoso calzoncillo. La historia de Nérida, contada por mí, tenía un diseño sonoro muy apropiado. De pronto ella escupió sobre sus propias tetas el trofeo sustraído con ingenua habilidad a Cándido; los tres nos concentramos en aquella mezcla que servía para frotarle los pezones, y para comenzar a producirle mucha ansiedad por la penetración o las penetraciones. Yo traía la ventaja de aquellas escenas fabulosas donde Raíza la lograba humillar por momentos...

...no hay nada más caliente que ese orine que antecede a un desenlace erótico, más aún cuando corre por el sexo de la otra persona que ha sido sorprendida y posteriormente atrapada; es una fuerza que siento poseer cada vez que quiero arrancar para mi memoria un momento de sus nalgas espléndidas, erizadas y suaves. Voy allí, más abajo, donde el primero y el segundo agujero vuelven todo más tenso. Hago ligeras incursiones para cuquear a Cándido que finalmente la carga en peso, la lleva para la meseta de cocina, golpea el segundo agujero con abundante saliva, y la penetra. En ese momento estoy frente a sus ojos viendo como le gira el carmelita avellanado dentro de las órbitas que se vuelven precarias; le vuelvo a gozar la boca de distintas maneras, y los sonidos de primera mano me entran a través de los dos hemisferios.

Hemos ido a parar a una extensa azotea, ya no está Cándido; tenemos la maqueta surcada por las aguas transitorias de la bahía. Ella hace las habituales resistencias que cada cierto tiempo corresponden a estas pasiones circulares. Hay un modo de destrabar, una forma semántica que se vincula con el sonido de la palabra «último».

## LA COCHINILLA Y EL HELADO

He confirmado que son tiempos de fertilidad: La Cochinilla está embarazada, ha pasado por frente de mi casa, acompañada de El Helado, frotándose la nariz con un trapito blanco y poniendo cara de víctima. Llevo noches imaginando la cópula, el momento en que El Helado se derritió definitivamente entre las enormes tetas que, dentro de unos meses, también tendrán leche, para hacerlas de una voluptuosidad irreversible.

El Helado ha ido a comprar el pan, en verdad una cantidad de pan enorme, y mientras los va echando en una bolsa de nylon contemplo los impúdicos barbechos de pelos que porta debajo de sus brazos. Su aparente pulcritud se hace dudosa. En realidad, ¿quién habrá mandado a tallar esta joyita afectiva justa para cubrir las carencias de La Cochinilla? Puede aparentar un ser normal a pesar de su poca estatura y de su bajo peso, con una biografía como la de cualquier otra persona, pero no lo es. Tiene una historia bien complicada, que se enlaza a través de eslabones frágiles, que de quebrarse la hubieran dejado trunca...

Había un eclipse, la luz se multiplicó en toda la bóveda celeste sin dejar ni siquiera un resquicio mínimo para la reminiscencia de la sombra. Se escucharon tres lamentos, el tercero más prolongado y con tal desgarramiento que terminaba por confundirse con un rugido. Después apareció el fenómeno, unas semanas antes de lo esperado, nada más semejante a un nabo o simplemente a la delgada lámina de un chayote. Cosas extraordinarias le han pasado a este individuo: Quedó olvidado en cierta ocasión en el cine La Palma a donde lo entraron clandestinamente ya que su madre mantenía un romance con uno de los principales promotores de la campaña contra el *aedes aegypti* llevada a cabo en toda ciudad. La acomodadora, zamba con espejuelos fondo de botella, se llevó el susto de su vida al ver aquella cosa diminuta que lloraba descompasadamente entre las desmantelas butacas de las primeras filas.

Los ácaros, que casi siempre prefieren como hospederos a los animales que a los humanos, esta vez decidieron alojarse en el tubo digestivo de El Helado. Cuando optaban por hacer grandes celebraciones también llegaban a bloquear sus bronquios por lo que varias veces lo colocaron al borde de la muerte. Cremoso, y con la cabeza en alto, ha logrado sobrevivir a esas fatalidades y muchas otras que terminan siendo las culpables del hermetismo total que cubre a su personalidad. El perfil de su rostro apunta hacia un hombre alto, resistente, y dotado de múltiples poderes que pueden

llegar a presentarlo invulnerable; ahora hay un feto que depende de él, tendrá que multiplicar sus acciones, volverse aún más ágil y preciso, y en el momento del alumbramiento mostrar el sosiego y la firmeza que La Cochinilla demandará.

75  
EXILIOS

La leche estaba demasiado caliente. Al no percatarme tuve que soportar la quemadura a través de la garganta. A partir de ese día evito la mayoría del tiempo, de manera inconsciente ese tipo de accidente capaz de lacerarme como ningún otro. El castigo no parece ser algo por lo que tú optas, y como se dice en mi tierra, «viene en camino». Estoy en un carril, he estado siempre en un carril, no sé cuánto tiempo más seguiré estando en un carril en el que las quemaduras te persiguen aunque no esté presente el fuego y las altas temperaturas. Y aún sin visualizarlas, el ardor por momentos te retuerce.

En mi caso parecen relacionarse con la ausencias que contra natura me han pigmentado la vida de un color tan tenue que a veces no puede contemplarse a simple vista; lo que construyes, deslumbrantes arquitecturas de un afecto sustraído de la sensibilidad y las carencias, se escapa por la borda cuando alguna pieza importante de tu alrededor te anuncia que tiene la fecha de un viaje sin retorno:

Lester corre en las afueras de San Diego (California), acompañado de Gioconda y Duke, una hermosa pareja de *rottweilers* que contrapuntean entre el arte renacentista y el jazz. Ha ganado su último combate en la ciudad de Miami, la novia lo aguarda en el apartamento revisando algunas posibilidades futuras en sitios de las asociaciones profesionales de boxeo. Los tres han dejado atrás algunos kilómetros, él tiene la armonía suficiente como para sentirse feliz, pero mientras corre experimenta un vacío enorme bajo sus pies, la sensación incómoda de que a cada nuevo golpe de zapatilla la tierra puede fracturarse...

Abandonó Cuba hace cinco o seis años. Los kilómetros de cada día son un espacio donde afloran las imágenes más insospechadas de sus inicios en el boxeo, dos manchas negras tendiendo al gris, las que golpea continuamente, y al final estará el estilo, la capacidad de superarse a sí mismo una y otra vez. En las mañanas participaba en la cosecha de la papa, en las tardes iba al docente. Después quedaba un intervalo de tiempo para entrenar. Su escuela llevaba nombre de héroe vietnamita, y su entrenador el de uno de los profetas bíblicos; así iban las cosas en aquella época que podía disfrutar del desorden de la post-adolescencia.

Ahora se detienen los *rottweilers*. Se les aprecia una profunda humedad en los ojos, parecieran semillas acuosas que, en una extrema circunstancia, se verían obligadas a germinar nuevamente...

*Puertas abiertas sobre las arenas (saint-john perse)*

Me lo presentaron cuando vivía cerca de la costa, había venido a enseñar teatro en un pequeño pueblo marítimo, famoso por las producciones de ron y por el excelente astral que suele acompañar a sus numerosos pescadores. Terminó siendo aclamado por sus abundantes evocaciones místicas, las cuales lograba hacer creíbles a los demás, que se dejaban embobecer por una clamorosa edición del *I King* (Libro de las mutaciones) que trasladaba de un lugar a otro envuelta en un pañuelo de seda cuyo color semejaba la pulpa violeta de una fruta.

En realidad era alguien conocido por mí bastante tiempo antes de conocerlo. La Temblorosa, que acostumbraba a excitar a sus amantes del presente con narraciones sobre las más subversivas escenas transcurridas en el pasado, ya lo había colocado entre los seres que terminan siendo familiares para uno. Se trataba de una especie de éxtasis que habían vivido durante casi toda una noche en la llamada Boca de Jaruco, sitio donde el mar y el maltrecho río que viene desde un pueblo lejano e insulso, unían irreversiblemente sus destinos.

Ella me confesó haber estado tan extraordinariamente ebria que ninguna fantasía, por cruel o humillante que pudiera parecer, le hubiera molestado. Esas palabras que daban más trozos de cuerpos sudados que sonidos alcanzaron una magnitud más sobrecogedora por el sitio exacto donde estaban siendo pronunciadas. En realidad nunca había experimentado tanta sensación de poder al penetrar a alguien como cuando se lo hice a La Temblorosa. Era un ritmo precario de los músculos que llegaban al andante tras la desenfrenada y arrolladora presencia del placer, este andante alcanzaba el clímax en sus labios, lo que despertaba en mí el interés de mordérselos sin límites. No exagero cuando pienso que habíamos terminado de «comernos mutuamente». Esa era, al menos, la sensación que nos quedó a ambos. Nos dio mucho deseo de hacernos un café, y las miradas apenas podían confluír porque el brillo era tal que no permitía franquear el paso de las energías robadas el uno al otro.

Sobre la cama de un respetable matrimonio de poetas, que en esos días andaban en un viaje de trabajo por Europa, había ocurrido todo, inclusive la confesión, sin saber que en el futuro podría llegar a tener bajo mi mismo techo la presencia del otro protagonista. Pasaron alrededor de tres años y volví a reencontrar a este pintoresco judío en la ciudad, y un poco para estar en armonía con la calidad de la sangre que había heredado, andaba medio errante, durmiendo cada noche donde se pudiera. Como ya había experimentado un clima de amistad mutua, lo convidé a irse a vivir a mi casa, lugar tranquilo, que se localizaba a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. Lo aceptó

con alivio y de ese modo empezó una armónica convivencia que se extendió por algunos meses. Un día me comunicó con acentuado misterio que hacía gestiones para viajar a México con el pretexto de participar en un evento consagrado al teatro comunitario. Yo sospechaba que era un viaje hacia una región más vasta, profunda y tensa; lo confirmé cuando recibí la noticia de que había cruzado para Estados Unidos en un ómnibus, bajo la apariencia de un novedoso disfraz.

*...anulas páginas confiado el puro cebo de este canto (saint-john perse)*

Lo tenía como una deidad africana, una de aquellas imágenes a las cuales nos parece imposible poder acceder en algún momento. Sin esperar lo un buen día me brindó humildemente el espléndido despliegue de su conversación; sentí una suerte de camino o ruta que se me estaba abriendo. Sin meditarlo, decidí incorporarme a aquella apasionante posibilidad de sumergirme en un auténtico y trascendental aprendizaje. No comprendía a cabalidad muchos detalles de su aparente biografía, pero radicalmente seducido por los primeros libros que ya me facilitaba, los detalles terminaron por parecerme insignificantes.

Me asombraba su racionalidad, y aún más la extraña mezcla que se producía al encontrarse con el incontenible vigor de su sangre, con el ingenio y las constantes mareas que atravesaban la dinámica condición de su cuerpo. Su vivienda era totalmente improvisada, algo así como un perfecto sitio de emergencia surgido a raíz de su salida apresurada de la ciudad, a partir de los últimos acontecimientos vinculados con la divulgación de algunos de los textos del poeta proscrito.

El cebo era justamente lo que no dejaba avanzar a sus persecutores... el cebo y el buen tino del Orisha, la simpatía que a su paso iba dejando entre los pobladores de este pintoresco asentamiento... Me fasciné con los fragmentos del «oscuro», y al descubrir cada nuevo autor la tensión se volvía mayor y distinta. Todo marchaba bajo una sospechosa calma, hasta que se me ocurrió insertarlo nuevamente en el mundo artístico de la ciudad. Las autoridades reaccionaron con asombrosa rapidez, pero aun así no pudieron impedir su aparición que para muchos, que vivían consumidos por el miedo, no dejó de parecerles escandalosa. En la noche del deshielo apareció hasta un supuesto heredero de un trono yoruba, por lo que la celebración fue en grande y terminamos bañándonos en la costa apenas a unos metros del Hotel Tritón.

Mi osadía radicalizó las cosas, la retaguardia que el Orisha había construido, empezó a desmoronarse gradualmente bajo la creciente incomodidad de las autoridades. Sin fallar a los principios que rigen a un par de fuerzas, la actividad de mi amigo fue renaciendo hasta llegar a hacerse irreconciliable con los aliados de El Gorila. Mudó su residencia varias veces, llegué a perder todo contacto con él. Solo

me iban quedando los testimonios de algunos amigos comunes que lo habían visto en la premura de su trashumancia. Una tarde que venía del Cerro, tras visitar a unas amigas, me lo encontré en el ómnibus. Me abrazó con la alegría de haber aparecido en el momento justo y pidió quedarse un par de días en mi casa de las afueras de la ciudad. Esa misma noche viajamos juntos, estuvimos conversando hasta bien avanzada la madrugada. Por la evidente gravedad de sus palabras comprendí que no lo volvería a ver en muchos años.

*y el mar a la redonda hace rodar el ruido de cráneos sobre las riberas (saint-john perse)*

Vamos a estar un poco aquí con los anónimos, a los que no les puedo gritar desde mi constructo blandiendo un nombre exacto... ¿Quién me acompaña? No llego a saberlo, no logro distinguir si es Ayalí o Lizet, pero es alguien muy joven invadida todo el tiempo por la curiosidad. Me llama la atención que no es ingenua, por lo que llega a descifrar con destreza el sentido de las primeras palabras que logro pronunciar. Los cráneos no son visibles pero nos regalan indiscretamente sus sonidos, el sedimento de un tiempo extenso y cuajado. Son formas compactas que chocan entre sí, objetos arrastrados por las mareas, los recuerdos, y la nostalgia de tanta gente. Los parietales y frontales queriendo inscribirse en un mismo drama, emergiendo desde el desespero para no perder su condición de conjunto.

Suenan estos instrumentos después de haber vaciado sus aspiraciones, el trance que secretamente les fue fabricando su estatus. Es una anécdota contada y transformada por mucha gente, un círculo que rodea nuestras circunstancias, dejándonos una culpa clavada. No logro distinguir si es Ayalí o Lizet, pero me da su mano, y así nos vamos alejando de tan punzante percusión.

*lleva a la oveja del poniente una concha sin memoria (saint-john perse)*

Cuando el exitoso lanzador de los Orioles acariciaba la bola para inventarse un envío indescifrable, quizás nunca imaginó que iba a tener una nieta tan ligada a la música.

Yo gocé el privilegio de espiarla desde pequeña. Según fue creciendo modificó el tamaño del instrumento elegido. Al comprender que ya había dejado de ser niña, e incluso adolescente, se decidió por el chelo, amor inseparable con el que se trasladaba un considerable número de kilómetros cada día. A pesar de su cuerpo poco favorecido, destilaba una gran seducción. Por esa época en que su pasión por la música iba bien en serio, nos volvimos prácticamente inseparables.

En su espaciosa casa, que a pesar de la extrema juventud no compartía con nadie, comprendí mejor los encantos de la vida nocturna. Ese tiempo cuando se

supera la medianoche, alcanza un espesor en el cual los sentidos multiplican sus posibilidades dejándole una transparencia asombrosa a la mente.

Uno de nuestros entretenimientos favoritos era, sin dudas, el de rellenar calamares con pollo. La piel de los animalejos se iba poniendo cada vez más tensa al compás de los seis lentos de Dimitri; las cabezas, venidas a menos, rodaban por el patio invadido en gran medida por los cerezos.

La chelista tenía un don indiscutible para elaborar comidas exquisitas, seguidas de largas y gustosas conversaciones que llegaban a ser delirantes. Pocas veces en la vida me he sentido tan libre y tan a gusto, como todo ese tiempo que devorábamos sin llegar a tener un propósito identificado.

Todo marchaba extraordinariamente bien hasta que apareció una especie de tribu proveniente del pueblo de Unión de Reyes, a la cual se le ocurrió que la muchacha estaba muy sola. Se la ingeniaron para buscarle un bello marido, que además poseía el consolador nombre bíblico de Abel.

En realidad Abel resultó ser más bien un cómplice que un enemigo de nuestra conjura. Era tranquilo, amistoso y callado, aunque no aportaba mucho a nuestras charlas, poseía un don que consistía en saber escuchar. Ella andaba fascinada con la *Chacona* de Bach, y no desperdiciaba la primera oportunidad que se presentase para deleitarnos, haciendo un alarde de pasión con un fragmento de esa pieza. No obstante, los seis lentos de Dimitri seguían siendo insustituibles; bajo esos acordes logramos divisar con lucidez algunos episodios de nuestra vida futura...

Comprendimos en esa época que Dimitri convirtió el dolor en música, la música en resistencia, la resistencia en ataque. A veces me quedo inventándome secretamente imágenes, inclusive delante de mi hija, seres que cargan con energías insospechadas y se las van intercambiando a través de una creativa violencia, usando de soporte aquello que comúnmente se conoce por escena. Vuelven los acordes, no tienen cómo ser otros. Abel desaparece de pronto, posiblemente haya regresado a Unión de Reyes.

Ahora ella se ha enamorado de Isabel, ¿qué puede hacer Dimitri? Más bien ha sido un presagio de la tribu, parece haber terminado la conjura. Isabel es fotógrafa, repite que en «tiempos difíciles se mira al ombligo, y después para el techo...» Es gorda, bastante cínica, fea, pero ella toca el chelo pulsando la dimensión de su cuerpo deforme. No me atrae la idea de verle en ese disparate erótico; en realidad es mucho más excitante escuchar las impresiones de mi amiga, ya que el lenguaje parecía volvérselo un compendio de imágenes tan deconstruidas que no cederían espacio a nada de lo que se puede catalogar como grotesco.

Primero salió Isabel, también rumbo a México. Había conseguido presentar su

serie de fotos «sobre chinitos viejos» que aún deambulaban por La Habana en una pequeña galería del D.F. Unos meses más tarde un desconocido me tocó a la puerta para entregarme un pequeño paquete de libros, algunos inciensos, y una hermosa taza de porcelana que enseguida pude reconocer porque en ella había disfrutado de las infusiones más variadas, durante extensas madrugadas.

Años después, en un céntrico parque de Medellín acariciando una enorme criatura en bronce esculpida por Botero, volví a retomar el caso de Isabel. Comprendí en esa oportunidad algunas cosas puntuales, que años atrás su amante no había logrado esclarecerme; domar la perspectiva de una poética de la entrega, deslizar la energía como un objeto no identificado que termina por atrapar al otro.

Fue una rara travesía, más bien un bamboleo acentuado por numerosas indecisiones que terminaron, por rizar la mar y expresar las olas como una inusitada manera de la utilería...

*el viento nos cuenta su vejez, el viento nos cuenta su niñez (saint-john perse)*

Marcos viene siendo el Caín de esta historia. Lo conocí en el *tempo* de la ficción, y desde entonces quedamos ligados por el destino común de nuestras madres: las terneras desbocadas en la aparente inmensidad del potrero, la baba que se omite y que a cierta edad resurge como una noticia grave o una bandera. Las vi en una noche de mil novecientos ochenta y cinco caminar juntas. A pesar de estar en pabellones diferentes, son disloques que cada cierto tiempo ocurren en la rutina de los auspicios para desencadenar extrañas alianzas que sobreviven a pesar de los más graves trastornos. Seguramente tuvieron una clara visión del futuro: nos vieron a nosotros, sus hijos, atravesando el centro de la ciudad durante la madrugada, trece años más tarde. Él vino a la isla a visitar a su tía más cercana que vivía en Camagüey, justamente cuando los Marlins de La Florida habían ganado la serie mundial de Beisbol.

La noche del encuentro lo esperé en el apartamento del *magister*, que por aquellos días se encontraba en Francia participando de una bienal de poesía. La minúscula expresión de su cuerpo era respaldada por una llamativa intensidad, y un flujo incontenible de afecto y sensatez era el azote de lo real desprendido de aquellas páginas que en su momento me habían provocado una rara mezcla de temor y alteridad. Caminamos muchas cuerdas bajo una mística comunicación. Nos detuvimos en uno de esos campamentos urbanos donde la gente bebe, suele comer alguna u otra cosa, y hasta termina por sentirse alegre y motivada. La cerveza de Marcos sudaba como un estibador, él logró superar su confirmada timidez y conversaba de manera casi seductora, entre sus palabras recibía con fuerza las

imágenes de sexo que en su temprana juventud compartió con aquella pareja de funcionarios, que ponían una y otra trampa a seres incipientes abiertos a todo tipo de curiosidad.

Pasada la medianoche, dejamos atrás el campamento donde nos habíamos detenidos, entramos en un tramo más oscuro, pero a la vez más agradable. Le recordé que mi madre había muerto hacia exactamente cinco años, y que entre las pertenencias que ella aún conservaba en el momento de su muerte se encontraba una foto de la suya. A pesar de la escasez de luz sentí que le había hecho un profundo estrago con el dato y traté de remediarlo rodeándole los hombros con mi brazo derecho. Marcos me empezó a hablar del insomnio de Oneida, su madre: «inundaba los pasillos durante las madrugadas con su cuerpo enfermo que se imponía como una férrea barrera ante la disposición de desplegar una vida de proyectos y aspiraciones que pudieran crecer sin dificultad».

Cuando volvimos a entrar en una zona de luz, me dio la impresión que mi amigo había adelgazado. Ahora su frente sudaba muy parecido a la cerveza que se había tomado en el campamento... Zoila ya era difunta, y Oneida poco menos que un fantasma que a veces lograba recobrar preciados minutos de felicidad. Estábamos en una esquina que había frecuentado en mis años de rockero, Marcos se quedaba en el edificio donde siempre vivió mi amigo Alejandro «Cara de Jeva», inmueble donde también residía su padre, a quien él había venido a conocer, después de cincuenta años. Nos abrazamos bajo la fuerza de una sinceridad a través de la cual, sin saberlo, nos estábamos despidiendo definitivamente.

## LA FAMILIA NIMIEDAD

Los Nimiedad andan como las cucarachas después de que se esparce veneno a través de todas las habitaciones, ¿cuándo dejarán de arrastrar su costra entre los demás? El asunto de ellos parece ser grave, algunos llegan a opinar que la muerte es la única que podrá hacer higiene de esa especie. Claro que para los que fueron víctimas de su vigor verlos lentos y desanimados bajo la luz implacable de este trópico ya es algo. Los Nimiedad se despigmentan, van adquiriendo la coloración asignada al tipo de maldad que cada uno ejerció durante el transcurso de los años. También se puede uno divertir mirando fijo los ojitos demodé de esa gente. Son órbitas temblorosas donde nunca van a estar definidos los contornos. El Da Capo es un hormiguero de la especie más repugnante, aquella asignada para trasladar excrementos y otras sustancias que siempre recordarán la función social de este clan.

En el verano La Estrella parece haber desaparecido. Evidentemente El Gorila no se ha quedado solo. Ahí, justo al borde de sus exigencias, tiene a la parqueadora a quien le han advertido que no use la gorra que en los últimos años daba la impresión de serle inseparable. La parqueadora es más vieja, más fea y con los ojos más verdes que La Estrella. Pero a decir verdad da la impresión de tener Marabú injertado en la entrañas, por lo que termina siéndole útil. Para extremar, tiene la cara de aquellas rusas que con frecuencia hacían su aparición en la revista *La mujer soviética*, después de largas jornadas consagradas al bienestar de los *konsomoles*. Pero ahí está, en el carrusel con los demás desafiando de modo ingenuo el implacable devenir del tiempo.

Pulgas de agua dulce y salada, más bien una multitud que se mantiene atrincherada. Serán los verdugos para el Gorila y sus seguidores, lentas pulgas que irán a medrar sobre los múltiples organismos envejecidos a los que verán sumergirse irremediablemente en la amplitud sórdida de un solitario canal. El color rojizo de su forma globular ya se estampa en el terror de los que contemplarán desmembrarse sus falsas tarimas.

Pulgas como pentagramas de Dimitri.

Camino al puerto de Batabanó volví a encontrar las máquinas de riego. Ahora me daban la sensación de ser como grullas, pelícanos, avestruces y hasta garzas, aquellos maravillosos engendros desde los cuales el placer salía en forma de llovizna y regresaba rebotado por los cuerpos. Todo había muerto, o lo que es peor, se encontraba bajo una intención perpetua de morir. Todo menos una sola cosa, la mente, esa determinada inquietud que brota a pesar de las situaciones más precarias, liberando al cuerpo maltratado de la «linda del manicomio», dejando nuevamente que sus pies se hundieran en el fango. Dos días después, sobre la arena negra de una playa del sur, volvía a recordar sus muslos sólidos de hace veinticinco años, las gotas deslizándose hasta el fondo de todos los significados que intensamente contenía. Hay olor a la sangre que en coágulos transforma los algodones, son alas de pájaros manchadas por la colisión de otras aves más ambiciosas.

La luz brillante o kerosene había hecho un efecto devastador en los intestinos de mi madre. No logro conciliarme con la cercanía de ese combustible. La vieja lo ingirió como si se sintiera un fogón. Antes mi alergia se concentraba en el polen de las flores, por lo que abril, mayo y junio terminaban siendo meses crueles para mí. A pesar de la muerte, de la exhumación, del tiempo lineal transcurrido, del nacimiento de mi hija, de sus exigencias que se multiplican según crece, el olfato se quiebra, debilita todas mis reacciones ante el más leve indicio del kerosene. Esa vez nada perforó el interior de mi madre poniendo al borde del fin a su organismo. Sin embargo la quemazón, la extraña textura de su caca marcaron más que nunca el fastidio de aquel proceso cuya curva de fatalidad no dejaba de expandirse.

## LA MUERTE DEL GORILA

Jóvenes con vestimentas alternativas penetraron en la residencia de El Gorila. Le han propuesto dibujar su ideal en una cartulina blanca y rugosa, le aseguran que, de no hacerlo con exactitud, su corazón se detendrá automáticamente. El Gorila tomó el carboncillo con asombrosa seguridad, una de sus manos grotescas descansó sobre el muslo, la otra intentaba plasmar los impulsos de su mente: experimentó ruidos diversos, llegando a percibir varias multitudes que gritaban consignas, consumidos por un júbilo desmesurado. Aún se le descubría cierta prepotencia transferida por una antigua sensación de poder.

Se concentró exageradamente en el pasado, en imágenes vencidas de su imaginario. Al escudriñar la cartulina, los jóvenes lograron distinguir restos de una línea de ferrocarril, a cuyos lados crecía la hierba de Guinea. Todos presenciaron, más con cinismo que con compasión, el momento en que el carboncillo cayó al suelo. Los jóvenes se apoderaron del teléfono de El Gorila, comenzaron a llamar hacia algunos sitios donde se aguardaban con ansiedad los resultados de la prueba por la que el simio debía de atravesar, sin ningún derecho a postergación.

## LA COCHINILLA Y EL HELADO

Se derrite El Helado, lo que se dice un sueño de gestación. Espacio inundado por lo inevitable. Ella segrega más que de costumbre. Las paredes de su estructura permiten correr al líquido pegajoso. Obedecen, se agitan como una región en época de tormenta. Poco va quedando de su semental, de la fuente de afectos que se han venido nutriendo durante los últimos cuatro años. Cochinilla grita en el umbral del desespero, abre los ojos, se vira hacia el otro lado de la cama, contempla inmóvil una extensa mancha en la sábana, algo que semeja al color del mantecado.

## LA MUERTE DE DALIA

Su hermana reaparece en sus palabras, en la postura de su cuerpo que en esta ocasión parece negarse al placer. Sientes que tonos oscuros ennegrecen aún más su nombre; no habrá otra oportunidad sobre la calidez nocturna de la arena. Son pétalos más bien gruesos, erectos, sólidos, que en una rara circunstancia, decaen. Esta es otra de la especie, ciertamente secundaria, la más pequeña, a la que el vigor del tallo no le permitió ser protagonista. Sudábamos como en un largo entrenamiento. El viejo ventilador terminaba por ser un simulacro, las paredes se desgranaban como mazorcas. Dalia había fallecido.

Después de la muerte del Gorila, la Estrella ha aceptado una reubicación en el mar. Allí permanecerá en el fondo, tranquila, al menos con el alivio de no ser juzgada por su pasado. Debe adaptarse al cosquilleo que los peces descargarán sobre ella. Le han donado, casi por compasión, la respiración ideal para que nunca llegue a sentir asfixia. El mayor castigo parece ser cómo ha ocurrido la degradación de su condición original, ser alejada de la luz a las tinieblas. Es un entorno viviente, de sensaciones, que no se iguala a la crueldad de ciertos agujeros negros. El volumen de La Estrella se afianza al tiempo que se vuelve otra Nimiedad, en esta ocasión sombreada por la enorme estatura de un pulpo.

Acabo de recibir una carta de Fernando en la que menciona tres veces a Violeta. «La noche que los conocí», dice, y me habla de todo lo que imaginaba mientras Violeta y yo disfrutamos de una imperturbable intimidad, a pesar de su espera. Quedó de espaldas a los trenes detenidos y a otros que entraban y salían de la estación central cumpliendo sus horarios de rutina. Me complace y excita la audacia de su fantasía, el cinismo con que confiesa el placer oblicuo que con Violeta después había terminado por confirmar. Me escribió:

«Aún sin lavarse me convidó a compartir tu olor, esencias que asumí como agradables signos de amistad. Toda mi intención se resbalaba en aquella región, que dominaste, puntos fracturados ante la súbita generación del intercambio».

En la costa, dejando al mangle avanzar como una especie de reptil, volviste a tenerla adentro, descuidada de cualquier tipo de peligro, aglutinando toda tu intensidad como algún flujo de la propia naturaleza que, finalmente, enriqueciera su capacidad de reinventarse a sí misma. Sonidos mezclados que no has logrado olvidar ni siquiera en la espesura de la lejanía, cosas convoyadas, elementos intercambiados a través de la insospechada segregación de las palabras. Estaba sinceramente adentro, no era en particular ningún sueño o anhelo lo que perduraba; era haber vencido a la voracidad que suele contaminar momentos cumbres.

Fueron despacio en un disfrute sólido, cuyo grosor los fue envolviendo en un clima, solo quebrado por el ruido urgente de los motores.

«Tercer tiempo de Violeta: aceptó ir a un pabellón, cuando yo estaba en la cárcel de máxima seguridad de Guanajay. El local parecía recién pintado con una lechada, a la cual le añadieron un colorante amarillo. Ella venía dispuesta a todo, iba a poner a mi disposición cualquier iniciativa de su cuerpo con tal de inventarme algunos preciados minutos de libertad. En realidad, aquella ocasión llegué a gozarla mucho más que cuando lo hacíamos tranquilamente, sin esperar con sobresalto el aviso de que era hora de retornar a la celda.

«Cierto que al haber sido recientemente remozadas, los hongos aún no habían tenido tiempo de derrocar la firmeza temporal de las paredes. Sobre ellas habían colgado un Escudo Nacional, varias fotografías de mártires y hasta de líderes vivos, que de vez en cuando no perdían la oportunidad de echarle un guiño a tan dramático erotismo. Llegamos a gritar al unísono, a contorsionarnos de tal manera que por

un momento imaginamos que una gran multitud no dejaba de agitar pequeñas banderas detrás de nosotros.

«Con ella solo había llegado a esa dimensión en una oportunidad que paseábamos por la Habana Vieja y se nos ocurrió entrar al edificio donde, a un costado del Muelle de Luz, en otra época vivió Calvert Casey. Eran más de las tres de la madrugada y lo primero que nos llamó la atención fue un corazoncito naíf pintado en una de las paredes frontales cuyo color nos remitía otra vez a la sangre coagulada. Subimos. Al fondo algo nos excitó irremediablemente, unos lavaderos colectivos, alrededor de 6. Ella se quitó el blúmer y fuimos rotando a través de las fabulosas piezas fundidas en un rudo y sádico cemento».

Volodia era un ácaro de otra circunstancia. Su madre era una costurera de las bailarinas del Bolshói, él vino al trópico a estudiar arte. Por su delicadeza y extraordinaria sensibilidad sus compañeros de beca lo bautizaron como La Flor del Don, aunque ninguno de estos demiurgos habían visto correr el río. Apenas con unas pocas referencias incorporaron el cuerpo casi perfecto de ese ruso a la mutación universal de las aguas. Flotó durante todo el tiempo del aprendizaje, volviendo casi incorpóreo su pequeño nombre, y desbordando de materialidad la imagen con la cual había tenido la oportunidad de renacer. Un día regresó a su patria eslava y desde allá enviaba a los más allegados en la isla postales con obras de Marc Chagall y traducciones hechas por él, escritas en tinta negra, de fragmentos del poema Eugenio Oneguín.

Transcurrido un tiempo, algunos amigos interpretaron su silencio como signo de tragedia. En cuestión había sido ahorcado por un tío con el cable del teléfono de su apartamento, dejando la línea definitivamente ocupada. Los amantes de Volodia llegaron a consumirse en un clima de ansiedad que, a la manera de una onda barométrica, se atrevía a desarreglar sus más delicados instintos. La noticia llegó a través de una importantísima bailarina cubana que se había presentado con éxito en varios escenarios de la capital rusa.

«Lengua fina» aquí se le llama al que la tiene de camaleón o chipojo. Esta vez se trata de una muchacha que la hunde en el sexo de otra, recorriendo, con determinado cinismo, las zonas rugosas. Es súper, ya se aprecia en la respuesta de los músculos que se agitan como partículas de silicona. Los dientes de la complacida se afincan en las dunas, es esa la arena rojiza que va cayendo, construyendo intervalos para hacer más prolongado el placer. Muerde entonces con más intensidad, hasta llegar nuevamente a las tetas. Todo tiene que ver en que se inserten los objetos con su engranaje ideal. Así el diámetro de esa lengua, una forma soñada sabrá Dios por cuál de las geometrías.

El *drimer* ya actúa en la región dañada de la muela; también pretendo morder, performatizar lo que pasó entre ellas, tratar de caber en el relato. Lógicamente lo primero es pasar la cabeza, donde hay ya una lengua más gruesa, y unos dientes con dificultad. Pero tengo los ojos listos y punzantes: veo la lengua de Raíza como en un trozo de excitación desprendido, exactamente por debajo de un arco que se forma a partir de las nalgas y los muslos de su amante.

Ahora está ante mí interesada en provocarme, en arrastrarme en su corriente como si fuera un pedazo de árbol caído. Practico la quietud, la provoco, le saco a través de las palabras la nostalgia que siente por aquella cosa fina que supera cualquier arquetipo. Me dice que le empape los labios; le digo que venga ella y aprovecho esos breves segundos de su trayectoria para seguir imaginándola en el delirio provocado por lo que pulsa en su fragilidad. Lo más conmovedor es la capacidad que posee para complacer a sexos diferentes. Parece haber destrozado todas las ligaduras, todos los impedimentos, dispuesta a desplegar fantasías que suelen volverse insondables y a veces destructivas.

Chipojo, avanza, no pierdas tu lugar: vuélvela más elástica, invéntale un falo para su boca que transmite lo que le sube, una especie de catástrofe térmica. Te la puede arrebatarse una penetración de lo Onírico, sus sentidos se enloquecen, aún más con lo imaginado: la mariposa posada en la nalga de otra muchacha la taladra en todo momento.

«... las dos muy unidas, le acaricia ambas nalgas sin temor a que la mariposa vuele. Las protege la sensación de poseer abundante tiempo, y con lentitud le va mordiendo los labios que han ido alcanzando un grosor delirante. Se tocan y se

muerden y se chorrean. Entonces va a comprobar el desborde de su amiga, que segrega de manera sorprendente muchas aspiraciones que estuvieron reprimidas durante largos períodos. Su mano blanca y alargada se empapa, no logra contenerse, entonces empieza a chuparse los dedos, quizás para que el Danubio se vuelva más caudaloso entre los muslos de su víctima».

La Amante de Raíza busca ahora a otros hombres, no deja de pensar en la penetración. Quiere ser manoseada muchas veces por manos diferentes, que los nuevos visitantes al desnudarla se encuentren con las huellas de los anteriores, que se enloquezcan con ese pasado reciente en su piel, mordidas y señales violetas. Es solo una ola naciente que aún tiene a la roca virgen ante sí. Regresará, sin dudas; entonces veremos cuánto ha logrado soportar y producir su cuerpo.

## LA FAMILIA NIMIEDAD

Los Nimiedad siguen falleciendo. Los más resistentes ya casi no soportan la humillación de las frustraciones... Se han roto los huevos que las arañas ponen en los capullos de seda. Sin la laboriosidad que se sustenta en la cantidad de tela segregada, ¿qué podrán hacer? Al caballito de mar del Nimiedad «gorrazul» también lo noto desesperado. Lo harán regresar a la playa de Jibacoa o a la de Boca Ciega. Con un poco de suerte encontrará a La Estrella, y para no aburrirse entablarán largas conversaciones sobre el pasado.

Los cadáveres no precisan de gorra, en otro tiempo fueron amontonados sin tantos miramientos, fiebres, malarias y reconcentraciones. Tampoco hay que arrojarla a la basura, alguien podría inventarse un «museo sobre la infamia», y seguramente el artículo llegaría a ser útil.

Al más joven sé que lo van a llevar para el hospicio. Todos lo rechazan, unos sin miramientos, otros secretamente. Ya no puede dormir, cuando cierra los ojos siente una jalea caliente debajo de su cuerpo. Después del sobresalto, descubre que nada hay sobre la sábana. En ninguna oportunidad logra más de una hora de descanso de forma consecutiva. Ya no hay una mesa para los Nimiedad, ni un almuerzo, ni un picnic. Ahora parecen estar destinados a desaparecer.

## VERÓNICA. EL DERRUMBE DEL TÍO ALBERTO

La noche que renuncié a dormir con Verónica ha sido tan larga, que en realidad no acaba de terminar... sin ese tiempo, paralelo al resto de mi vida, quizás no me hubiera atrevido a contar una sola de estas historias, de estos pedazos desprendidos de la supuesta normalidad. Yo descendí del taxi para tomar el ómnibus con destino hacia otra ciudad, ella continuó en él hasta su apartamento del barrio judío del Bom Fim. Perdí para siempre la piel de Verónica, sus quejidos, que tengo que inventar arduamente cada vez que le rindo un homenaje. He aprendido algo que me ayuda y me complace mucho: la palabra «Verónica» se mezcla con bastante saliva; también su rostro, la piel que rocé con delirio muchas veces. Entonces se hace más espesa la noche, más lejana la posibilidad de que amanezca. Su voz es esa flor acuática que viaja muchos metros, unas veces entre huevos de anfibios, otras entre peces ligeros, entre ruidos y gritos de niñas que agitan su inocencia y me ayudan a levantarla sobre mis hombros, para que tenga que mirar hacia abajo, para aprender que no solo lo celestial puede transferirla a otros sitios, a otras sensaciones...

Todas las semanas llego hasta el derrumbe del tío Alberto. Por el momento, al menos se está librando del azote del orine. Han puesto una cerca que obstruye el paso, que lo inscribe entre los espacios prohibidos de la ciudad. Más fácil resulta entrar al manicomio de Boyeros, caminar entre los almendros, guiñarle un ojo a las reclusas. Reclusa Parda ¿no les recuerda nada? Claro, Reclusa Parda o violín: araña, viene a despedirse en nombre de todas las especies; Reclusa Café, no nos permiten pasar, brindar con un «rocío de gallo» a la memoria de mi tío y de mi madre: «se dan las manos y saltan entre las hierbas en pleno crecimiento».

Hago penetrar el lente de mi cámara por algunas de las figuras geométricas que describe la cerca, entonces me los llevo tranquilamente a casa. Sólo yo los veo cuando doy clic en un grupo de fotos. Zoila, mi madre, está contenta. Le gusta la paz de Alberto, el lente, saltar entre estas páginas, aferrarse como una medusa a la zona costera de mi mente. ¡Salta más ahora!, ¡salta fuerte!, haz si quieres una bulla antes de que tapiemos la respiración de este lenguaje, levántate por encima de la clorofila del solar, desde donde te voy a decir adiós, para después dormir un rato. Azules y verdosos, tonos que chorrean los fragmentos de paredes, memoria del desvelo en las noches detrás de los gritos espantosos de las esquizos. Tú nunca oíste las voces acusadoras y plegadas, solo las respuestas de algunas de tus compañeras de pabellón,

cuando querías helado en tu traqueotomía, próxima a la muerte. Esos gritos se fueron haciendo más nítidos, cada cual un agujero diferente, una profundidad en la que te fuiste hundiendo hasta dejar de respirar. Tramitar la posesión del cadáver, levantarlo por encima de todas las miradas acusadoras hasta lograr depositarlo para que en paz descanse.

Veo venir a Verena, trae las manos rasgadas por las alucinaciones, una sangre como de silicona, que finalmente no se atreve a gotear. Su saya también está rasgada, su rostro ajado, sus ojos desbordados hacia el polvo y los huecos de las avenidas. Un poco de mi madre llega con su deterioro; es el aliento, la leve presencia que su cuerpo dejó para protegerme. Cuando miro fijamente a Verena reaparecen imágenes del tuerto, sus ojos desiguales que simbolizan parcelas negadoras. Sudor que anima la profunda suciedad que comienza a resguardarla. Sin embargo no apesta Verena, se puede abrazarla, darle más consistencia a su irracionalidad. Y si no apesta la convidaré a cruzar la bahía.

Un emigrante entra en el Banco de Semen de Bruselas, roza los cincuenta años, desborda vigor, su cuerpo es una asociación de músculos estrictamente definidos. Entra cobrizo, y en su sangre trae algo de El Jíbaro. Aún ni tenía semen la tarde en que sus otros primos mordieron a Nélida casi hasta el delirio. Pero ese recuerdo le ha sido imborrable como el de la noche que visitó por última vez a El Jíbaro en New York, apenas una semana antes de este morir. Los labios resecaos, sin horizonte, los ácaros cubriendo una parte considerable de su memoria, panzudos y rojos, fastidiosos y ligeros; sangre necesitan, es su gloria-trofeo. Casi en la madrugada el donante se marchó de aquel apartamento virtualmente asediado por la incómoda cercanía de la muerte.

Ahora ha entrado en el banco de semen, está a disposición de estos médicos

belgas que finalmente le ofrecerán el veredicto. Está listo para los exámenes más complicados, pero escucha una risa, más bien una enigmática expresión que nada tiene que ver con la supuesta alegría europea. Después sabría que el culpable era de Nueva Guinea, alguien que había ganado un insospechado prestigio justamente por transmitirles a los otros la siempre irrechazable sensación de estar vivos; también por la destreza de sus manos y la eficaz aplicación de su inteligencia.

El emigrante estaba a salvo, al menos por el momento. Con aquella suma de dinero que acababa de recibir podría pagar las deudas y asegurar por adelantado el mes que ya se le venía encima.

Lo más admirable no era ni siquiera subsanar aquellas inmediateces, sino el corte a cuajo que acababa de recibir su vida medio *momeada* por el tedio de las vicisitudes: renovación de tejidos, la sangre mezclada con el semen; El Jíbaro y Nélide, besándose nuevamente, desde lugares largos y estrechos, bajo el sonido de animales marinos que suelen ser bastante diferentes.

Todo se vuelve consenso en este bar de Bruselas. El donante mira a través de las cortinas. Lo que está aconteciendo afuera le empieza a parecer una película ajena a la que en algún momento va a dejar de prestar atención. El bar es más bien una taberna. Entonces descubre que en los ángulos internos de las mesas rústicas la faena no se detiene. Son muchas y variadas figuras logradas que terminan armonizando con el vino, con el queso, con todo aquello que puede empezar a relacionarse con la ilusión. Nueva Guinea seguirá siendo un lugar bastante remoto, aunque en el transcurso de la noche se hayan tenido pruebas contundentes de su existencia.

Letras chinas, una hoja de trébol, los confines de un labio que puede parecer un sable, han sido creados y recreados, letras chinas que se han encontrado batiéndose contra la piel rojiza del africano, batalla por hacer significar. Tréboles dispersos que sugieren un frenesí lúdico, cuerpos que se frotan como dos objetos de murano, relatos que confirman la unidad del mundo en su constante dispersión. Verónica, Dalia, La Amante de Raíza, Fernando y Violeta; están de pie Zoila, el tío Alberto, el Tuerto, Verena; Nélide y El Jíbaro, agachados al centro. Es una foto que nadie recuerda haber tirado y de repente se hunde en el agua. Todos parecen estar mareados y tener la intención de vomitar, pero no lo hacen, recobran el sentido de estar en una foto y no en una embarcación. No vomitan, más bien se hunden o se sumergen, y en esa gratitud voy cerrando los ojos hasta dormirme.



NOVELAS DE GAVETAS  
**FRANZ KAFKA**

2008 Orlando Freire Santana  
**La sangre de la libertad**

2009 Orlando Luis Pardo Lazo  
**Boring Home**

2010 Ernesto Santana  
**El Carnaval y los Muertos**

2011 Ahmel Echevarría  
**Días de Entrenamiento**

2012 Frank Correa  
**Larga es la noche**  
2013 Ángel Santiesteban Prats  
**El verano en que Dios dormía**

2014 Abel Arcos  
**9550. Una posible interpretación del azul**

2015 Julio Jiménez  
**Un mundo tan blanco**

2016 Abel Fernández-Larrea  
**Shlemiel. Aventuras y desventuras del señor Mostaza**

2017 Nonardo Perea  
**Los amores ejemplares**

2018 Martha Acosta Alvarez  
**La periferia**

2019 José Alberto Velázquez  
**Cierra los ojos, no respire**

2020 Martha Luisa Hernández Cadenas  
**La puta y el hurón**

2021 Ricardo Alberto Pérez  
**Arácnidos**

Éditions Fra  
Šafaříkova 15, Praha 2  
Ediciones inCUBAdora (EBOOK)

Fb.me/EditionsFra  
Fra.cz



Los «arácnicos» son los procesos digestivos de Ricardo Alberto Pérez. Gases (eructos o pedos) trabados en la zona jodida del esternón. Cuevitas y cavidades construidas por los bichos. Desorientación pedorra. Ventosidad *ricarda*. Todos soltando sus babas arácnidas como si de un interrogatorio se tratara: El Tuerto, Verónica, Ácaro Rojo, Ácaro de Polvo, La Madre, El Jíbaro, La Cochinilla y El Helado, La Familia Nimiedad, los cerdos y el copón divino. Los ojos pierden su órbita, antes de cesar definitivamente. Una novela, al fin y al cabo, sin importancia. No quisiera volver a leerla, y ya.

*Legna Rodríguez Iglesias*



ISBN 978-80-7521-202-3

Author photo ©  
Harold López, 2020  
Cover artwork ©  
Martin Kubát, 2021

**Fra.cz**